

VILLA de MADRID



Sumario

El árbol, destino de Madrid, por ENRIQUE PASTOR MATEOS.

Madrid y Pio Baroja, por FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES.

La obra arquitectónica del Marqués de Cubas. (1826-1899), por PEDRO NAVASCUÉS PALACIO.

El Real Instituto Militar Pestalozziano, por JOSÉ DEL CORRAL.

Pintores de Madrid y por Madrid y algunos casos no ajenos al asunto, por RAMÓN FARALDO.

La casa donde nació el Teatro de Moratín, por JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS.

Las mariposas de la Casa de Campo, por MIGUEL R. GÓMFZ BUSTILLO Y FIDEL FERNÁNDEZ RUBIO.

Las Salesas. (Café en tres tiempos de una misma jornada) por FEDERICO ROMERO.

Madrid de antaño, por JUAN SAMPelayo.

Plan de ordenación del sector de San Francisco el Grande, por MARIO GONZÁLEZ MOLINA.

Aquí, en el monte Ararat, por PEDRO RODRÍGUEZ.

El nuevo zoo de Madrid, por CÉSAR DE NAVASCUÉS.

Fotos: SUMMERS, ANTONIO, AULOCOLOR y SANTOS YUBERO.

Ilustraciones: ESPLANDÍU y JOSÉ SANCHÁ.

Depósito legal: M. 4.194 - 1959

PUEYO, Artes Gráficas - Luna, 27. MADRID

VILLA *de* MADRID

R E V I S T A D E L E X C M O . A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE EDUCACION

DIRECTOR:

R U F O G A M A Z O R I C O

REDACCION Y ADMINISTRACION:

P L A Z A D E L A V I L L A

Teléfonos: Dirección, 248 62 29;

Administración, 248 01 29

PRECIO POR EJEMPLAR: 70 PESETAS

SUSCRIPCIONES

Año: 280 pesetas

M A D R I D

AÑO IX

1972 - I

NUM. 34







PREMIO KAULAK 1972

Fotografía obtenida en el Parque del
Oeste, por D. Federico López.

EL ARBOL, DESTINO DE MADRID

POR ENRIQUE PASTOR MATEOS

I

DIOS creó al hombre y lo colocó en medio de un jardín que había plantado para él. Cuando, el hombre se rebeló contra Dios, en castigo de su culpa, de allí fue expulsado. Desde entonces el hombre vaga por el mundo con un delicioso jardín a la espalda mientras sus pasos se pierden por caminos polvorientos y su vista otea en el horizonte, el paraíso perdido y nunca recuperado.

Lejos de esa su primera mansión, el hombre ha construido, fruto de su ingenio y de su esfuerzo, es decir, de su técnica, un mundo nuevo en el que, sin embargo, llora inconsolable su destierro.

Ha construido ciudades, grandes ciudades; primero de piedra y de ladrillo, más tarde de hierro y de ce-

mento; ha levantado grandes edificios y abierto grandes avenidas; allí los hombres se agolpan, se superponen y se atropellan, se mueven veloces de un lado para otro, van y vienen impelidos por una fuerza ciega. Sin tiempo para detenerse; alcanzada una meta, solicitados en seguida por una nueva empresa arrastran, sin embargo, una inevitable nostalgia. Como Tántalo, contemplan concupiscentes un fruto inasible mientras recuerdan en el fondo de su ser, un tiempo en que no tenían siquiera que alargar la mano para poseerlo.

Al margen de esas grandes ciudades, surge de vez en cuando un jardín. Hay en ellos algo de reliquia y algo de presagio. Son parques, obras de nuestras manos, que nos recuerdan ese jardín del cual fuimos expulsados y al cual aspiramos siempre a volver.

Se hizo público el fallo del Jurado que ha discernido el Premio que el Ayuntamiento de Madrid ha acordado otorgar anualmente a la mejor fotografía de tema local. Es ésta de 1972 su primera edición.

El premio «Kaulak» nos recuerda no sólo al famoso madrileño don Antonio Cánovas del Castillo y Vallejo, sobrino del artífice de la Restauración, que después de ensayar sus dotes como pintor y como político, renunciando a la bohemia y a la burocracia, o tal vez en un alarde de síntesis, se convirtió en un fotógrafo tan notable por su arte como por lo selecto de su clientela. Evoca también a toda una generación de fotógrafos ilustres y representativos de su época, que en el primer tercio del siglo actual captaron desde án-

gulos insospechados la vida madrileña en un momento tan proteico de su historia, que imposible será volver a componer los motivos que impresionaron sus placas.

Igualmente oportuno y nada tan actual, sin embargo, como el tema que ha inspirado el concurso de este año. Como si pretendiéramos que la fotografía tuviera la virtud de hacer permanente y eterno lo que capta, en la idea de que como la palabra entraña posesión de lo que amamos, más para recreo nuestro que para noticia futura, han sido nuestros parques el objeto de esta aventura estética.

El primer premio (doble página anterior), 50.000 pesetas, ha correspondido a la fotografía presentada bajo el lema «Paros», por don Fe-

derico López. Es una bellísima y rara visión del Parque del Oeste.

Teniendo en cuenta la alta calidad de los trabajos presentados a este Concurso, el Jurado propuso la adjudicación de tres accesits, el primero, 20.000 pesetas, al presentado bajo el lema «Grandeza» por don Juan Pando, que ofrece un aspecto del parterre del Retiro (portada de este número); el segundo, 10.000 pesetas y el tercero 7.500 pesetas a sendas fotografías representando ambas al Parque del Oeste, de las que es autor don José Luis Cartagena.

De la misma forma que el arte está por encima de los guarismos, por muy expresivos que éstos sean, en este caso el concurso por su tema ha de trascender a la pura anécdota.

II

Un árbol es un trozo de vida, lo más importante de la vida se compendia en él y se resume. El árbol es un prodigioso azar, una semilla insignificante que germina. A partir de ese momento tiende a hacer suya la Naturaleza. Sus raíces penetran en la tierra, avanzan con una sabiduría extraña hacia sutiles venas de agua. Su avidez es sorprendente; retorcidas y ondulantes van tejiendo una tupida red donde queda prisionera la tierra; difícilmente el árbol podrá ser desarraigado. Mientras tanto, sus ramas se alzan suplicantes, oferentes hacia el cielo en busca del aire y de la luz, cubriéndose de hojas para asegurar su contacto con el mundo celeste, dividiéndose y subdividiéndose como si pretendieran llegar al término de un análisis.

Todo se sintetiza en el nudoso tronco por el que discurre la savia portadora de vida, sin latidos, sin espasmos, sin fatiga.

Un pudor superlativo vela el gozoso momento de la fecundación. Los árboles se engalanan como si se vieran obligados a realizar la conquista amorosa. La brisa, un viento de resonancias galantes, que se diría coloquio de enamorados, los acaricia sin estremecimiento y surge luego el fruto ópimo, deseable y apetitoso.

En el árbol se cifran todos los misterios, la incertidumbre del destino, las más profundas apetencias, la intencionalidad de las formas, la belleza desinteresada, el eterno retorno.

En el centro del Paraíso estaba el árbol de la vida.

III

Cuando niños íbamos al parque. Nos parecía inmenso.

Nuestro único juego era correr. Trenzábamos el más complicado e inútil itinerario sin rumbo y sin meta.

Volveremos al parque de ancianos. Nos sentaremos en un banco soleado y allí quietos y en silencio contemplaremos el paso del tiempo en el reloj de las sombras.

Hemos paseado por el parque en nuestra juventud, emparejados, en busca de un rincón solitario donde desgranar un rosario de requiebros y promesas.

Ya en nuestra madurez hemos vuelto al parque pocas veces. En alguna ocasión lo hemos hecho solitarios, meditabundos, tratando de ordenar nuestras ideas o de serenar nuestro ánimo.

Hemos recordado que en nuestra infancia el parque fue para nosotros gozosa vacación. Hoy, ahormados por una rigurosa disciplina, lo es en mayor medida.

Adolescentes, nos pareció un oasis; adultos, tememos que sea un espejismo.

IV

Allá donde la ciudad declina hacia el río, hay un parque. Los setos se escalonan en acusada pendiente. Los árboles trepan por la ladera bordeando caminos y definiendo glorietas.

Al fondo se divisa el paisaje quebrado de la sierra, pero en primer término la ciudad va desplazando sin pausa al campo y cercando el parque.

Al otro extremo de la ciudad hay otro parque más vasto y más llano. Ha sido dispuesto con arte y ofrece las más variadas perspectivas: grandes paseos y estrechas veredas y un amplio parterre.

Salpicado de monumentos y pequeñas construcciones, hendido por la línea serpeante del tráfico urbano, agobiado por la ciudad fronteriza, se contempla en la cúpula azul que lo cubre.

Es éste el parque de las amanecidas, en él se despeza el sol y disipa las nubes, desde allí emprende su carrera; concluido su giro cotidiano acude a la cita vespertina con el horizonte al otro parque.

Son estos parques alfa y omega del día, de la ciudad, de nuestras vidas.

V

Escribo desde Madrid. Un madroño fue en tiempos símbolo heráldico de la Villa. Sin embargo, el madroño no fue nunca nuestro árbol familiar.

El árbol, no obstante, estaba ahí antes de que los filólogos, con tan poca fortuna, le dieran nombre. Era un árbol innominado y real, con su raíz múltiple y rugosa y su fruto péndulo.

Escribo desde un Madrid convertido en gran urbe. Continúa en su escudo la mentida imagen.

Pero la verdad de Madrid y su destino siguen siendo sus parques, y su vida ese árbol sin contorno que, fiel al ritmo de las estaciones, nos sorprende todos los años con el milagro de la primavera.

MADRID

Y PIO BAROJA

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

Conocí a don Pío Baroja en la primavera de 1921 o de 1922. Recuerdo bien la estación —ya se pregonaban por las calles las lilas de la Casa de Campo, las fresas de Aranjuez—, pero no el año. Y le conocí a mediodía soleadísimo y tibio, en la editorial "Rafael Caro Raggio", situada en un piso, más bajo que la acera, de la calle de *Ventura Rodríguez*, casi esquina a la calle de la *Princesa*. Para ingresar en ella había que bajar dos o tres escalones. Don Rafael Caro Raggio, rubiando, alto, grueso, estaba casado con doña Carmen Baroja, hermana de don Pío. Había fundado la editorial hacia 1915 para imprimir, inicial y esencialmente, las obras de don Pío, "Azorín", *Ciro Bayo*, *El fuego* —de Henry Barbusse, novela que se vendía traducida a una docena de idiomas en ediciones de muchos miles de ejemplares—, de cierto J. G. N. (que "me olió" a Juan Gualberto Nessi), de cierto escritor mediocre —¿Modesto Pérez?— quien con el seudónimo de "Julián Sorel" arremetió aviesamente contra don Miguel de Unamuno, escritor fuera de serie con quien jamás llegó a simpatizar don Pío.

Mi presencia en la editorial la motivó mi compañía para un entrañable amigo y gran poeta y prosista, José María Quiroga Pla, años más tarde yerno de Unamuno. Y el motivo que llevó allí a José María era mucho menos noble y mucho más concreto: entregar a Caro Raggio una novelita, entreverada de picardía y erotismo, titulada *Melita busca sensaciones*, firmada con el seudónimo *Anselmo Reguera*, ya





Don Pío, con gabán largo y bombín, pasea mirando al suelo madrileño en... busca de escenarios para su trilogía "La lucha por la vida".

postizo en su personalidad para firmar crónicas y poemas publicados en una revistilla semanal, francamente minoritaria entre las minorías, *El Inédito*, fundada al alimón y escrita casi exclusivamente por nuestras plumas. Caro Raggio había iniciado una colección de novelitas "tipo galante", que se nutría con las firmadas por diversos escritores, pero nunca dando la cara, esto es: con sus nombres y apellidos, sino cucos bajo seudónimos no llamados a la inmortalidad. Es probable que yo tampoco la hubiese dado, sino que, recién salido del Seminario de Madrid —y con firme decisión de no regresar a él—, aún me atosigaba el horror de la carne pecaminosa y, por ende, a cuanto significase exaltarla por escrito. Caro Raggio entregó a Quiroga, contra recibo, 250 pesetas como derechos de autor "una vez y no más". Pues bien, paseándose por el modesto despacho de su cuñado, estaba don Pío, embutido en un largo gabán de entretiempo y cubierto con un sombrero de fieltro y alas anchas. Presentaba una expresión adusta, y nos echó miradas zainas. Quiroga —ya pez chico, pero vivísimo, en la pecera literaria nacional— le saludó reverente. Yo me limité a inclinar la cabeza. Aún me duraba la impresión de la fama de terrible anticlerical y anticatólico de que gozaba don Pío. Quien, todo hay que decirlo, no estaba "bien visto" ni en el Seminario, ni en toda la diócesis de Madrid-Alcalá. Y tem más: en el libro titulado *Novelistas buenos y malos*, "best-seller" de su tiempo, su autor, el jesuita P. La-

drón de Guevara, ponía a don Pío "como no digan dueñas en estradillo, ni arrieros en bodega". Así que aún me pareció pecaminoso inclinarle mi cabeza, y en mi fuero interno admiré la audacia de Quiroga. Bien sabía yo que mi timidez estaba sahumada por el incienso y sometida a la ampulosa oratoria de púlpito. Don Pío se limitó a decirnos:

—¿Qué, jovencitos, a proveernos de pornografía?

No volví a estar con don Pío sino muchos, muchos años después, hacia 1945, cuando entré en su piso de la calle de Ruiz de Alarcón, 12, precedido y presentado por mi gran amigo y admirable barojiano José García Mercadal, colector infatigable de los escritos inéditos del autor de *La busca* para nutrir con ellos nuevos volúmenes de venta asegurada. Me enternece contemplándole desgarrado, en zapatillas y boina, con la barbita a vetas y el gesto absolutamente excéptico y excepcionalmente socarrón. Por aquel tiempo, muchas tardes, en días soleados y apacibles, me crucé con él por los alrededores del Parterre y del Ángel Caído, en el Retiro. Iba solo —como yo—, ensimismado, lento, con abrigo y flexible, metidas las manos en los bolsillos del gabán, y la expresión de quien pierde o gana paraísos de soledad.

Así como cuando le fue dedicado, por el Ayuntamiento de Madrid, un busto de sí mismo a don José Martínez Ruiz, "Azorín", colocándolo centrado en una plazoleta de los jardincillos melancólicos de la Cues-

ta de la Vega, me fue difícilísimo —habiéndome encargado la misión hercúlea— encontrar en toda la enorme producción literaria del caballero de Monóvar, un par de frases siquiera pálidamente afectuosas para Madrid —pues ni en su libro titulado *Madrid*, cuya edición de lujo le regaló a don José el Concejo de la Villa, existe un solo pipero a ésta—; muy al contrario, en la abundantísima labor novelesca, periodística y aún poética, de don Pío Baroja, abundan hasta el asombro las frases caricias para la capital de España. En más de medio centenar de sus novelas, Madrid presta sus escenarios, sus tipos, sus costumbres y hasta sus defectos al genial escritor. Y este los aprovecha "a tope" y de modo magistral, dejando en aquéllas como un contrapunto de pía ternura. Recordemos *La busca*, *Mala hierba*, *Auro-ra roja*, *Camino de perfección*, *El árbol de la Ciencia*, *Las noches del Buen Retiro*, *Aventuras*, *inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox*, *Canciones de suburbio* y tantas otras, incluidas algunas en la serie larga de las *Memorias de un hombre de acción*, cuyo protagonista, conspirador y liberal, Eugenio Avinarena, nació en Madrid y fue bautizado —¡ahí queda eso!— en una de las diez primeras parroquias del Madrid morisco y románico: la de Santa María de la Almudena. Aún más: leyendo los siete nutridos volúmenes de las memorias de don Pío, publicadas con epígrafe general *Desde la última vuelta del camino*, se cosechan, se vienen "a las manos", constantes alusiones a Madrid. Por supuesto que el áspero y hosco —"por de fuera"— don Pío jamás alabó nada, ni a nadie, con entusiasmo de par en par, sino arrendijado; por ello, cuando se refería a Madrid sus alabanzas eran sencillas, espontáneas, pero pálidas. Ahora, ¡que ya está bien que confesara de palabra y por escrito, que su músico favorito era el madrileñísimo Federico Chueca, cuyas melodías le florecían en los labios hasta cuando estaba para morir!

Todavía es muy frecuente, casi tópico, afirmar el vasquismo cerrado de don Pío, tanto de naturaleza como de idiosincrasia. No será yo quien lo niegue; aun cuando tenga mis reservas. Pero añado que don Pío, tan vasco él, se ausentaba de Madrid el menos tiempo posible. Algunos viajes europeos. Los veranos en Vera, en Iztea, en San Se-





Calle de la Amnistia. Excelente calle con las esperanzas debidas para aquellos caballeros de "la oposición" tan amigos de don Pío.

bastían, por aquello de canturrear en vascuence y en saberse jugar la boina. Pero... enseguidita a Madrid. De la lectura de sus *Memorias* se saca la conclusión —y la saca uno de sus más recientes biógrafos, catalán por más señas: Sebastián Juan Arbó— "que la capital de España le atraía; siempre le había atraído. A pesar de las cóleras, de los fracasos, le gustaba. Es posible que lo del doctorado (de medicina) fuese sólo un pretexto (para irse a vivir a Madrid); lo importante sería ir allí, donde había dejado sus amigos, y sobre todos, sus ilusiones literarias. Esto no podemos perderlo de vista; sin que él lo dijese, el imán misterioso que le atraía allí (Madrid) era su vocación".

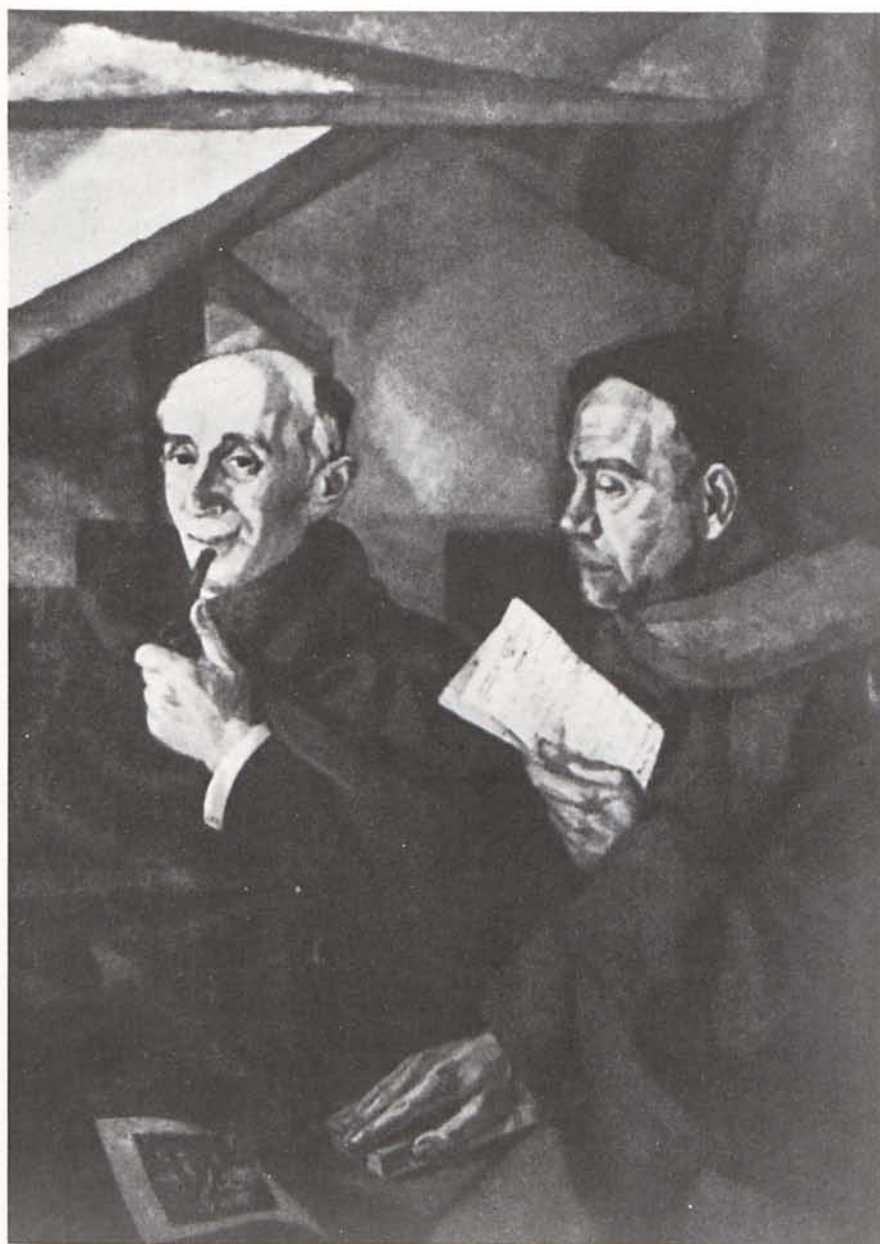
El propio Baroja escribe, con la sinceridad que le era peculiar (1): "De aquella época de mi infancia tengo la impresión de que Madrid no dejaba de ser, en su limitación

y en su pobreza, un pueblo alegre y pintoresco, y fácil para todo el mundo." Conociéndole a don Pío, ¿cabe de él alabanza más enterneceda? Madrid, acaso porque era pintoresco y alegre, y sobre todo, fácil y abierto para todo el mundo, se le ha metido en el alma a este vasco también sencillo y, por contraste seductor, difícil y hosco para casi todos sus semejantes. Lo más claro de imaginar es que Baroja amaba a Madrid precisamente porque no le gustaba. Nada hay que atraiga tanto al hombre inteligente y sensible como aquello que "no le sienta bien" y que podría "ser mejor" si una criatura sensible e inteligente se lo propusiera con amor de caridad. Este interés de esta criatura se transforma, inevitablemente, en afecto. Se me argüirá que Baroja joven, apenas maduro, quisiera permanecer en Madrid sabiendo que sólo aquí el camino de la fama literaria era más posible, rápido y fulgurante. Bien. Pero... ¿y cuando ya era famoso, se traducían sus libros y se estudiaban profesoralmente en varios idiomas? Pudo entonces refugiarse en su rincón guipuzcoano al que le atribuye signo decisivo y destino último en su producción literaria. ¿Cómo siguió viviendo en Madrid la mayor parte del año? ¿Qué o quiénes le obligaban, sino su *propia íntima concordancia* con un lugar alegre y pintoresco, fácil para todos, y que tiene la magia de meterse en el alma del más hosco e introvertido de los seres humanos? Y es que el gran secreto de don Pío fue buscar *su soledad* pero no en la soledad de la Naturaleza, sino —¡que es lo difícil y admirable!— en el maremagnum urbano. Lo que no nos cuesta adquirir, lo depreciamos en seguida. Desde el Evangelio el hombre ha venido a buscarse la felicidad en un estado permanente de lucha. En resumen: sí, sí, muy vasco Baroja, muy gruñón ante el panorama vital matritense, pero, en frase chula: "de Madrid no se iba ni con polvorones". Y de Madrid no se fue ni muerto. Si bien se reflexiona no pocos de los fallos y algunas de las virtudes de Madrid se repetían en don Pío: sencillez, modestia, respingo malhumorado a veces, el no dar importancia a casi nada, el desdén casi todo, un hondo senequismo que de vez en cuando viene a perturbar Quevedo con su jocunda sátira, un diario reírse "de los pe-

ces de colores" y estar "de vuelta de todo".

Desde 1879, año en que la familia Baroja llegó a Madrid, el genial don Pío tuvo varios domicilios, en muy distintos barrios, hasta el año 1956, que fue el de su muerte. El primero de ellos en la calle *Real* (2), en un inmueble aislado próximo a la famosa *Era del Mico*, descampado alto sobre el que permanentemente —cuenta Baroja— estaba instalada "una verbena modesta": columpios, "tío vivo", bolos, barracas de pim-pam-pum, tenderetes de cascajo, puestos de rosquillas, fogones de buñuelos... Prosigue recordando don Pío: que desde un balcón de su piso, niño triston él, contemplaba los frecuentes entierros que se encaminaban al Cementerio General del Norte, y el atemorizante *Campo de los Guardias* (sic), en el que, le habían contado, se consumaban los ajusticiamientos de los malhechores (3). En efecto, allí fueron agarrotados el cura Merino —que apuñaló a doña Isabel II— y los anarquistas Oliva y Otero, que atentaron contra la vida de don Alfonso XII. Pero si Baroja niño no pudo contemplar el jolgorio popular que formó coro al ahorcamiento del anarquista y tonelero tarraconense Juan Oliva Moncosí, pues tuvo efecto éste el 4 de enero de 1879, antes de la llegada de los Baroja a Madrid, sí pudo el niño Pío estremecerse contemplando desde su balcón los calesines y galerones en que una muchedumbre gritona se dirigía al lugar de la ejecución del frustrado regicida y bollero lucense Francisco Otero González; ahorcamiento que tuvo efecto a principios de enero de 1880. Y contemplar también a las mujeres y a los hombres que el día antes de la ejecución, cepillo —como el de los templos— en mano "pedían dinero para el condenado y sus familiares", y a los vendedores que berreaban "la Salve que cantan los presos al al reo que está en capilla".

Como aquel piso no era demasiado alegre y estaba "donde Cristo dio las tres voces y no le oyeron", los Baroja se mudaron a una casa de edad muy respetable ya situada en la calle *del Espíritu Santo*, en su parte ya derrumbada hacia la calle *Ancha de San Bernardo*. Darío, el hermano mayor de Pío, se matriculó en el cercano Instituto del Cardenal Cisneros, a la derecha de la calle *de los Reyes* (4) y levantado sobre la que fue Huerta



Los dos Baroja: Ricardo, pintor y grabador, fumador en pipa y con sonrisita cazurra; y Pío, como siempre, con gesto de pocos amigos, ensimismación muy personal.

del Noviciado. Baroja nos confiesa que esta nueva casa, tan metida en el cogollo matritense universitario, le sirvió de magnífico observatorio para catalogar en su sensibilidad y en su memoria algunos tipos muy populares: el aguador a domicilio, los vendedores voceadores de "¡Miel de la Alcarria!", "¡Buen requesón de Miraflores y a prueba!", "¡A componer tinajas y artesones, barreños, platos y fuentes!", "¡Lilas de la Casa de Campo, lilas!", "¡La cañamonera, tostaditos!"...; a los ciegos con guitarra y perro que galleaban romances y coplas dramáticas o de amores irresistibles; a los lisiados que clamaban por una limosnita exhibiendo pústulas y bubones... "Había —es-

cribe don Pío— pregones que se cantaban con alardes de divos, haciendo largos calderones." También entusiasmaba al niño Pío el popular *Tuti-li-mundi*, cosmorama —dentro de un cajón más embadurnado— en el que mirando por unos cristales redondos se veían paisajes como de tarjeta postal, ciudades famosas, cuadros de batallas célebres, mares encrespados surcados por naves en peligro de zozobrar, retratos de personajes inmortales... En 1881, los Baroja —siempre a causa de los destinos de su padre, don Serafín, ingeniero de minas, marcharon a Pamplona.

Al regresar a Madrid, en 1886, de momento, hasta encontrar piso propio, se fueron a vivir a la casa de

doña Juana Nessi, tía de la madre de los Baroja, y dueña de una fábrica de pan —fundada por su esposo, ya muerto, don Matías Lacasa— que había en los bajos y sótanos del mismo inmueble de la calle de la Misericordia (5). Y nos confiesa don Pío que él y su hermano Ricardo "descubrieron en uno de los cuartos altos un tragaluz desde el que podía salirse al tejado y desde aquí contemplar un espectáculo seductor de chapiteles, bohardillas y tejados".

Al decidirse Pío por la carrera de medicina, empezó a ir a la Facultad de San Carlos —calle de Atocha—. Por entonces ya vivían los Baroja en la corta, gris y tristona calle de la Independencia, además encuestada (6). Un año antes, Pío había terminado su bachillerato en el Instituto de San Isidro, repartido entre las calles de Toledo y de los Estudios y como apéndice —de buen linaje— de los muy antiguos Estudios del Colegio Imperial de Jesuitas. De su casa al Instituto, el estudiante tenía marcado su itinerario dilecto: calles y plazuelas viejas y legendarias: calle Mayor, calle del Codo, plazuela del conde de Miranda, calle de la Pasa, Puerta Cerrada, Toledo... O buscando a veces la Cava de San Miguel, el Arco de Cuchilleros, las Cavas... baja y alta. Y escribe don Pío: "Todas las calles y plazuelas de estos barrios las conocía muy bien y me divertía observándolas. Me gustaba vagabundear por las calles próximas a mi casa (Arenal, Carlos III, Felipe V, Vergara, Requena, Rebeque, Amnistía, Espejo, San Nicolás, Factor, Cruzada, Señores de Luzón, Escalinata, Espejo, Santiago, Bonetillo...)" Y la calle de los Estudios, donde está el Instituto de San Isidro "me parecía una callejuela muy simpática", añade. Y prosigue: "Este barrio —se refiere al de la Cruz Verde y calles afluentes—, donde nació Aviraneta, sintetizaba la vida de la antigua Corte; era el barrio más castizo de Madrid, el más antiguo, el más típico y pintoresco de la Villa del Oso y el Madroño." Por aquel tiempo, el joven e insaciable observador Pío, en compañía de algún amigo, fisgaban por los baratillos del Rastro, contemplaban en la plaza de la Armería, a las once de la mañana, el relevo de la Guardia de Palacio, buscaban tipos de mendigos y gitanos en los jardines de la Cuesta de la Vega, se esperanzaban a la busca "de gangas"



¿Qué duda cabe que ese escenario, y esa lluvia invisible, y en simón con jamelgo decrepito, y su farol de gas, y esas bohardillas de tejadillo, y esas gentes que no llevan prisa, son Madrid, los vecinos y sus cosas!

en las librerías de lance de las calles de *Jacometrezo, Abada, Olivo, Desengaño...* Don Pío nos cuenta cómo asistió a la ejecución de Higinia Balaguer, muchacha de servicio que asesinó a su ama en un piso de la calle de *Fuencarral*. El macabro colofón se efectuó en un patio de la Cárcel Modelo, y lo presenciaron Pío y sus amigos desde unos desmontes próximos y altos. La ejecución fue rápida. "Enseguida — escribe don Pío — el cura y los Hermanos de la Paz y Caridad se retiraron y quedó allí la figura negra, muy pequeña, encima de la tapia roja de ladrillo, ante el cielo azul claro de la mañana de primavera." (Particularmente sigo asombrándome de que don Pío y sus amigos pudieran ver a la infeliz ejecutada encima de la tapia de ladrillos rojos!!!)

Baroja, que siempre mostró propensión a lo fúnebre, trágico y pe-

simista, también nos cuenta cómo, con algunos amigos, *no llegaron a tiempo* para presenciar las ejecuciones de los autores —una mujer y dos hombres— del popular crimen de la *Guindalera*; pero sí "para ver las tres siluetas negras de los agarrotados, bajo el sol de la mañana". "El espectáculo —remachaba terrible, pero tenía algo de teatral." A todos estos trágicos sucesos, sobre escenarios matritenses, se refiere de nuevo don Pío en sus *Canciones de suburbio*. Tan a gusto se sentía —un poco a la trágala iba siguiendo los estudios médicos— en Madrid que, además de las melodías de Chueca, eran sus tarareos y canturreos constantes, letras y músicas netamente madrileñas y populares...

*Con el capotín, tén, tén,
que esta noche va a llover;
con el capotín, tén, tén,
a eso de la madrugada.*

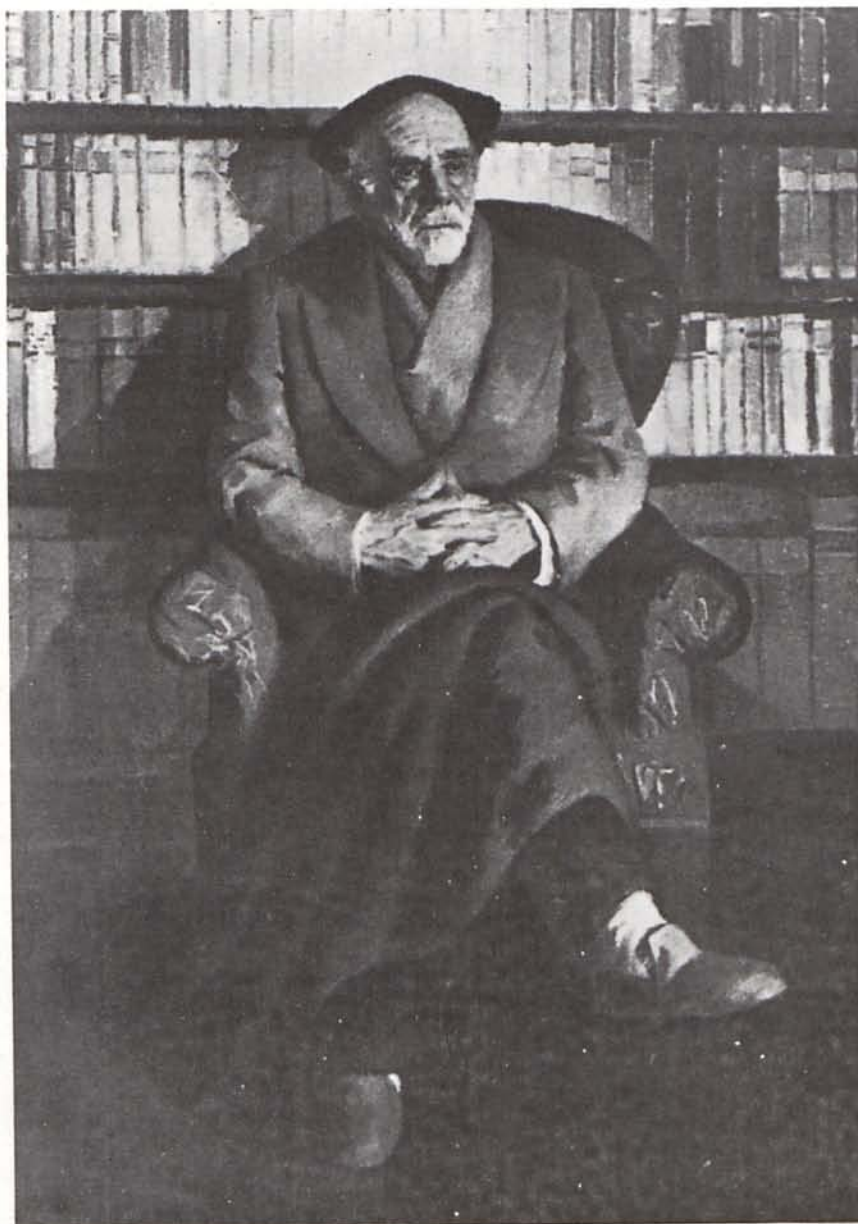
(Don Pío y algunos de sus biógrafos, siguiendo a don Pío, cambian la lluvia por la nieve.)

*Tengo un niño chiquitín
que se llama Nicolás;
si lo quieres conocer
vente a casa y lo verás.*

De regreso de sus veraneos en San Sebastián, en Vera (Baroja raramente concreta las fechas), a principios de un otoño —¿1890?— se mudó la familia a un piso cuarto de la calle de *Atocha*, esquina a la de la *Esperancilla* (7). En la planta baja del inmueble había "un café poco concurrido". Precisamente por esta época don Pío sintió los irrepresibles afanes de escribir, "volcándose sobre las cuartillas", cuentos y crónicas y hasta romances. Escarceos literarios de los que sólo hizo confesión a su entonces inseparable amigo Carlos Venero. Por supuesto, más entusiasta del realismo —sin la menor retórica— que

de la fantasía, su honda preocupación fue reflejar con fidelidad de espejo limpio temas, ambientes y personajes madrileños, en especial aquellos que estuviesen rebozados en acidez, en dramatismo vulgar, en crudo pintoresquismo inclusive grotesco. Dudo que ningún pintor haya superado a Baroja en pintar con verdad, con patetismo, escenarios madrileños como los que soportan la acción trepidante de los tres tomos de *La lucha por la vida*: el barrio de los Injurias, el Rastro con su apéndice de las "Américas", la Corrala, la famosa taberna de la Blasa, la Estación "de las pulgas", el cerro de la Plata, Entrevías, las Rondas —Toledo, Valencia, Segovia—, Lavapiés, Embajadores...; y por el Madrid del Norte: Vallehermoso, Cuatro Caminos, los viejos cementerios del Norte y San Luis, los desmontes hacia la Dehesa de la Villa y el Pardo, las caleras y ladrilleras de Tetuán de las Victorias, las chabolas de los traperos y cazadores furtivos... En busca de ambientes, Baroja nos cuenta como concurrió a cafés tan populares como *San Millán* —en la plaza de ídem—, *Naranjeros* —plaza de la Cebada—, *Prado* —en la calle del mismo nombre—, *Brillante* —calle de Alcalá—, *Fornos* —Alcalá con vuelta a la de Peligros; *Santo Domingo* —en la plaza de ídem—, *Antiguo de Levante* —calle del Arenal—, *Inglés* —calle de Sevilla—, *Español* —calle de Carlos III—, *Imperial*, *Oriental* y *Universal* —Puerta del Sol—, *Platerías* —calle Mayor—, *Iberia* —Carrera de San Jerónimo—, *San Isidro* —calle de Toledo—, *Esmeralda* —calle de Preciados—...

También asistió a las funciones de zarzuela y del género chico, por las que sentía honda afición, en el *Salón Capellanes*, *Variedades*, *Novedades*, *Romea*, *Alhambra*, *Zarzuela*, *Apolo*, *Felipe* —barracón ilustre que estuvo en el Prado, casi donde hoy se levanta la fachada oriental de la Casa de Correos—... Tanto a cafés como a teatros, Baroja se refiere con apariencias de desdén, pero en el fondo de tal desdén late un íntimo gozo por la evocación de sus andanzas juveniles y del inicio de su vocación literaria. Ya médico, don Pío permaneció algún tiempo alejado de Madrid, ejerciendo su profesión en Bujarsot y en Cestona. Y el propio don Pío declara paladino: "Madrid me era más grato que Valencia. En Madrid surgían



Pío Baroja retratado por el gran pintor levantino Genaro Lahuer-ta. La buena intención, el colorido rutilante, la exaltación de Genaro no han podido vencer la tranquilidad casera, las zapatillas y la boina de don Pío, símbolo de su introversión.

de nuevo, después del desdén que por ellas había sentido, durante el tiempo en que *había vivido un poco aplastado por el pesimismo*." Lo subrayado corre de mi cuenta, pues me importa dejar bien claro que don Pío se encontraba —aun cuando refunfuñando lo contrario— como el pez en el agua de Madrid. Siguió publicando crónicas y narraciones en varios periódicos zurdos: *La Justicia*, *El Ideal*, *El Liberal*, *El Globo*... Pero regresó antes de lo previsto a la capital... ¿para qué?, dirán ustedes. ¡Para dirigir la acreditada tahona de su tía Juana Nesi, viuda de Lacasa, en cuya dirección ya había fracasado su hermano Ricardo. Para estar más encima del

negocio, se instaló de nuevo en la calle de la Misericordia. Pero antes de distraerme en su aventura panadera, oigamos —mejor: leamos— unas espontáneas declaraciones de aquel literato— del que ya se decía a voces y en letras de molde que cuanto escribía tenía mucha miga—: "*Madrid ahora me gustaba*, me hacía gracia también explorar la vieja casa; iba reconociendo con gusto sus rincones y tomaban valor para mí los detalles que guardaba en mi memoria." (Y sigo subrayando también a mi gusto las *sinceridades pías* a favor de Madrid.)

La aventura panadera de don Pío no fue larga ni fructífera. Le tocó



Otro excelente escenario madrileño. La mansión nobiliaria con farol propio, la casa de pensiones burguesas, el segundo término que empieza a derrumbarse, y el carro trapero con sus... correspondientes traperillos.

bailar con los primeros conflictos laborales planteados por el socialismo, de los que él no entendía papa y, claro está, bailó mal. Y le aburrió el baile. Por lo que decidió entrégarse con plenitud al ejercicio diario y machacón que es la literatura. Y el caso es que don Pío era convencido socialista, y muy afecto a los humillados y oprimidos; sino que el pan no daba más que para pan a los que arrimaban el hombro y para pan y algo que pringase el pan a los que arrimaban el capitalito. Reanudó sus largos paseos por Madrid. Sería curioso planear el Madrid recorrido por don Pío entre 1889 y 1954. En recorridos sosegados y muy fisgones, y metiéndose en establecimientos del comercio y de la industria humildes

para dialogar con encargados, dependientes y clientes de ocasión, enterándose de las minucias cotidianas que tanta carne y tanta palabra le daban para sus obras. La Madrid morisco y romántico: la de crítica afirma el gozo con que don Pío recorría cinco o seis kilómetros extrarradio, el Retiro, las Rondas, el Prado, la margen zurda del Manzanares. En ocasiones, con cierto remusguillo cobardón, pero estimulante, husmeaba en lugares tan mugrientos y delincuentes como La China, los vertederos de La Plata y de las Injurias, las chabolas de Vallecas, las gitanerías de la carretera de Andalucía y Las Camborneras, las miserias jornaleras de los Carabancheles, las traperías de Tetuán...

Por entonces apareció en Madrid la *Revista Nueva* (8), fundada por don Luis Ruiz Contreras, que se convirtió en órgano político y literario de la después llamada "generación del 98", y en la que colaboraban Palomero, Candamo, Jacinto Benavente, Maeztu, "Azorín", Valle-Inclán... Don Pío ya colaboraba en otras revistas literarias plenamente: *Germinal*, *Vida Nueva*, *Helios*, *Los Lunes de "El Imparcial"* (9). El mismo don Pío nos confiesa que asistía —en noches estivales— a los Jardines del Buen Retiro, al Café de Fornos... de aquellos, escribe: "Muchos defensores de la tesis (que Madrid, con dinero y sin familia, Baden-Baden, Capúa de las delicias fin de siglo) no eran hipócritas, sino completamente sin-

ceros... Se pasaba bien el verano. Había un teatro, muchos y frondosos árboles, boscajes retirados para parejas misteriosas, un café y... música." Y por encima de los árboles "el alto cielo y la grata atmósfera de las noches de verano". "Para mucha gente de la burguesía —prosigue Baroja— los Jardines del Buen Retiro ofrecían el atractivo de poder conocer allí a personas de la aristocracia, a quienes en el invierno no podían ver ni tratar por su existencia más rumbosa. Durante el verano se corrían las escalas de la sociedad, de la buena y de la mediana, y la burguesía, grande o pequeña, se acercaba a la aristocracia antigua y moderna, a la de los títulos pomposos, y a la plutocracia, de valores auténticos. Representantes de una y otra fraternizaban

a los acordes de *La Gran Vía*, de *La verbena de la Paloma* o de la sinfonía de *Poeta y aldeano*."

"Al llegar a Madrid (desde París) en 1899 —confiesa don Pío— volví a reunirme con la gente literaria." En 1900 publicó su primero y admirable libro de narraciones *Vidas sombrías*, que "le pusieron en candeleró". Son incontables los testimonios —Zamacois, García Mercadal, Candamo— que autentizan cómo por estos años, fin y principio de siglos, se veía con mucha frecuencia emparejado a don Pío y "Azorín", paseando muy de cháchara, deteniéndose y arrancando cada veinte metros, o curioseando con pasión en los tenderetes de libros de lance alineados a compás de la verja del *Jardín Botánico*, de lado del Prado, entre Atocha y el Museo.

Etapa matritense peripatética que jamás olvidaría don Pío, y a la que se refiere con morosa insistencia en muchos de sus libros. Le divertía la nocturna vida bohemia —más como espectador que como actor— en las calles y cafés recónditos, en teatrillos de mala suerte, en tascas lívidas y broncas, en el Ateneo, ante las crapulosas y desportilladas caras de las cosas de lenocinio... En estas sus andanzas bohemias hizo gran cosecha de tipos estupendos: Zamacois, Carrere, Villaespesa, Cornuty, Alejandro y Miguel Sawa, Pedro Barrantes, Manuel Paso, Joaquín Dicenta, Pedro Luis de Gálvez, Rafael Urbano, Benigno Varela, Martínez Barriónuevo...

Sí, le placían a don Pío las reuniones tumultuosas —pero casi siempre él al margen, observador im-

Librería de García Rico, en la calle de Desengaño, frente al viejo templo de San Martín; una de las librerías de lance más antiguas de Madrid y que solía visitar a diario don Pío.





Vista panorámica de viejos y encantadores tejados modrileños, entreverados con algún chapitel que otro. Tejados "fetén" de los que gustaban tanto al diablo cojuelo matritense, porque le resultaba fácil levantarlos para curiosear mano a mano con el estudiante.

placable— del *Café Madrid* —calle de Alcalá—, del *Café de La Montaña* —Puerta del Sol—, del *Fornos* —Alcalá con vuelta a la de Peligros—, cada una de las cuales tenía su director de escena y de oratoria: ya Benavente, ya Valle-Inclán, ya Manuel Bueno. En todas estas tertulias estaba de moda "la busca agoniosa de la España"... que se había perdido —¡del todo!, según

los más pesimistas— en Felipinas, Cuba y Europa. En esta intensa época de bohemia entreverada de literatura, también interesado por la política "de un posible resurgimiento", don Pío se presentó a concejal por Madrid y a diputado a Cortes por Fraga de Aragón, afiliado al partido radical de don Alejandro Lerroux. Naturalmente salió derrotado en ambas candidaturas. Se-

ría no conocer a don Pío asegurar que le dolieron las derrotas. Se quedó tan terne. Pero durante las campañas electorales, tanto en Madrid como por tierras aragonesas, pronunció algunos discursos "cargados de dinamita" contra la política monárquica, tanto liberal como conservadora. Y ya derrotado se reintegró a lo suyo: a escribir, a recorrer a diario algunas librerías de

lance: la de García Rico en la calle del *Desengaño*, la de Melchor García en la calle *Ancha de San Bernardo*, la de Tormos en la calle de *Jacometrezo*, la de Gregorio Pueyo en la calle de *la Abada*, la de doña Pepita y su marido el ácrata levantino Bataller, en la calle de *Jacometrezo*... ¡ah! Y a visitar con cierta frecuencia, cultivando sus aficiones macabras, y de noche, los cementerios románticos de *Vallehermoso* y la *Puerta de Fuencarral* (10).

Hacia 1902 los Baroja trasladaron su domicilio a un viejo inmueble de la calle de *Mendizábal* que había pertenecido al marqués de Berne. La casa tenía dos pisos. Con el tiempo los Baroja la ampliaron en otros dos. A este inmueble se llevó Caro Raggio su editorial y su imprenta. También en un salón de él se celebraron las representaciones escénicas de un grupo de aficionados con el título *El Mirlo Blanco*. El alma de este grupo fueron dos mujeres: doña Carmen Monné, esposa de Ricardo Baroja, y doña Carmen Baroja, esposa de Caro Raggio. Escribieron piezas breves para este teatrillo Ricardo y Pío Baroja, Valle-Inclán, Cipriano Rivas Cherif, Claudio de la Torre, Edgar Neville. Hacia de director escénico Rivas Cherif, y el músico de *El Mirlo Blanco* fue Gustavo Pittaluga. Don Pío asistía muy pocas veces a las funciones, pero llegó a trabajar en una de ellas. Y es que a don Pío que le dieran género chico y, mejor que mejor, con música de Chueca o de Caballero. En una de sus novelas nos habla de *La Gran Vía*, letra de Felipe Pérez y González y música de Federico Chueca: "Hombre —dice uno de sus personajes—, van a cantar *La Gran Vía*, ¿quiere usted que la oigamos?" "Sí, sí", contesta el otro." Don Leandro movió los tornillos y palanquitas del aparato y comenzó a oírse con claridad la zarzuela de Chueca: "El Caballero de Gracia", "La Menegilda", la jota de "Los ratas", el coro de "Los marineritos". "Es lo maravilloso cotidiano —exclamó Arizmendi—. ¡Y con qué aire lo canta!" Y el mismo Baroja, pone en boca de otro personaje: "Sí, lo hace muy bien. A mí me recuerda el tiempo en que fui a estudiar a Madrid. *Casi me dan ganas de llorar*." (También subrayo por mi cuenta, remarcando el encanto que tuvo para don Pío los mejores años de su edad en Madrid. Durante los



Librería de lance del Pasadizo de San Ginés, adosada a la parroquia, en la que figuraba cada tarde don Pío con menos ganas de comprar que de pasar el tiempo.

cuales, no lo olvidemos, a una de sus más inolvidables y originales criaturas, Silvestre Paradox, la hizo nacer en Madrid.)

En la calle de *Mendizábal* (11) vivió Baroja, con su madre, su hermana Carmen, su cuñado Rafael Caro Raggio y los hijos de éstos, hasta 1936. Don Pío, conforme iba ganando fama se introvertía más. Se negó radical a sumarse a la tertulia nocturna y sabatina de la Botillería "Pombo" —calle de *Carretas*—, que había fundado y de la que era sumo pontífice, gran oráculo, y expendedor de bulas y anate-

mas, el madrileñísimo y genial escritor Ramón Gómez de la Serna; el cual, como ahora se dice por lo chulo, siempre *le cayó gordo* a don Pío, y más gordo de lo que era Ramón. También negó su asistencia a otra tertulia muy famosa: la que dirigía, entonaba y desentonaba don Ramón del Valle-Inclán en *La Granja El Henar*, de la calle *Alcalá*. Por el contrario, asistía con frecuencia al llamado *Club del Papel*, abierto en la librería de lance de Tormos y al que acudían libreros de viejo, comisionistas de libros, eruditos anónimos en busca de "gangas bi-

Una típica calle isabelina: la de la Independencia. El nombre ya dice bastante de la época de su bautismo. Epoca en la que la independencia era pura aspiración.

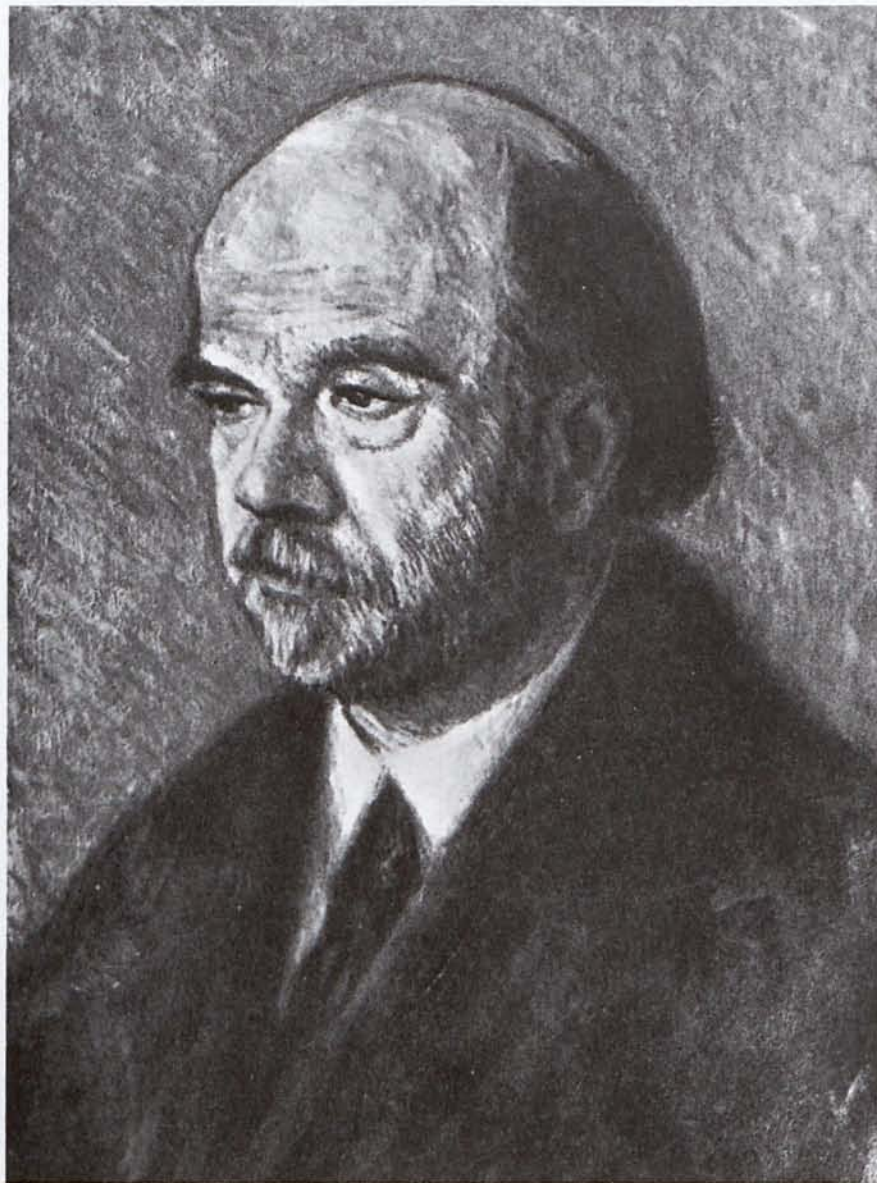


bliográficas", opositores "a mangar" al descuido de algún libro, para venderlo en la librería más próxima, politiquillos de quinto orden formando en el coro panegírico de algún figurón, y varios tipos estrafalarios siempre dispuestos a dar "el sablazo". Don Pío se divertía de lo lindo en el *Club del Papel*, donde siempre tenía reservado el mejor sillón, cercano a la estufa. Y, por supuesto, seguía dándose grandes caminatas, sino que por otros lugares más próximos a su nuevo domicilio: *Rosales*, el *Parque del Oeste*, los alrededores de "La Tinaja", y del *Palacete de la Moncloa*, la plaza de *Oriente* y la todavía de *San Marcial* (hoy, de *España*). Don Pío trabajaba desde las ocho de la mañana hasta la hora del almuerzo: la una. Y dos horas después se largaba a la calle, por

lo frecuente al visiteo de las librerías de lance, para revolver en los libros y que los libreros le contaran "lo más nuevo que se dijera por ahí".

El 12 de mayo de 1935 leyó su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua, contestándole en nombre de la docta corporación el doctor don Gregorio Marañón. El estallido de la guerra de Liberación le pilló en su finca de Iztea, de Vera. Y durante algunas semanas don Pío *las pasó moradas*, pues nunca pecó de valiente y sabía que les era muy poco simpático a las derechas vascas tradicionalistas, pronto dueñas de la provincia de San Sebastián. Al fin pudo pasar a Francia, viviendo en París hasta el inicio de la segunda guerra mundial. Miedoso ante el avance alemán sobre París, decidió regresar

Buen retrato de don Pío. Se lo hizo su paisano Elías Salaverría. A quien no estorbó para la admirable pintura ni los ojos tristes, ni la hirsuta barba del genial modelo.



a Madrid con su hermana y sus sobrinos. (Había muerto ya su madre, y su cuñado Caro Raggio había pasado la guerra española sin salir de Madrid, procurando conservar la editorial, la imprenta, los muebles de la familia). El último domicilio de Baroja en Madrid fue un último piso en el número 12 de la calle de *Ruiz de Alarcón*, en el muy tranquilo y muy señorial barrio del Retiro, y en la parte entre las calles de *Antonio Maura* y de *Felipe IV*. Abruñado por la muerte de su madre, por la de su cuñado Caro Raggio —acaecida apenas llegados a la capital—, luego la de su hermana Carmen, don Pío se desentendió casi de cuanto le era circunstancial o anecdótico. Aún se le veía, de tarde en tarde, paseando por los alrededores del Ángel Caído y de la Rosaleda del Retiro, charlando con los libreros de la *Cuesta de Moyano*, a primeras horas de la tarde. Y, sin embargo, no mostró el menor deseo de salir de Madrid. La capital le retenía con la fuerza amorosa de los recuerdos, cada uno de los cuales él iba colocando sobre sus escenarios y en su tiempo. A sus sobrinos Julio y Pío costábales Dios y ayuda llevarle durante los veranos a Iztea. Las salidas de Madrid le ofrecían pocos atractivos. Y dentro de Madrid, las salidas de su casa. Para disculparse de su retraimiento casero le decía al periodista Alberti: "Siempre hay gente que le cuenta a uno lo que pasa. Le aseguro que, sin moverme de mi butaca, me entero de un montón de cosas. Y eso que leo poco la prensa, que siempre está diciendo lo mismo y ha dejado de interesarme."

En su domicilio, por las tardes, se formaba una tertulia pintoresca: médicos, escritores jóvenes y estudiantes curiosos —de ambos sexos, españoles o extranjeros—, periodistas, admiradores anónimos a quienes ni se pedía el nombre para admitirles en la tertulia. Ningún piso más hospitalario que el de don Pío, ni menos ceremonioso. La tertulia la presidía él, con boina, bata, zapatillas, ya en uso largo, hundido en un viejo sillón, cruzado de manos y de piernas. Ya preguntaba poco (al menos cuando le visitaba yo con García Mercadal). Pero se sonreía cazarrote cuando se le contaban cositas y cosazas que ocurrían en la literatura y en la política. Don Pío Baroja murió en Madrid el 30 de octubre de 1956. Y al si-



guiente día fue enterrado en el Cementerio Civil del Este y "en olor de multitud". Porque la multitud, haya o no manifestaciones oficiales, sabe muy bien cuando se le ha muerto un ser excepcional, y entonces es ella la que pone el más hermoso colofón.

Insisto en que Baroja fue vasco cien por cien. Y sé que él se afirmó y confirmó vasco, incontables veces, con la palabra y con la pluma. Pero ello nada tiene que ver con su indiscutible afecto por Madrid. Hechos cuentan y hasta cantan. Porque sólo lo que se ama —aún queriendo guardar secreto este amor— es lo que nos prende irresistiblemente. Y ya se sabe, en cualquier geografía, que los amores más fuertes suelen ser los que se entrelazan entre seres más diferentes. Casi idéntico el de nuestros dos más gloriosos novelistas contemporáneos: Galdós y Baroja, seguidores con los números 2 y 3, respec-

tivamente a nuestro número uno indiscutible: Miguel de Cervantes. Galdós, canario. Baroja, vasco. Y si Baroja veraneaba, y no más, en su tierra vasca, también Galdós veraneaba en tierra santanderina. Y éste y aquél viajaron por la Europa de occidente. Pero veraneos y viajes turistas que —salvo los obligados de don Pío— terminaban pronto, como si los dos obedecieran a la seductora llamada de Madrid. Los dos se movían por la Villa con la sencilla naturalidad que se hace amada rutina. ¿Pequeñas diferencias entre los dos geniales novelistas? Por descontado. Galdós se jactó siempre de su amor por Madrid. Baroja jamás lo declaró, sino refulfuñando y como con sordina, y añadiendo enseguida lunares y macas del ser querido. Y otra más: Galdós jamás llegó a preocuparse por su tierra natal "como entidad novelística". Muy al contrario, don Pío buscaba para sus novelas y en-

sayos, escenarios, costumbres, tipos vascos, que conoció como pocos. Pero la ingente labor de uno y otro están proyectadas desde Madrid, punto de alerta permanente para vivir y para novelar. Y no olvidemos que cuando Baroja se decidió a escribir valiéndose de tipos, costumbres y escenarios madrileños, lo hizo con no menos verdad, con no menor arte que don Benito, sino que con tintes mucho más tenebrosos, con dramatismo más desastroso, con estilo más roto, con vocabulario más pobre.

¿Cómo ha correspondido Madrid con el amor de Galdós y de Baroja? Con el primero, así, así. Una callejuela corta, fea y ondulada. Una estatua bella y sencilla, en el Retiro, obra de Victorio Macho. Un grupo escolar bautizado con su nombre. Una lápida en la casa que sustituyó al hotelito morisco en que murió. Pero con el segundo, cero, cero. ¿Todavía no se le ha perdo-

nado su liberalismo, su ateísmo? Mal hecho. Después del Concilio Vaticano II, de tantos sínodos diocesanos, de tantas asambleas religiosas, en busca ansiosa de la unidad, de la comprensión, del amor entre los hombres, creo yo que ha llegado la hora de que Madrid dedique a don Pío una calle, una estatua, un grupo escolar, una lápida en la casa en que murió. Todo lo cual no me parece demasiado, sino de mínima justicia.

NOTAS

(1) Siempre que copie frases de Baroja, si no aclaro su referencia es porque está en alguno de los volúmenes de sus memorias *Desde la última vuelta del camino*.

(2) El verdadero nombre era *Camino Real de Francia*, que empezaba en la hoy *Glorieta de Bilbao* —entonces *Puerta de Bilbao* o *Pozos de la Nieve*— y terminaba en la hoy *Glorieta de Quevedo* —entonces *Maia de Francia*.

(3) No *Campo de los Guardias*, como dijo Baroja, sino *Campo de Guardias*, porque los había para la custodia de un polvorín que allí estaba y que fue volado en 1843 por las tropas del general Narváez, que precedían al nuevo Regente, general Espartero. Resulta extraño que Baroja y algunos de sus biógrafos repitan que en el *Campo de Guardias* fue ahorcado Luis

Candelas, que lo fue en la *Plaza de la Cebada*.

(4) Entonces aún se llamaba esta calle de *San Ignacio* —luego de privarla del nombre de *los Reyes*, con que aparece en los planos de Texeira y Espinosa— por estar al costado del que fue Noviciado de los Jesuitas, pero ya Universidad Central.

(5) La calle de la *Misericordia*, que casi termina antes de empezar, va de la *del Maestro Victoria* —entonces de *Capellanes*— a la plaza de las *Descalzas*. En realidad, tal calle sólo presentaba, frente al edificio del Monte de Piedad, el casón de doña Juana Nessi, que tenía otra cara —el casón, por supuesto— a la de *Capellanes*; se solaba con el Convento de las Descalzas Reales, y como los Baroja vivían en el piso más alto del casón, desde él veían el jardín y la huerta de las monjas, y a éstas paseando en sus horas de asueto.

(6) Entre la plaza de *Isabel II* y la calle del *Espejo*. En casa inmediata a la que habitaron y donde murieron los ilustres compositores y directores del Teatro Real don Joaquín Espín y Guillé y don Joaquín Espín y Colbrand, padre y hermano, respectivamente, de la cantante Julia Espín, maravillosa musa de Gustavo Adolfo Bécquer.

(7) La calle de la *Esperancilla* tenía entrada por la de *Atocha* y salida por la de *Santa Isabel*. Su nombre actual es *del Marqués de Toca* (don Melchor Sánchez de Toca, famoso cirujano fallecido en Madrid en 1880).

(8) Inició su publicación el 15 de febrero de 1899. Aparecía decenalmente. Valía cada número cincuenta céntimos. Tenía la redacción y administración en la calle de *Apodaca*, 18, establecimiento tipográfico de A. Marzo.

(9) *Germinal* —órgano de la cruda literatura socializante— empezó a publicarse el 30 de abril de 1897. Era semanal y valía quince céntimos el número. Lo editaba la imprenta Fortanet, en la calle de la *Libertad*, 29.

Vida Nueva, revista salida de la misma imprenta que *Germinal*, en 1898, era semanal, valía el número diez céntimos. Colaboraban en ella escritores tanto noventaochistas como incipientes modernistas.

(10) Eran estos cementerios: el General del Norte, algo más arriba de la hoy *Glorieta de Quevedo*, a la izquierda; la Sacramental de San Luis, inmediato al anterior, pero hacia *Vallehermoso*, y la Sacramental de San Martín, muy próximo a los dos anteriores, más hacia la calle hoy de *Magallanes*. Se comprenderá bien que cuando poco antes de la guerra de 1936, unos jóvenes escritores organizaron las «Visitas a los Cementerios», que pareció idea original, no lo era ni mucho menos.

(11) Hoy calle de *Víctor Pradera*, político católico y tradicionalista. Al famoso ministro «de la desamortización de las manos muertas», don Juan Álvarez de Mendizábal, le castigaron los buenos por... ser malo, mansonce y enemigo de monjas, frailes y curas.

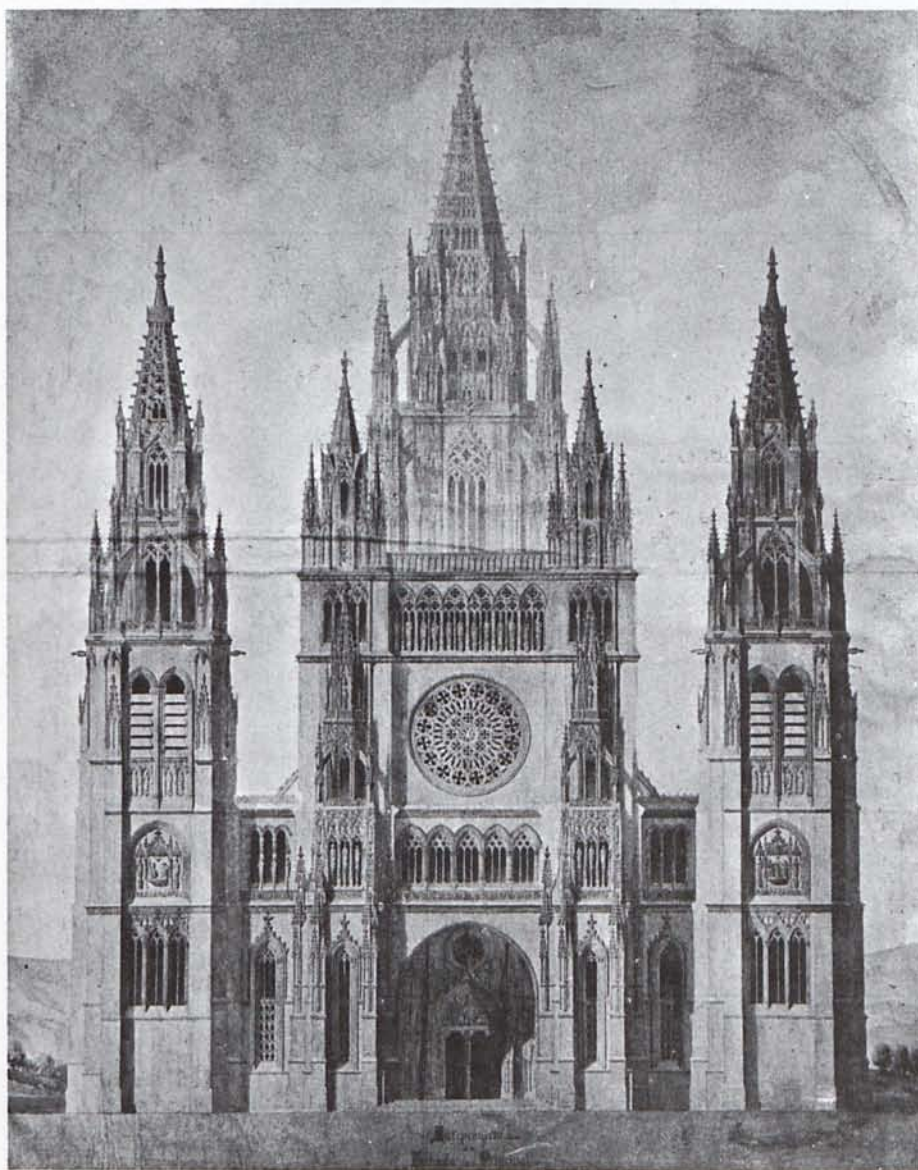


Pío Baroja en su juventud, cuando había tomado la resolución de dejarse de tahonas y acogerse a las letras. (Grabado de Ricardo Baroja.)

ILUSTRACIONES SANCH A

LA OBRA ARQUITECTONICA DEL MARQUES DE CUBAS (1826-1899)

Por PEDRO NAVASCUES PALACIO



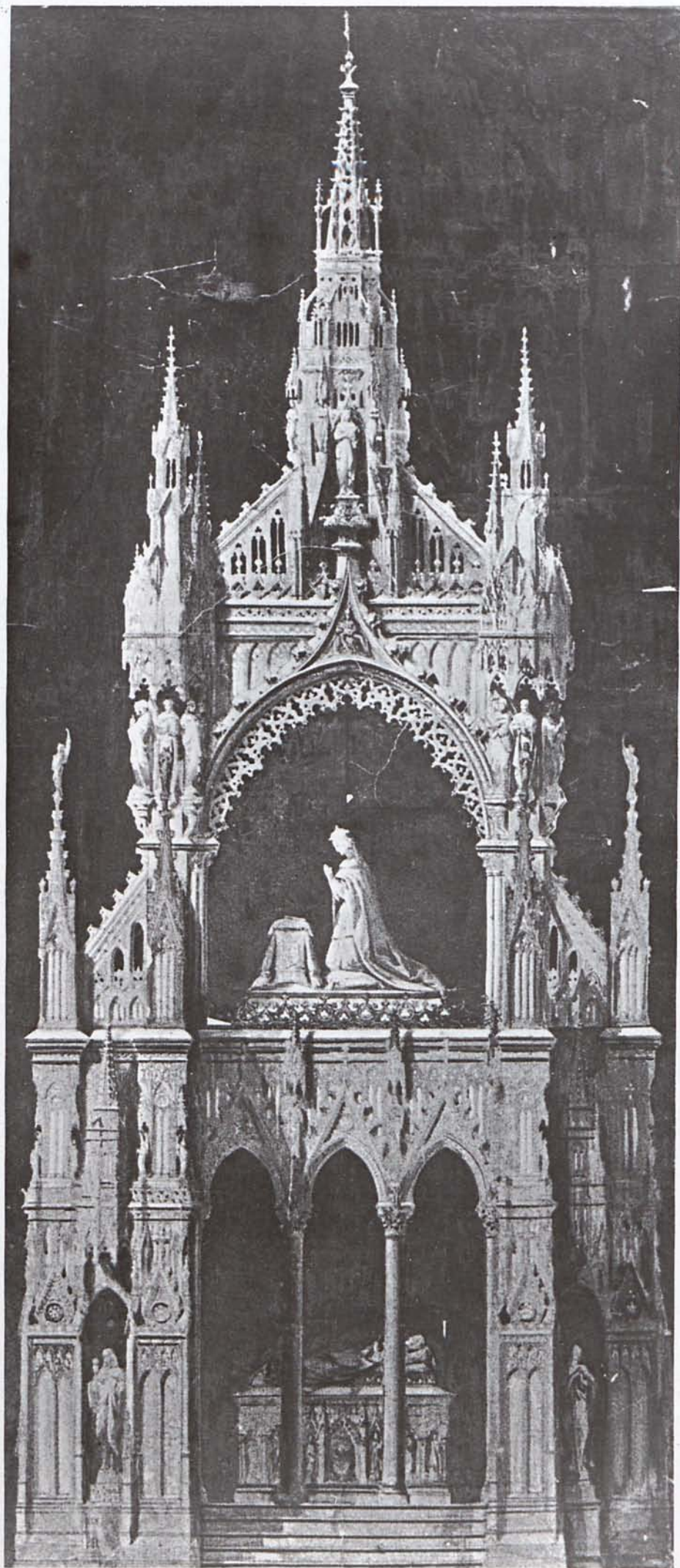
Fachada de la Catedral de la Almudena. Anteproyecto.

Muchos fueron los arquitectos que trabajaron en Madrid durante el pasado siglo. Sin embargo, pocos tuvieron una significación tan marcada como Franciso de Cubas y González-Montes. El sólo hecho de haber proyectado la catedral de la Almudena, y de haber sido elegido alcalde de Madrid, en 1892, justifican esa singularidad y la dedicación de estas líneas en «Villa de Madrid».

Su vida y obra tienen mucho interés como testimonio de la sociedad española de los años de Isabel II y de la Restauración, pues desde su modesto origen alcanzó, no sin talento y trabajo, puestos de gran responsabilidad política. Unido ello al hecho de ser el arquitecto «oficial» de la aristocracia madrileña, así como de gran número de instituciones benéfico-religiosas, de las que muchas veces él

mismo era su bienhechor, le dan a Cubas un lugar muy concreto en la arquitectura española del siglo XIX.

La abundante obra del Cubas arquitecto tiene dos vertientes bien definidas y que responden a dos estéticas y a dos épocas diferentes. Por un lado, su arquitectura asimila el estilo italianizante y tardoneoclásico aprendido en Pascual y Colomer y, por otra parte, sus edificios de carác-



ter religioso traducen formas netamente neogóticas que recuerdan por igual el «gothic revival» inglés y el neomedievalismo a lo Viollet-le-Duc. Así mismo, es importante constatar que aquella primera tendencia corresponde, en líneas generales, al reinado de Isabel II, mientras que el apuntado neogoticismo coincide con la restauración alfonsina, siendo su máximo exponente la citada catedral de la Almudena. Analicemos por separado una y otra tendencia.

Cubas, que había nacido en Madrid en abril de 1826, formó parte de la que se puede llamar primera generación de la Escuela de Arquitectura, creada no hacía mucho (1844) y a la que pertenecían también Gándara y Jareño. Allí tuvo por profesores a Inclán Valdés, Colomer y Alvarez Bouquel, es decir, a los representantes de la última generación que se había formado en el clasicismo de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, de tal forma que ya no puede extrañar aquel primer estilo de Cubas que hemos llamado italianizante. Es más, tras haber terminado sus estudios en 1852, obtuvo una pensión del Gobierno para ir a Italia y Grecia, y el contacto directo con el arte clásico dejaría en Cubas una profunda huella que más tarde iba a cristalizar en el edificio del antiguo Museo Antropológico. Por otra parte, en Italia no fue insensible a la gracia de la arquitectura del Quattrocento, de la que utilizaría después muchos elementos, debidamente elaborados, en sus palacetes isabelinos del paseo de Recoletos. El envío de unos proyectos de restauración del templo de Júpiter, en Pompeya, a la Academia, hicieron que esta corporación solicitara del Gobierno un aumento de la pensión de Cubas, concediéndole el entonces ministro de Fomento un premio extraordinario. Con él viajó por «Francia, Bélgica, Austria, y luego a Munich, la preciosa Atenas de nuestros días» (1). A su vuelta recibió el título de arquitecto en diciembre de 1855, y según Repullés comenzó a trabajar en el estudio de Antonio Zabaleta (2). Este arquitecto pertenecía también a esa generación última de la Academia a la que se ha aludido antes, y según opinión de la época era «uno de los contados arquitectos de mérito con que cuentan las Bellas Artes en España» (3), siendo el autor del monumento a Argüelles que se

Monumento funerario de la reina doña Mercedes. Catedral de la Almudena.

pensó erigir en la Sacramental de San Nicolás. Sin embargo, Cubas dejó pronto a Zabaleta y comenzó a trabajar por su cuenta.

Al formarse el nuevo paseo de Recoletos, una vez aprobado el ensanche y derribadas las tapias de la cerca, se convirtió aquel lugar en el favorito de la aristocracia madrileña, que paulatinamente fue abandonando los viejos caserones y palacios de las tortuosas calles inmediatas a palacio (4). Cubas levantó, a partir de 1862, varios palacetes en la acera de los impares, concretamente los números 13, 15, 17, 27 y 29 (5), de los que sólo quedan en pie los dos primeros. El que lleva hoy el número 13 fue encargado a Cubas hacia 1862 por el marqués de Alcañices, aunque se le conoce hoy como palacio del duque de Sexto. El edificio pertenece a un tipo de construcción frecuente en la época isabelina, que si bien tiene carácter palaciego y señorial se amolda, sin embargo, a un patrón de arquitectura eminentemente urbana, de una sola fachada y balcones volados al modo de las casas de vecindad. Es decir, ha perdido el carácter exento, jardines y verjas que, por ejemplo, tiene el frontero palacio del marqués de Salamanca. El del duque de Sexto consta de una planta baja con semisótano, principal y piso alto. La puerta de ingreso está descentrada con relación al eje del edificio, siendo muy notable la talla de sus hojas. El motivo principal de la fachada es la logia de tres huecos abierta en la planta noble. Esta logia, a la italiana, va flanqueada por dos pilastras del orden corintio con decoración de candelieri formada por temas que hacen alusión a la música, arquitectura y pintura. Así mismo se encuentra allí una cartela con una fecha de dudosa lectura (¿1862?). Sobre cada uno de los tres arcos que componen la logia se ve un medallón por el que asoman hermosas cabezas, y entre ellas otros temas vegetales. Sobre el entablamento que apoya en las citadas pilastras corintias aparecen tres ventanas rectangulares a modo de ático, flanqueadas por otro tema que empleó mucho Cubas, el de un clípeo con una cabeza de perfil en su interior, y todo ello inserto a la vez en una alargada composición de hojas y temas cuatrocentistas.

El resto de la fachada es muy sencillo, reduciéndose la decoración al par de ménsulas que sostienen un pequeño dintel sobre cada balcón, con la doble misión de guarnecerlo y de servir de apoyo al que va encima. El remate de la fachada lo compone una

sencilla cornisa, sobre la que monta una elegante balaustrada.

Ante este edificio no podemos por menos de recordar a Colomer y su palacio para el marqués de Salamanca, de donde proceden algunos temas utilizados después por Cubas. No se debe olvidar tampoco la importancia de los hierros, especialmente los de la planta principal, con cadenas colgantes, a modo de delicadas guirnaldas, de exquisito gusto, así como el medio punto de la puerta de entrada, con una composición a base de palmetas.

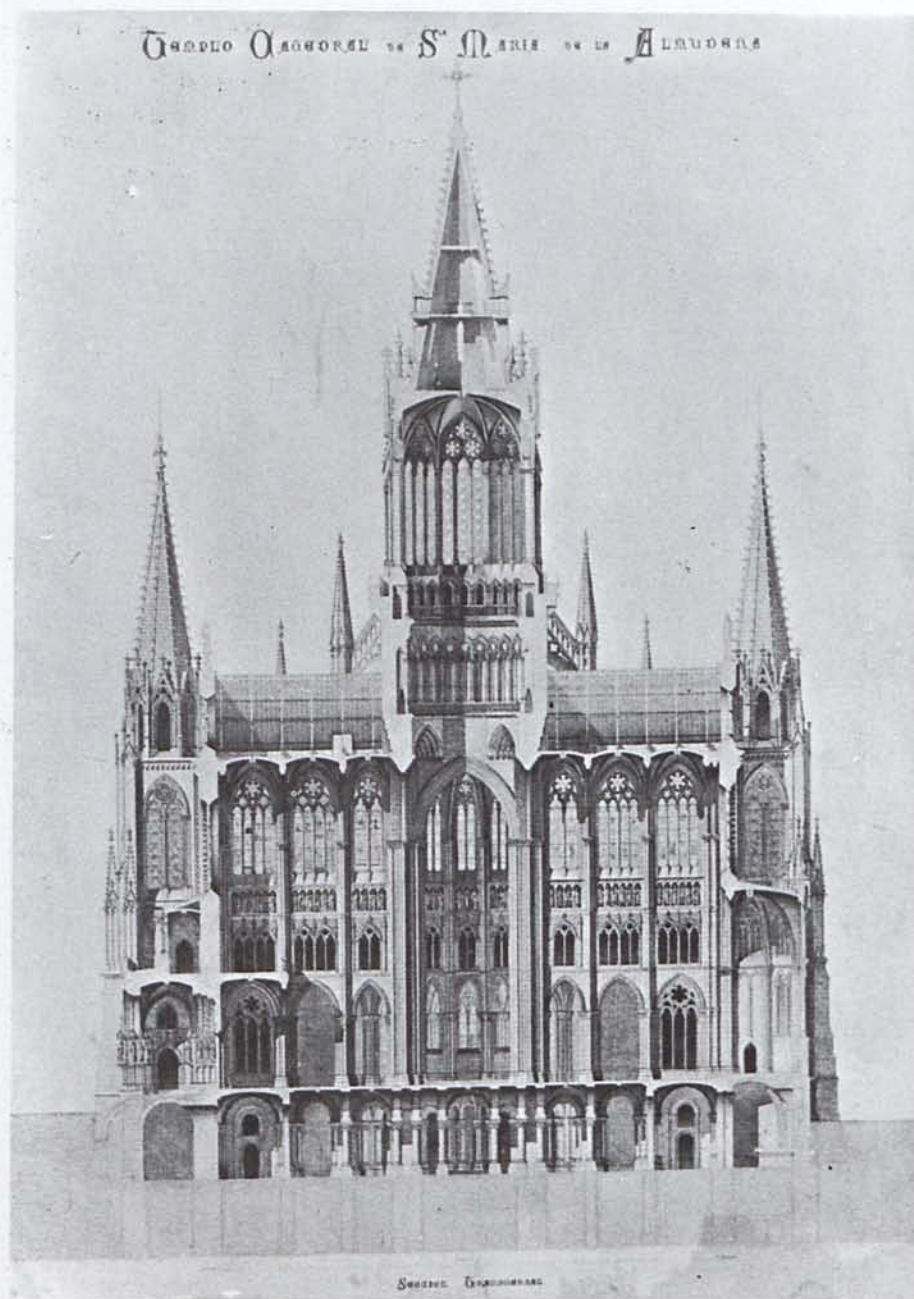
Del interior reseñaremos el soberbio pasamanos de la escalera, con motivos florales en el que se enredan los típicos «putti» con feroces grifos, así

como las pinturas del techo de esta misma escalera, con dos alegorías de la música y pintura, entre guirnaldas, angelillos, telones, etcétera, todo ello proyectado por Cubas y realizado por tres artistas que trabajaron mucho en la decoración interior de los palacios isabelinos: Lozano, Bellver y Figueras.

Junto al palacete del duque de Sexto se levanta el de López-Dóriga y Salaverría, de hacia 1872. Su fachada es más sencilla que la anterior, pero no por ello menos interesante. Consta de tres plantas, llevando en la baja el portal de entrada, el piso bajo y un semisótano. La puerta va flanqueada por dos pilastras que soportan el dintel, llevando la embocadura una ristra de hojas y frutas. Para destacar

Interior de la iglesia del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús (desaparecida).





Sección transversal de la Catedral de la Almudena a la altura del crucero.

la mayor importancia de la planta noble, Cubas diseñó un friso de estuco en relieve de igual altura que los hierros de los balcones, a base de una palmeta entre roleos. La estancia principal va señalada igualmente en la fachada por la mayor amplitud del balcón sobre el eje de la puerta, si bien el hueco es idéntico a los demás. Las pilastras que flanquean los balcones llevan capiteles de orden corintio, en cuyo centro aparece el caduceo y el sombrero alado de Mercurio. En cada uno de los frisos de estos huecos se vuelve a repetir el tema de la palmeta alternando con el loto, viéndose también sobre cada una de sus cornisas tres palmetas, dos en los extremos y una en el centro, a modo de acróteras,

unidas entre sí por una moldura que recorda el tema de las ondas. Son pequeños detalles que vienen a insistir sobre la apuntada tendencia neogriega. Toda la fachada lleva en lo alto una magnífica cornisa que sigue fielmente los modelos clásicos, y sobre ella un antepecho, en lugar de una balaustrada como es frecuente en este tipo de edificios. Los hierros de los balcones son igualmente magníficos, respondiendo en cada planta a dibujos distintos a cual más delicado.

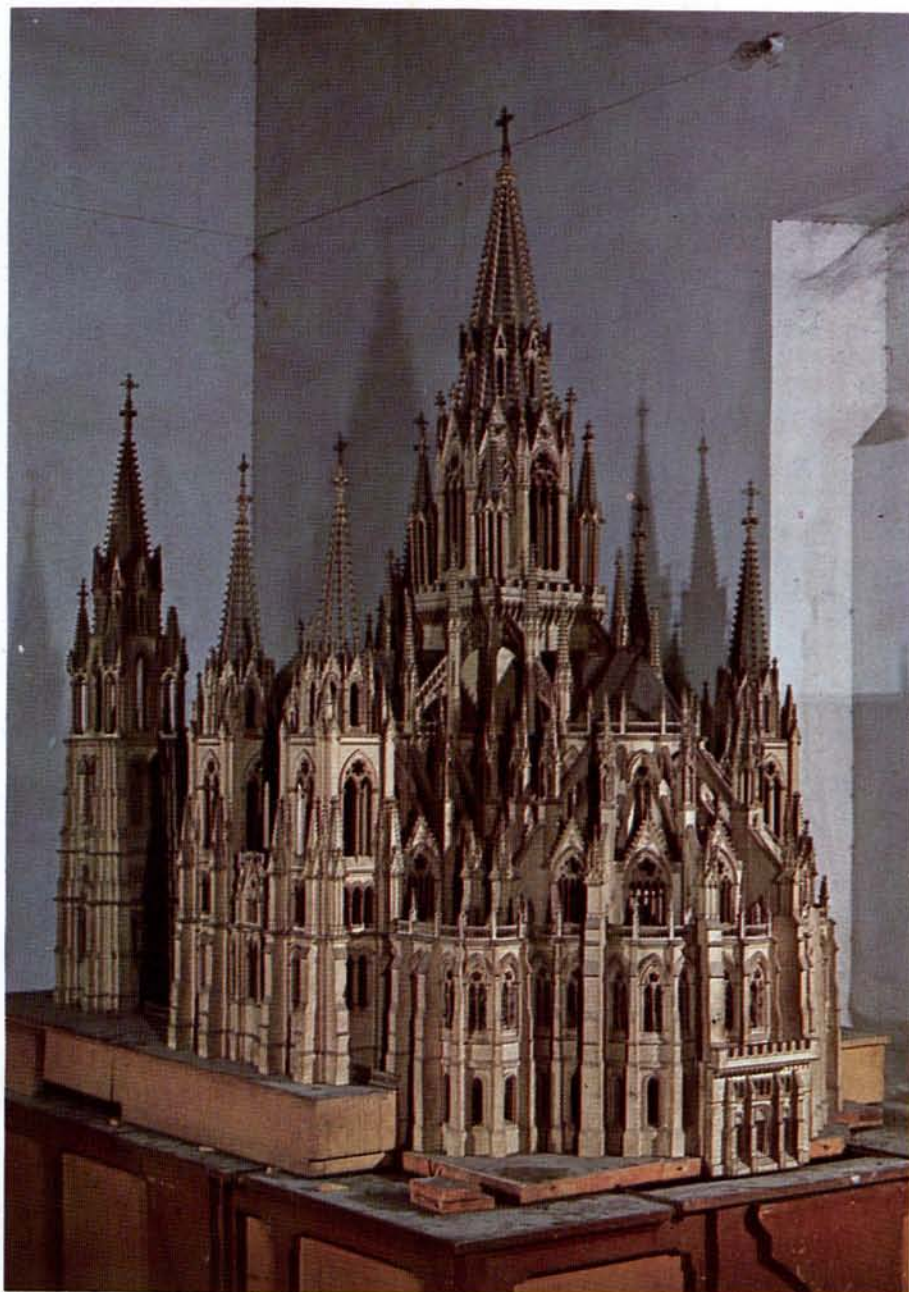
Dentro de este estilo italianizante con mezcla de motivos neohelénicos hay que incluir el palacio que se encontraba en el paseo de Recoletos con vuelta a Bárbara de Braganza. Su primer dueño fue Ramón Aranz,

para quien lo proyectó Cubas hacia 1866, pasando más tarde a manos del marqués de Nora. El edificio fue derribado hace algunos años y de él nos queda la siguiente descripción de Manuel Lorente: en él «el acento italianizante persiste, si bien los detalles neogriegos en los guardapolvos y copetes que lo coronan, como también en los dinteles con rosetas del piso alto, están más acusados. El orden de las pilastras corintias en la planta noble nos encanta con toda la libertad en que están tratadas sus proporciones, y el friso tiene toda la altura necesaria para alojar las ventanas apaisadas del último piso. Entre estas ventanas, unos angelotes con guirnalda parecen arrancados de un sepulcro italiano del siglo xv. También este palacio nos parece recordar un monumento de Bolonia: el palacio Malaguti o del «Arte dei drapieri», en el que vemos la característica del gran friso, en este caso con ventanas redondas» (6). Como puede desprenderse de la descripción del palacio del marqués de Nora, se encontraban allí elementos análogos a los ya descritos en los de López-Dóriga y duque de Sexto.

Algo de todo este espíritu italianizante perdura en el palacete de Benito Arenzana, conde de Fuente Nueva, hoy ocupado por la Embajada de Francia. Fue proyectado por Cubas en 1876, si bien lo que se construyó difiere sensiblemente de la idea original. Consistía ésta en un edificio de tres plantas más una de semisótano. El cuerpo bajo iría almohadillado y los otros dos lisos. Los huecos de la planta principal serían de medio punto, con pilastras y frontones, viéndose allí también el triple hueco serliano. Por fin, el piso alto llevaría una galería abierta, con arcos de medio punto, alojando esculturas (7). La descripción de esta fachada, hecha sobre el primitivo proyecto, se aparta de lo que luego se llevó a cabo, donde unos medallones, guirnalda, hojas, columnas abalaustradas, conchas, cabezas, etcétera, dan al edificio una rugosidad, debida al propio Cubas, tras una reforma pedida quizá por el propio Arenzana en 1879 (8), y posiblemente retocada por Daniel Zavala y Alvarez que, en 1906, añadió un pabellón destinado a Consulado, Cancillería, cuartos y cocheros. Parecidos temas ornamentales se repiten igualmente en cuatro edificios que el propio Cubas proyectó para la inmediata calle de Villalar. Aunque fueron encargados del marqués de Urquijo, esta vez no se trata de una vivienda unifamiliar.

miliar, sino de una casa de cuartos (9). Las cuatro casas se dan frente dos a dos, ofreciendo la estrecha y corta calle un aspecto muy peculiar debido al ritmo impuesto por los hierros de los balcones. Cada una de las fachadas consta de una planta baja, tres pisos con balcón corrido en saledizo y una cuarta planta con balcones independientes y muy remetidos. Llevan abundante decoración, destacando las magníficas cabezas en altorrelieve dentro de unos medallones, representando algunos de los dioses del mundo clásico, tales como Mercurio, Minerva, Apolo, etcétera. Este mismo clasicismo informa casi todos los demás temas decorativos, pues junto a las palmetas, roleos, ménsulas y triglifos aparece el caduceo de Mercurio en algunos capiteles, cabezas de Helios, etc. Son igualmente interesantes los motivos desarrollados en los hierros de los balcones, que deben figurar entre los mejores de la época, continuando la tradición isabelina.

Como grupo de casas que imponen una personalidad a la calle o plaza en que se encuentran hay que citar las que encargó a Cubas, en 1878, Narciso Salabert y Pinedo, marqués de la Torrequilla y senador del Reino. Estas casas se conservan afortunadamente, dando sus fachadas a la plaza de la Independencia, Alfonso XII y Valenzuela. Se proyectaron entre 1878 y 1881, deseando Cubas «contribuir al ornato público con la creación de un edificio que si bien no tendrá el carácter monumental de los destinados generalmente a los servicios públicos, tampoco será del mezquino de los que se construyen con el fin de obtener un gran interés al capital empleado, a cuyo fin la altura total de las fachadas se distribuirán en un piso menos de lo preceptuado (10). Lo que no dice Cubas es que el beneficio que el propietario pudiese sacar de una planta más lo obtenía subiendo la renta a los demás pisos, los cuales, por su privilegiada situación frente a la Puerta de Alcalá y jardines del Retiro, tenían un alto alquiler. Las fachadas son sobrias, si bien se dan en ellas las típicas ménsulas, roleos sobre dinteles, temas vegetales entre los balcones y una molduración neogriega; ya vistas en otros edificios. El detalle más característico de estas casas es la decoración que pende de la cornisa, cuyo dibujo recuerda la forma de un fuelle de mano, y el balconcillo de hierro sobre la cornisa, interrumpido por unos macizos que disimulan la salida de las chimeneas de los distintos pisos.



Maqueta de la Catedral de la Almudena a la altura de crucero.

Sin embargo, la obra de mayor empeño dentro de esta tendencia clasicista es el Museo Antropológico del doctor González Velasco, hoy convertido en Museo Nacional de Etnología. Cubas conoció a este hombre en París cuando volvía de su viaje por Italia, es decir, en el momento en que nuestro arquitecto se hallaba todavía bajo los efectos de la arquitectura clásica. González Velasco le habló de su proyecto de levantar un edificio monumental en honor a la ciencia, en donde a su vez se pudiesen exponer los objetos por él reunidos, formando un pequeño museo. Dicho proyecto se vio realizado, y el 29 de abril de 1875 se inauguraba solemnemente

el edificio. Su fachada responde al frontis de un templo clásico, tras el cual asoma la carena de la gran sala central, hoy muy reformada. La concepción del edificio está basada en otros análogos vistos en Italia, los cuales, teniendo como antecedentes remotos el Panteón de Roma y la Capilla Maser de Palladio, se multiplicaron durante la primera mitad del siglo XIX. Baste recordar a Nobile y su iglesia de San Antonio en Trieste (1826-1849), «La Rotonda» de Cagnola en Ghisalba (1834), San Carlo al Corso de Amati en Milán (1836-1847), San Francesco di Paola (1817-1846) en Nápoles, obra de Pietro Bianchi; el cementerio de Brescia, el templo Canova en Possag-

no (1819-1833), atribuido a Selva, etcétera. El edificio de Cubas, más modesto sin duda que los citados ejemplos italianos, tiene un frontis tetrástilo, de orden jónico, con su correspondiente frontón, todo de un estilo neogriego con elementos romanos, tales como el podio y escalera. El frontón lleva una gran cabeza de Atenea con casco, y antes de sufrir una discutible modificación para ser convertido en museo de Etnología se veían dos esfinges aladas y una palmeta como acróteras. Asimismo, flanqueando la escalinata se hallaban dos estatuas sedentes. La de la izquierda correspondía a Miguel Servet, obra del escultor Elías Martín, y la de la derecha al Divino Vallés, ejecutada por Rabon Subirat, rindiendo así homenaje a la medicina española. Sobre el friso se leía entonces NOSCE TE IPSUM. En el interior se exhibía en vitrinas la colección del doctor González Velasco. Junto al museo proyectó Cubas una vivienda de igual carácter neogriego (11).

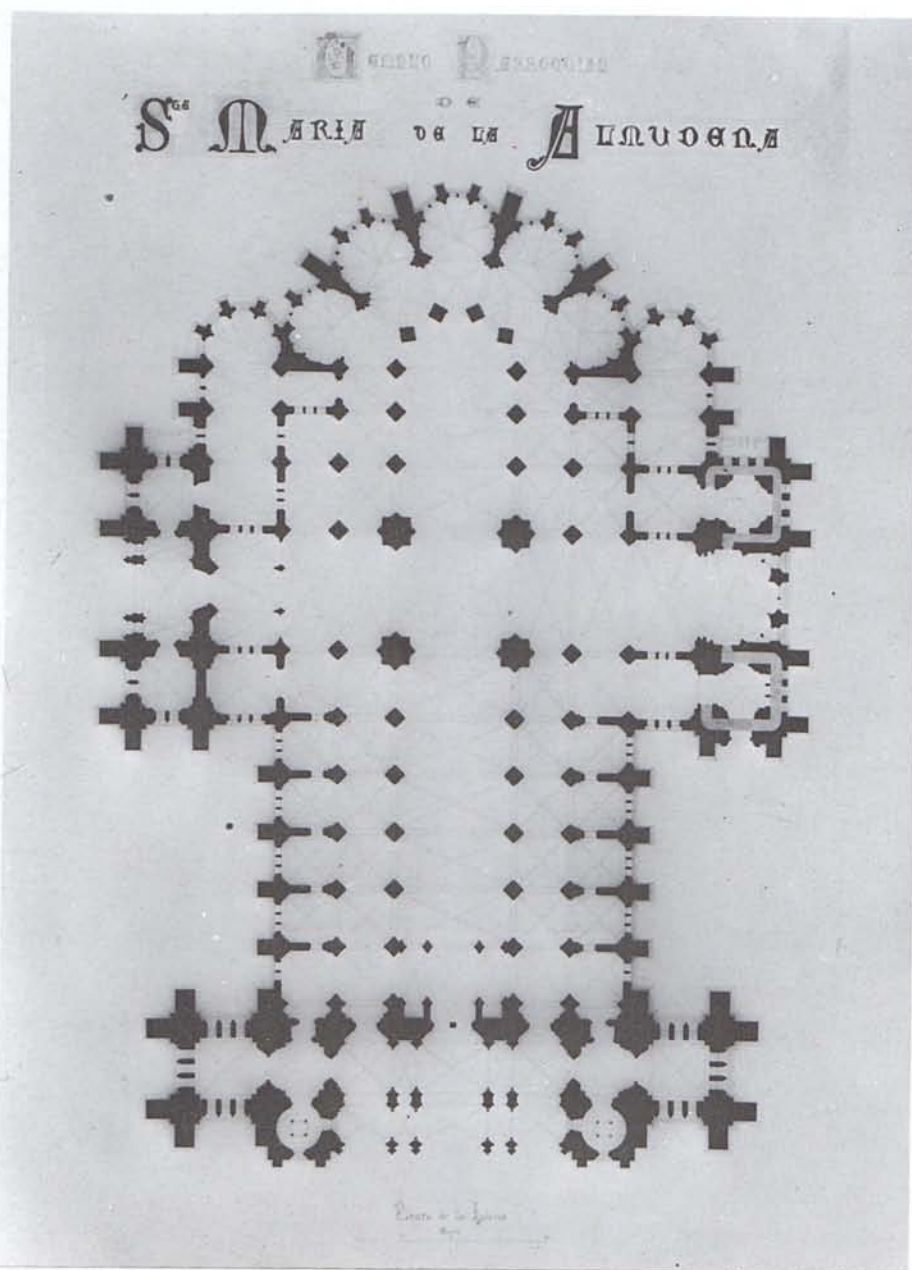
Cubas siguió trabajando en la arquitectura doméstica durante toda su vida, llegando a crear un tipo de fachada con carácter propio, donde una y otra vez aparecen los elementos neogriegos tantas veces ya citados. Como ejemplos característicos citaremos los siguientes (12): números 1, 3 y 5 de la calle del Almirante, para la marquesa de Castelflotite (1877-1878) (13); números 4 y 4 duplicado de Ayala (1883), para Lucas de Urquijo (14); la de la calle de Montalbán con vuelta al paseo del Prado, el número 14 de la calle de la Encarnación con vuelta a la plaza de los Ministerios (1878) (15), de José Gil; la desaparecida de la calle de la Princesa, para el duque de Fernán Núñez (1881) (16); el número 8 de la calle de Góngora (1880-1881), propiedad de Joaquín López-Dóriga (17); el número 20 de la calle Real (18), el número 35 de la calle de Preciados con vuelta a la de Ternera, en cuya memoria Cubas decía que «su sencilla pero decorosa ornamentación contribuiría al ornato público» (19); los números 6 y 8 de la calle de las Aguas (20), y el número 5 de la calle de la Primavera, propiedad del marqués de Urquijo. No es, ni mucho menos, exhaustiva esta relación, pero da una idea del alcance de estas obras, y de la gran capacidad de trabajo de nuestro arquitecto.

La segunda vertiente de la arquitectura de Cubas está impregnada, por el contrario, de un claro sabor neomedieval, y a este estilo pertenecen sus obras más conocidas y de mayor

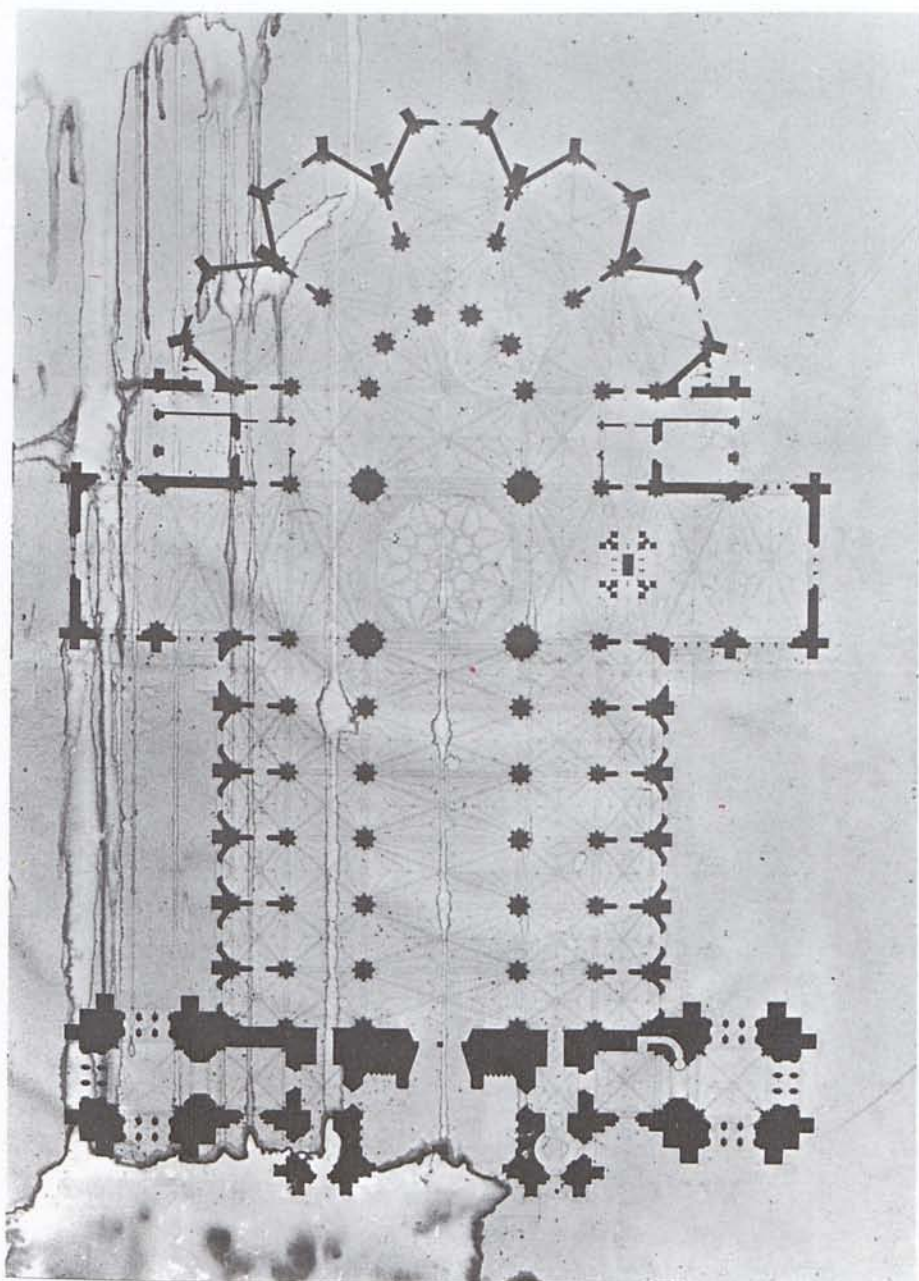
empeño. Su primera obra en este sentido se reducía a la mera ornamentación de un edificio de viviendas, al que dotó en sus balcones de una decoración goticista, hierros de traza igualmente gótica, los cuales contrastan con el dibujo de los descritos en los palacetes del paseo de Recoletos, etcétera. Nos referimos a la casa de Isern, en el número 18 de la Carrera de San Jerónimo, que data de 1865 (21), y que si no nos equivocamos es el ejemplo más temprano de neogoticismo en la arquitectura urbana de Madrid. Este tipo de arquitectura neogótica que afecta a lo decorativo y no a la estructura del edificio fue frecuente en Europa a mediados del pasado siglo, pudiéndose recordar como

caso similar el Studio Villa de Florencia. La fachada de la casa de Isern se conserva en buen estado, exceptuando la reforma comercial de la planta baja, y bien merecería una limpieza y su inclusión en el repertorio que la arquitectura madrileña del siglo XIX está pidiendo para asegurar su conservación.

No obstante, Cubas abandonó ese neogoticismo puramente decorativo para lanzarse por el difícil camino del historicismo gótico, estructural y de cantería. Hay una fecha muy clara en este sentido y que marca el cambio de estilo en Cubas. Se trata de su ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, que tuvo lugar en noviembre de 1870. Con



Planta del proyecto definitivo de la Catedral de la Almudena



Planta del anteproyecto de la Catedral de la Almudena.

tal motivo, en su discurso de ingreso se mostró partidario del arte medieval (22), que por entonces hallaba una gran acogida en Europa, especialmente tras las obras y escritos de Viollet-le-Duc. Es importante a este respecto recordar que en 1868 la propia Academia de San Fernando había nombrado académico honorario a este gran arquitecto francés, el cual, en agradecimiento a la corporación, envió algunos escritos suyos (23). Ahora bien, en estos edificios neogóticos de Cubas existe un matiz singular en el que se aunan los conceptos de goticismo y cristianismo, de modo análogo a lo que había hecho Welby Pugin, tras su conversión al catolicismo, en «Los principios de la Arquitectura Cristiana» (1841) y en su «Apología» (1843).

Al igual que este arquitecto inglés, Cubas, que estaba en posesión de la Gran Cruz Pro-Ecclesia et Pontifice, asume el papel de arquitecto-creyente, que coincide con un momento social en el que todo lo religioso se intensifica.

La restauración alfonsina volvió a dar a la Iglesia un papel preponderante tras la revolución del 68, y así a la etapa de derribos de iglesias y conventos sigue ahora un período de neocatolización, pudiéndose comprobar cómo Madrid vuelve a poblarse de iglesias y edificios conventuales en un número muy considerable. Cubas, como Juan Bautista Lázaro, trabajó mucho en este tipo de construcciones religiosas, llegando a ser incluso patrono de algunas de las fundaciones

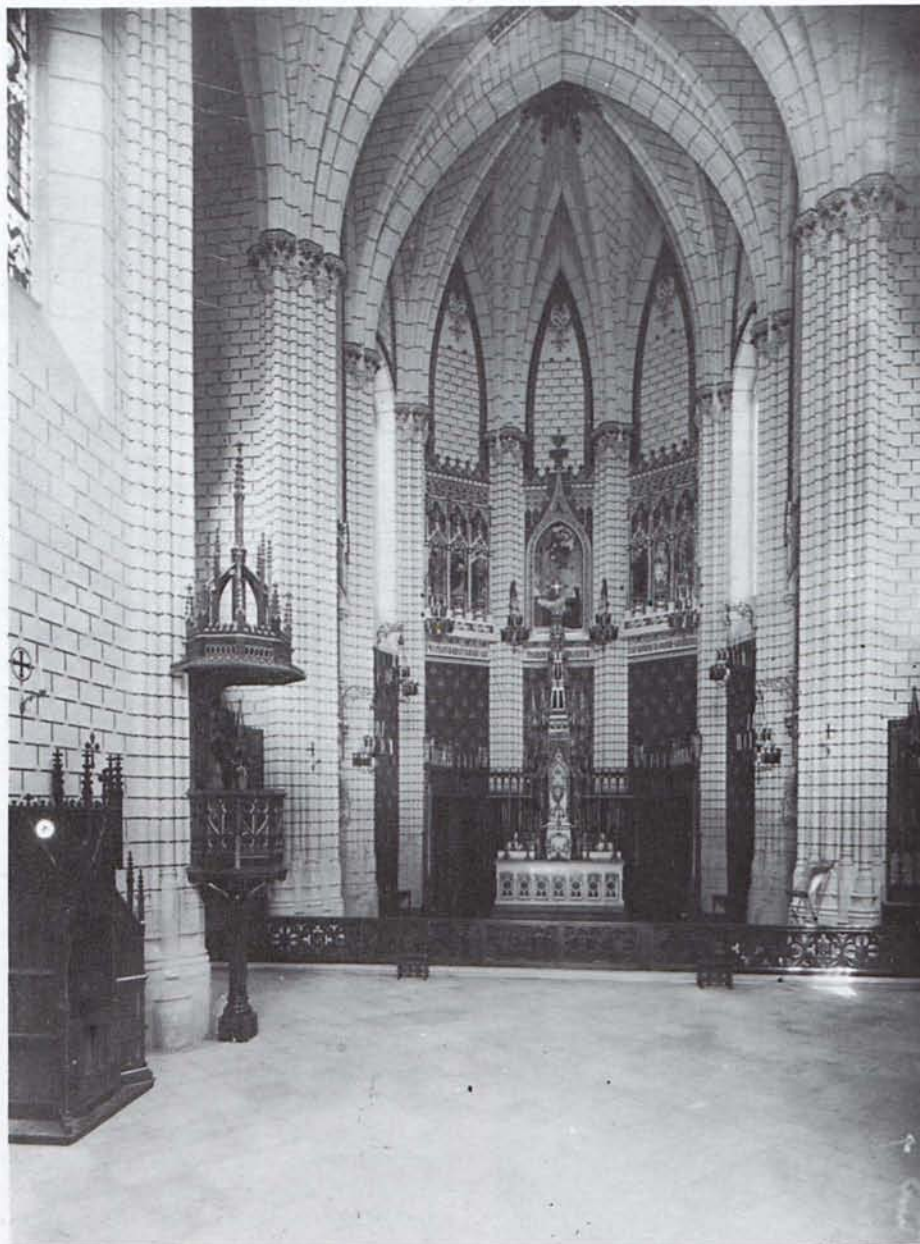
de aquella burguesía adinerada, empeñada siempre en obras de beneficencia y caridad.

En primer lugar haremos mención del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, fundado por Ernestina Manuel de Villena, quien encargó a Cubas el proyecto, si bien éste lo cedió gratuitamente. La primera piedra del edificio, que se encuentra en la calle de Claudio Coello, número 100, se puso en diciembre de 1880, y seis años más tarde estaba terminada la iglesia, que es la parte de mayor interés de todo el edificio (24). La planta de aquella es de cruz latina, de una sola nave. Su fachada está centrada con respecto al resto del edificio (asilo, colegio, talleres, etc.), siendo toda ella de ladrillo, excepto las finas labores caladas en piedra que aparecen en el gran ventanal, el rosetón alto y los huecos rasgados a los lados de la entrada. Los temas de estos calados remedan obras del mismo género del siglo xv. En su interior los haces de finas columnillas, arcos conopiales, tribunas abiertas en el presbiterio y crucero, etcétera, denota la inspiración en modelos flamígeros.

Bajo la misma advocación del Sagrado Corazón, Cubas había construido ya una capilla y colegio en la calle Caballero de Gracia, inaugurada en septiembre de 1880 y hoy derribado. La iglesia tenía, como casi todas las iglesias que de este tipo proyectó Cubas, una planta de cruz latina, de una sola nave, con cabecera poligonal y coro, en alto, a los pies. Las bóvedas suelen ser de traza muy sencilla, generalmente cuatrimpartitas, complicándose algo más en el crucero. En el caso de este colegio del Sagrado Corazón, algunos elementos van reforzados con terceletes. En la calle de los Reyes comenzó otra capilla bajo esta misma advocación, pero no llegó a concluirse en Cubas.

Por estos mismos años 80 construyó el convento de las Siervas de María, en la plaza de Chamberí, que fue inaugurado en abril de 1883. En su construcción, como en las obras interiores, utilizó el ladrillo visto, lo cual da un aspecto muy peculiar a esta arquitectura neogótica de Cubas. La planta de la iglesia responde al patrón ya descrito, y su fachada sigue muy de cerca a la del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón.

Pero de todos los encargos que recibió Cubas a lo largo de su vida, fue sin duda el de la catedral de la Almudena el más importante. Desde hacía muchos años atrás, incluso siglos, se había pensado con frecuencia en la



Nave central de la cripta de la Catedral de la Almudena.

construcción de una catedral en Madrid tras la creación de su Diócesis. En este sentido se guarda en la Biblioteca Nacional de Madrid un interesantísimo manuscrito debido a fray Juan de Herrera, de la orden de San Agustín, sobre la «Traça de los edificios, el uno interior y espiritual, y el segundo material, de una yglesia Maior Collegial, que se funde en la villa de Madrid» (25). La obra está dedicada a Felipe III, lamentándose su autor de que la iglesia mayor de Madrid fuese Santa María, lo cual «es cosa muy indecente». Fray Juan de Herrera propone hacer una iglesia monumental inspirada en la traza de San Pedro del Vaticano. Aquella idea no prosperó, y hasta los años de Carlos III no

se volvería a hablar del asunto. Su gran arquitecto, Sacchetti, llegó incluso a proyectar algo en este sentido, relacionándolo con el nuevo Palacio de los Borbones (26). Durante el siglo XIX, y tras la creación de la Diócesis de Madrid, se habilitó la iglesia jesuítica de San Isidro, que hasta la fecha viene desempeñando su oficio de iglesia-catedral. En el reinado de Alfonso XII volvió, sin embargo, a cobrar fuerza la idea de un nuevo edificio, encargándose Cubas de hacer el proyecto. Este, tras muchas dudas y tanteos, lo tenía ultimado en 1881. Pero a pesar del patronazgo regio y de la contribución de la Diócesis y el Estado, las obras no dieron comienzo hasta el 4 de abril de 1883. El ambicioso y discutido proyecto, que desde su misma maqueta ya es monumental, no llegó nunca a terminarse, habiéndose acabado tan sólo la cripta, la cual el propio Cubas vio casi completa antes de morir.

Cubas hizo primero un anteproyecto sobre el cual fue trabajando hasta dar con el proyecto definitivo, que sin duda es superior a aquél. Consta de una cripta, a la que apenas si se concedía atención, sobre la que se elevaba el cuerpo de la iglesia. Su planta contaba con tres naves, una de cruce-ro, girola con capillas y capillas entre contrafuertes. Esta vez el eje del cruce-ro tenía un destino propio, pues la catedral iba a albergar los restos de la reina doña Mercedes. La planta del anteproyecto citado muestra el lugar

Interior de la iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús.





Casa de Isern.

en el que se levantaría el monumento funerario de la que fue mujer de Alfonso XII. De esta manera, el eje mayor de la iglesia terminaba en el presbiterio, mientras que el eje menor del crucero tenía como fondo dicho monumento funerario. Este fue proyectado también por el propio Cubas, quien con una sensibilidad romántica, un poco al modo de Villamil, ideó un templete gótico exento, de dos plantas, con el sepulcro en el cuerpo bajo y una escultura en actitud orante en el alto. El conjunto recuerda de alguna manera al monumento a Walter Scott de Edimburgo (1840-1846), obra de G. M. Kemp.

El alzado de la fachada del anteproyecto es de un gótico muy anodino, de muy difícil filiación. Por el carácter de la decoración diríase que escogió elementos del siglo xv, componiendo con ellos una fachada muy particular y poco afortunada, especialmente por la falta de unidad entre el gran paño

que corresponde a la nave central y las dos torres que quedan excesivamente separadas. Asimismo, el gran volumen del cimborrio resulta exagerado en relación con el resto del edificio, defecto este que persistiría en el proyecto definitivo, si bien algo más atenuado.

El segundo y definitivo proyecto denota una mejor asimilación por parte de Cubas de la arquitectura gótica, tanto en lo que respecta a la distribución y compartimentación del espacio como en las proporciones del edificio, molduración, volúmenes, etc.; en una palabra, posee un mayor rigor histórico. Las variaciones más importantes afectan a la mayor consideración de la cripta, a la organización de la planta de la iglesia alta y al alzado de sus fachadas.

La cripta, parte de la cual se realizó en vida de Cubas, consta de cinco naves, más dos de capillas laterales, doble girola y capillas absidiales. Este-

lísticamente, es una mezcla de elementos románicos españoles y franceses, con muchos detalles tomados del «Dictionnaire raisonné» de Viollet-le-Duc. Del interior hay que destacar los fustes monolíticos de las columnas, con capiteles todos ellos distintos y magníficamente labrados, las bóvedas de excelente cantería y la formación de la girola y capilla mayor, donde aparecen unos nervios que quieren recordarnos las primeras soluciones nervadas de la arquitectura gótica. La cripta se ejecutó a buen ritmo, si bien con muchos contratiempos económicos. Así por ejemplo, en 1895, cuando se había llegado a alzar los arcos formeros de la cripta y la disminución de fondos amenazaba con la paralización de las obras, Serrano Fatigati escribía: «Comienzan a despertarse en Madrid los sentimientos sanos de sus nobles hijos: la caridad levanta asilos, al mismo tiempo que el espíritu de empresa produce Bancos, bolsas y sociedades de seguros; el orgullo, palacios, y el sibaritismo, lugares de recreo. ¿Faltarán sólo en este pueblo los recursos necesarios para satisfacer el ardiente deseo en que se juntan las aspiraciones ideales de los artistas y de los piadosos?» (27). Obsérvese cómo con un espíritu «neomedieval» se tiende a aunar los conceptos de arte y religión —los artistas y los piadosos—. De todos modos, a principio de nuestro siglo aún debían de quedar partes por terminar, según se deduce de una inscripción que va en la parte alta de la girola, donde se lee: «Isabel de Borbón/ Infanta de España, Condesa de Girgenti/ costeó esta piedra en agradecimiento/ a Ntra. Sra. de la Almudena/ 27 abril 1907.» Cuatro años más tarde se abría la cripta al culto.

En las capillas de la cabecera y en las laterales, volvemos a encontrar a la aristocracia madrileña, que hizo de ellas sus panteones familiares. Sin embargo, estas capillas, su decoración, altares, hierros, sepulcros, muebles, lámparas y mosaicos ya no fueron diseñados por Cubas, sino por Repullés y Laredo, especialmente las que se hicieron en torno a 1920. Allí, junto a los marqueses de Maltrana, condes de Santa María de la Sista, Martí Prats, Urquijo, etc., encontramos la capilla donde están enterrados Cubas y su mujer, Matilde de Erice y Urquijo. Allí una larga inscripción en latín habla de las virtudes de Cubas, al que entre otras cosas le llama «Princeps Architectus». Otros enterramientos más modestos, pero no por ello menos interesantes dan gran valor como conjunto a la cripta de la Almudena. Sirva de

ejemplo el relieve en bronce, que se halla sobre el piso en la nave intermedia del lado de la epístola, de la familia Guri, que fue modelado por Julio Antonio y fundido por los hermanos Godina.

La gran catedral que Cubas proyectó sobre esta cripta responde en planta a un programa del siglo XIII, donde volvemos a encontrar elementos franceses y españoles, dominando quizá los primeros. Consta de tres naves más dos de capillas entre contrafuertes, tres naves de crucero, girola con capillas y dos torres a los pies flanqueando la fachada principal. La organización de la cabecera, con sus dos tramos que la anteceden de cinco naves, es prácticamente igual a la de la catedral de Reims y muy parecida a la de León. Como en este último caso, las torres se encuentran flanqueando las naves laterales y no sobre ellas, como es frecuente en lo francés.

De su aspecto exterior podemos formarnos una idea muy clara por los dibujos, y sobre todo por la colosal maqueta que ha llegado hasta nosotros. Su fachada principal, la que da frente a la del Palacio Real, es una suma compleja de elementos superpuestos (galerías, rosetón, frontón, pináculos, etc.), con evidente falta de unidad orgánica, lo cual indica la diversidad de fuentes en que Cubas se inspiró, que van desde Chartres y León —para el triple hueco de entrada— hasta Toledo —en esos paños de las torres decorados con arcos polilobulados y entrecruzados. Llama la atención el enorme cimborrio sobre el crucero que es, digámoslo así, una pura invención de Cubas sin precedente en la arquitectura gótica. Su enorme volumen, como ya se indicó en el anteproyecto, resta belleza al conjunto. Baste decir que su altura, sin contar la apuntada flecha, es igual a la altura de la nave mayor. Exteriormente, el cimborrio lleva un cuerpo de almenas, volando sobre matacanes, lo cual aumenta su reciedumbre, dándole un cierto aspecto castrense, como ocurre en los cimborrios de las catedrales inglesas. El juego de volúmenes formado por este cimborrio que destaca por encima de las seis torres restantes (dos en la fachada principal y otras dos sobre cada uno de los brazos del crucero) recuerda muy de cerca a la catedral ideal de Viollet-le-Duc, de siete torres, que incluye en su «Dictionnaire raisonné».

El alzado interior guarda cierto paralelismo con el de las primeras catedrales góticas francesas del siglo XII, pues cuenta con cuatro arquerías su-



Detalle de la portada de Santa Cruz

perpuestas que corresponden a los arcos formeros, tribuna, triforio —que aquí lleva esculturas en sus intercolumnios— y claristorio (éste con vidrieras igualmente diseñadas por Cubas, con la indicación del color). La posibilidad de desmontar en varias piezas la enorme maqueta a que nos referimos permite formarse idea de este magno proyecto, concebido con un singular matiz triunfalista, muy propio del neocatolicismo burgués de la Restauración. Tan sólo la Basílica Teresiana de Alba de Tormes, de Repullés, y las catedrales de Vitoria y San Sebastián, de los Apraiz, pueden parangonarse, a cierta distancia, con el pro-

yecto de Cubas. Sin embargo, éste no se ha podido llevar a efecto, interviniendo después otros arquitectos (Olavarría, Repullés, Juan Moya y Mosteiro), que fueron reformando y disminuyendo la primera idea, si bien siempre forzados por la cripta, cimientos y arranques de muros ya construidos. Un concurso público (1944) convocado con ánimo de dar la solución a este difícil problema de la terminación de la catedral, se resolvió en favor del proyecto presentado por Fernando Chueca, actual director de las obras, y Carlos Sidro, proyecto ya enjuiciado en su día por Lafuente Ferrari (28).

El goticismo de nuestro arquitecto no termina aquí, pues hizo otros edificios en los que se mezclan elementos típicamente neogóticos con otros, en ladrillo, de clara ascendencia mudéjar. En este sentido hay que destacar la iglesia de Santa Cruz, de la que conocemos su proyecto original que se expuso en su día en el claustro de la iglesia del Carmen y que luego fue publicado en 1889 (29). Su fachada consta de tres calles verticales, correspondiendo a la central el hueco de entrada, un rosetón, el cuerpo del reloj y el de campanas, sobre el cual Cubas pensó colocar una enorme flecha. El interior es de nave única, con capillas laterales, como en casi todas las iglesias neogóticas de Madrid. El templo fue inaugurado, una vez muerto Cubas, en enero de 1902 (30), pero sin la flecha de 20 metros sobre la torre, que ya de por sí mide unos 60 metros. Entre la iglesia de Santa Cruz y la casa que hace esquina a la calle de Santo Tomás, Cubas proyectó una «escuela católica». Como novedad en relación con todo lo expuesto hasta aquí del neomedievalismo de Cubas, hay que destacar los paños que decoran la torre, de inspiración neomudéjar, influenciado sin duda por las obras de Rodríguez Ayuso y Juan Bautista Lázaro.

También se ha hablado en ocasiones de la intervención de Cubas en el Seminario Conciliar de Madrid; sin embargo, nada he encontrado hasta la fecha que lo permita afirmar. Es muy probable que Cubas, como arquitecto



Palacio del duque de Sexto.



diocesano que era, hiciese algún proyecto por los años en que trabajaba en la Almudena, ya que uno y otro derivaban, en definitiva, del hecho de la constitución de Madrid en diócesis. Pero la tardía fecha en que comenzaron las obras del Seminario sobre el solar del antiguo Palacio de Osuna, nos inclina a creer que su actual edificio es obra de Miguel Olabarría, discípulo de Cubas, que muy bien pudo trabajar sobre una idea del maestro.

Terminamos la relación de edificios neogóticos de Cubas haciendo mención del panteón de la familia de los duques de Fernán-Núñez, en el término de la Alameda de Osuna. Se finalizó en 1883, constando de una nave única con cabecera plana. Los sepulcros del interior, de traza igualmente gótica, fueron labrados por Elías Martín (31). Por su parte, Román Loredó atribuye



Palacio de López-Dóriga.

a Cubas la iglesia y convento de las Nuevas Salesas Reales, en la calle García Morato, cuya sobriedad exterior recuerda algo el estilo de Aparici.

No queremos cerrar este trabajo sobre Cubas sin hacer rápida mención de sus obras en provincias, especialmente del castillo de Butrón, en Vizcaya. Cubas levantó sobre los restos informes de un antiguo castillo totalmente ruinoso (32) otro de exigente traza gótica, de magnífico efecto y comparable a los famosos castillos que por entonces construía Luis II de Baviera, o con el Castillo de Pena, en

Sintra, de Fernando II de Portugal. Para Bilbao proyectó el Colegio y Capilla del Sagrado Corazón, y la Universidad Católica de Deusto. Hizo igualmente las escuelas de Llodio y Murga (Alava) (33) y, finalmente, para el duque de Alba proyectó su sepulcro en Salamanca (34).

Toda esta labor edilicia, entre cuyos clientes se encontraba gran parte de la aristocracia madrileña, que aprovechó la venta de solares del Ensanche para invertir allí su capital, dio a Cubas gran renombre, llegando a formar parte él mismo de aquella aristocracia

para la que trabajaba. Ya hemos dicho que había casado con doña Matilde Erice y Urquijo; desde 1886 fue marqués de Cubas, y desde 1893, marqués de Fontalba. El trato frecuente con personas de alta significación política le inclinó a nuestro arquitecto a participar también en aquella actividad, para lo cual contaba con buenos padrinos. Desempeñó el cargo de senador, por la provincia de Avila, y el de diputado por la de Madrid. Su actuación más importante en el campo de la política tuvo lugar al ser elegido, en 1892, alcalde presidente del Ayuntamiento de Madrid, afiliándose por entonces al partido de la Unión Conservadora, que encabezaba Francisco Silvela. En el Ayuntamiento emprendió una campaña de higiene administrativa tal, que parece ser motivó la caída del ministerio de Cánovas y la escisión del partido conservador. Es esta faceta de alcance político la que perfila aún mejor a nuestro arquitecto como figura típica del siglo XIX. Fue, además, vocal de la Comisión Central de Monumentos, presidente de la Sociedad Central de Arquitectos, jefe superior de la Administración Civil, etc., perteneciendo al mismo tiempo a un sinnúmero de Juntas, asilos y sociedades benéficas. Su muerte, ocurrida el 2 de enero de 1899, fue muy sentida en Madrid.

NOTAS

(1) Prieto y Prieto, Manuel: «El Museo Antropológico», *La Ilustración Española y Americana*, núms. XVII, XVIII y XIX, 1875. Al decir la Atenas de nuestros días, el autor se refiere a la ciudad de Munich de los monumentos neogriegos de Leo von Klenze, especialmente a la Gliptoteca y a los Propiteos, los cuales hicieron de Munich uno de los lugares más visitados por los arquitectos del último neoclasicismo.

(2) Repullés y Vargas, Enrique M.: «Necrología: El Marqués de Cubas», *Resumen de Arquitectura*, XXVI, número 2, 1889, págs. 13-15.

(3) «Proyecto de monumento para depositar los restos de don Agustín Argüelles», *Semanario Pintoresco Español*, núm. 15, 11 de abril de 1852, pág. 113.

(4) Ver el prólogo de Manuel Azaña a *Pepita Jiménez*, de Juan Valera, en la col. «Clásicos Españoles», Madrid, 1958, págs. XVI y ss.

(5) Cabello y Lapiedra: «El Marqués de Cubas. Necrología», *Arquitectura y Construcción*, núm. 46, cuad. 2.º, 1899, págs. 21 y ss.

(6) Lorente, Manuel: «Don Francisco de Cubas (1826-1899)», *Revista Nacional de Arquitectura*, VIII, núm. 81, 1948, pág. 364.

(7) Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento de Madrid (ASA): Leg. 5-405-22: «Expediente promovido» por don Ramón Rey, en representación de



Museo Antropológico, hoy Nacional de Etnología (color).

don Benito Arenzana, Conde de Fuente-Nueva, para construir de nueva planta en la calle Olózaga, núm. 9».

(8) ASA, Leg. 6-440-3.

(9) ASA, Leg. 6-440-2 y 3.

(10) ASA, Leg. 5-467-3: «Expediente promovido por don Ramón Rey en nombre del señor Marqués de la Torre-cilla, en solicitud de licencia para edificar de nueva planta en un solar situado en la plaza de la Independencia con vuelta a la calle de Granada señalado con la letra E de la 1.ª m.ª» Véase también ASA, Legs. 6-134-15, 6-440-3 y 6-404-17.

(11) «El Museo Antropológico», *La Ilustración Española y Americana*, número XVII, 8 de mayo de 1875.

(12) Para evitar confusiones, preferimos dar aquí los nombres antiguos de las calles, así como la antigua numeración, tal y como aparecen en los expedientes del Archivo Municipal, para facilitar así su localización.

(13) ASA, Leg. 5-406-10: «Expediente promovido por don Calixto Mena, en solicitud de licencia para construir de nueva planta las casas núms. 1 duplicado, 3 y 5 de la calle del Almirante»; ASA, Leg. 6-440-2.

(14) ASA, Leg. 6-172-98.

(15) ASA, Leg. 6-440-2.

(16) ASA, Leg. 5-405-47.

(17) ASA, Leg. 5-476-74: «Expediente promovido por don Ramón Rey, en nombre de don Joaquín López-Dóriga para edificar de nueva planta una casa en el solar núm. 3 de la calle de Góngora.» Ver también ASA, Leg. 6-404-17.

(18) ASA, Leg. 5-300-50: «Expediente concediendo a don Francisco Picazo li-

cencia para edificar en la calle Real...» Este expediente lleva fecha de 9 de junio de 1879. Sobre el mismo edificio, nuevo expediente en el ASA, Leg. 6-424-4, con fecha de 15 de marzo de 1880.

(19) ASA, Leg. 5-466-58: «Expediente promovido por don Ramón Rey, en representación de los señores don José Gil y hermano, para construir de nueva planta una casa sobre el solar número 35 de la calle de Preciados con vuelta a la de la Ternerera número 5.» Este expediente lleva fecha de 9 de febrero de 1878, y sobre el mismo edificio nuevo expediente en el ASA, Leg. 6-440-3, con fecha de julio de 1879.

(20) ASA, Leg. 6-440-3.

(21) ASA, Leg. 4-430-36: «Expediente instruido a instancia de don Tomás Ysern en solicitud de licencia para construir de nueva planta su casa Carrera de San Jerónimo, número 16, moderno, con vuelta a la del Pozo.»

(22) Cubas, Marqués de: *Consideraciones generales sobre arquitectura*. Madrid, 1870.

(23) Archivo de la Academia de San Fernando, Leg. 1-53.

(24) *La Ilustración Española y Americana*, núm. XLVIII, 30 de diciembre de 1880, pág. 395, y núm. XXVII, 30 de julio de 1886, pág. 52.

(25) *Inventario General de Manuscritos de la Biblioteca Nacional*, t. I. Madrid, 1953, págs. 186-187. Sig. 246: D-173.

(26) Mesonero Romanos, Ramón de: «Iglesia Catedral en Madrid», *El Museo Universal*, núm. 5, 1 de marzo de 1895, págs. 33-35.

(27) Serrano Fatigati, Enrique: «Las obras de la catedral madrileña», *La Ilustración Española y Americana*, número VIII, 28 de febrero de 1895, página 134. Sobre la marcha de las obras, artífices, evolución del proyecto, etc., véase Repullés y Vargas, Enrique M.: *La Catedral Nueva de Nuestra Señora de la Almudena en Madrid. Memoria escrita por el Arquitecto Director Enrique María Repullés y Vargas, a virtud de encargo de la Junta de Obras para ser elevada a S. S. Benedicto XV*. Madrid, 1916.

(28) Lafuente Ferrari, Enrique: «La solución arquitectónica de la Catedral de la Almudena», *Arie Español*, volumen XVI, 1945, págs. 9-22. El lector encontrará aquí la reproducción gráfica del proyecto Chueca-Sidro.

(29) *La Ilustración Española y Americana*, núm. III, 22 de enero de 1889, pág. 45.

(30) Niño Azcona, Lorenzo: *Biografía de la Parroquia de Santa Cruz de Madrid*. Madrid, 1955, pág. 142.

(31) «Exterior e interior del panteón de la familia de los Duques de Fernán Núñez», *La Ilustración Española y Americana*, núm. XL, 30 de octubre de 1890.

(32) Así se desprende de un grabado publicado en el *Semanario Pintoresco Español*, núm. 36, 1842, pág. 281.

(33) Repullés y Vargas, Enrique M.: «Marqués de Cubas», *Arquitectura y Construcción*, núm. 46, cuad. 2.ª, 1899, pág. 32.

(34) Véase nota núm. 5.

P. N. P.

EL REAL INSTITUTO MILITAR PESTALOZZIANO

Por JOSE DEL CORRAL



Pudiera parecer extraño que elijamos un Centro escolar madrileño que tuvo muy escasa vida —tan sólo dos años— como tema de nuestro trabajo, pero creemos que el Real Instituto Militar Pestalozziano es bien digno de recordación, pese a su escasa existencia, por razones más que suficientes.

Se trata de un Centro que vino a revolucionar todos los sistemas didácticos seguidos hasta la fecha, transformando una enseñanza tradicional y anquilosada con la renovación primera que en nuestro país se hacía en estas materias. Realmente, es el Instituto el primer centro de unos nuevos sistemas de enseñanza que, de

una forma o de otra, son los todavía vigentes en la actualidad. De aquellas reformas habían de arrancar todas las transformaciones posteriores.

Fue el Instituto el primer Centro que prestó un decidido interés a la educación física, incluyéndola en sus enseñanzas y dándole un interés especial; lo que es tanto más de importancia cuanto hasta entonces había sido totalmente ignorada entre nosotros de una manera oficial.

No fue el Instituto Militar Pestalozziano un mero Centro de enseñanza, sino que nació con más altos vuelos. Junto y paralelamente a esta labor, cumplió desde sus comienzos otra de formación de profesorado, para el que se hizo venir representantes de toda España, dando al Centro el carácter de escuela práctica de profesores, donde éstos habían de formarse para dirigir, a su vez, escuelas similares en otros puntos del país. El hecho de que su efímera vida cortara este proyecto y de que las circunstancias históricas de España anularan sus resultados, no quita importancia a la idea que presidió su nacimiento.

Tal importancia quiso darse a su implantación, que nada menos que don Francisco de Goya fue el encargado de pintar la muestra que adornó su portada en el segundo de los dos domicilios sucesivos que el Centro tuvo en Madrid. El hecho de que la pintura original se perdiera y sólo nos sea conocida por el grabado que de ella se realizó, creemos añade interés a esta obra.

Nacido el Real Instituto Militar Pestalozziano con el sentido y características de un Centro auténticamente moderno, prestó especial interés a las publicaciones que habrían de difundir y de perpetuar su obra, y teniendo en cuenta la brevedad de su existencia y las costumbres de la época, son muy estimables y suficientes las que editó.

Venía nuestro Instituto a traer a Madrid una nueva doctrina pedagógica, y a traerla con especial y poca frecuente rapidez. Cuando todavía era poco más que balbuceante la metodología pestalozziana, cuando todavía vivía en Suiza el fundador, nacía en Madrid este Centro, posiblemente el primero dedicado a su sistema de enseñanza que se creaba fuera de Suiza.

Estimamos, pues, que todas estas son razones más que suficientes para ocuparnos del Real Instituto, que, por otra parte, no ha merecido apenas en obras especializadas sino unas pocas líneas, escasa noticia que pretendemos ampliar aquí.

ANTECEDENTES

La razón lejana y primera de la creación del Real Instituto Militar Pestalozziano habría que buscarla en el viaje que realizó a Suiza en las Navidades de 1801 el capitán del Regimiento Español de Suizos "Winphen número 1", Francisco Voitel, como reclutador de nuevos soldados para su Cuerpo. Allí conoció los métodos de Pestalozzi y se propuso trasladarlos a España, instituyendo en Tarragona, donde estaba destinado, una escuela gratuita para hijos de militares.

Colaboraron con Voitel en esta tarea el capellán católico del Regimiento, José Döbely, y el subalterno Juan Andrés Schmeller.

Se extendió la fama de esta escuela, basada sobre métodos tan distintos de los habituales en nuestra educación, y pronto, de acuerdo con la Sociedad Cantábrica,

ca, se fundó un nuevo Centro en Santander, que quedó a cargo del capellán Döbely.

La Sociedad Cantábrica era una de las económicas extendidas por el país, y que produjeron excelentes frutos durante el siglo XVIII, y, a la sazón, la presidía el Duque de Frías y era su Secretario el sacerdote Juan Andújar, del que tendremos que continuar ocupándonos en el resumen histórico que hemos emprendido.

Precisamente por intermedio del presbítero Andújar llegó Francisco Voitel a tener contacto con Godoy, a la sazón todopoderoso favorito, y sus gestiones fueron colmadas por el éxito, toda vez que alcanzaron del «Príncipe de la Paz» la creación de una escuela pestalozziana en Madrid el 23 de febrero de 1805. Este núcleo habría de dar nacimiento al Real Instituto Militar.

LOS PRIMEROS HOMBRES

Justo será, pues nos ocupamos de la obra, recordar con algún rápido detalle la figura humana de los que la hicieron nacer, y de quienes acabamos de hacer mención.

Francisco Voitel era natural de Soleure (Suiza), donde nació hacia 1775. El 25 de agosto de 1790, con quince años de edad, comenzó sus servicios como soldado distinguido en el Regimiento Suizo "Winphen número 1", donde pasó a cadete el 2 de octubre de 1790, a alférez el 23 de febrero de 1793, alcanzó la categoría de teniente el 13 de marzo de 1796 y ascendió a capitán, a los veintidós años, el 16 de marzo de 1797. Como se ve, una rápida carrera, que se coronaría con su ascenso a teniente coronel el 4 de agosto de 1807, meses antes de que el Instituto acabara su vida.

Ya había muerto el Instituto cuando, el 21 de diciembre de 1808, fue hecho prisionero de los franceses en Molins del Rey, sufriendo seis años de cautiverio, hasta el 28 de octubre de 1814, en que fue libertado.

Se sabe que en Suiza frecuentó trato con jacobinos y que en España leía libros prohibidos, y hasta fue acusado de correspondencia con los revolucionarios y de pertenecer a las sociedades secretas, por lo que fue preso y condenado a galeras en 1829, alcanzando el perdón de la reina con la condición de salir de España.

Volvió entonces a su patria, donde fue archivero y comandante de plaza, alcanzando el honor de llegar a ser elegido miembro del Gran Consejo Federal Suizo. Murió el 19 de julio de 1839, a los sesenta y cinco años.

El capellán José Döbely nació en 1755, en Sarmenston, en el Cantón de Argovia, y vino a España en 1794. Regresó con licencia a su patria en 1802, conociendo a Pestalozzi durante su estancia en Suiza. Pretendió la creación de una escuela pestalozziana en Madrid, que no llegó a conseguir, y dirigió, como hemos dejado apuntado, la de Santander, creada por la Sociedad Cantábrica.

Cuando la escuela santanderina desapareció volvió a su Regimiento, y en 1811 regresó a Suiza, donde fue capellán de la Colegiata de Soleure, en la localidad de Voitel, por lo tanto, Murió en 1843.

Juan Antonio Schmeller nació en Baviera, en 1735, y llegó a España a los diecinueve años, en 1804. A su llegada a nuestro país ya había pretendido trabajar con Pestalozzi en Burgdorf y conocía sus métodos. Esto le puso en relación con Voitel en el Regimiento al que ambos pertenecían, y llegó a ser su ayudante en aquella primera escuela tarraconense, por cuyos servi-

cios ascendió a cabo primero. Carecemos de otros datos posteriores sobre su vida.

Por último, aun cuando no el menos importante, el presbítero Juan Andújar era natural de Murcia, fue redactor de la "Gaceta" y del "Mercurio" y ayo de los hijos del Duque de Frías, por cuyo intermedio fue Secretario de la Sociedad Cantábrica. Interesado en cuestiones de enseñanza, ya en 1803 había escrito a Pestalozzi pidiéndole sus libros y sistemas, y fue el primer traductor de sus obras al castellano, en colaboración con Vicente González del Reguero, y, desde luego, le cabe entera la gestión de la publicación de las mismas.

INAUGURACION DEL INSTITUTO

Ya desde antes de su nacimiento se pensó en él —quedó anotado— no sólo como mero centro de enseñanza, sino también y paralelamente como un centro formativo de profesorado que, distribuido después por toda España, llevara a todas las provincias las ventajas de la nueva doctrina didáctica.

De ahí que se cursara una circular a todas las corporaciones para que designaran maestros, eclesiásticos y pedagogos que siguieran en el Instituto los cursos correspondientes con título de "observadores", y para los que se determinó la existencia de cincuenta plazas.

De su vida económica se encargó o mejor se cargó sobre el Ayuntamiento, cuya Junta de Propios concedió, a petición de Godoy, 17.000 reales; y también por designación de Godoy, fue Voitel encargado de regir el nuevo centro, que se instaló en su primer domicilio —del que habremos de ocuparnos más tarde— el 1 de agosto de 1806.

La inauguración tuvo lugar, con excepcional solemnidad, en las Casas Consistoriales, el día 4 de noviembre de 1806, festividad de San Carlos y fiesta onomástica del rey, a las once de la mañana, y en ella intervinieron José María Puig Samper, del Consejo de Castilla, Francisco Voitel, como maestro-director del Centro, Agustín Petitpierre, cadete de nueve años que asistió nueve meses a la escuela de Tarragona, y del que habremos de ocuparnos después, y el canónigo Manuel María Arjona, que dio lectura a una oda alusiva.

Godoy no estuvo presente en el acto inaugural; pero, como a padre de la criatura, el día 25 siguiente lo visitó en su casa una comisión con Voitel y el niño



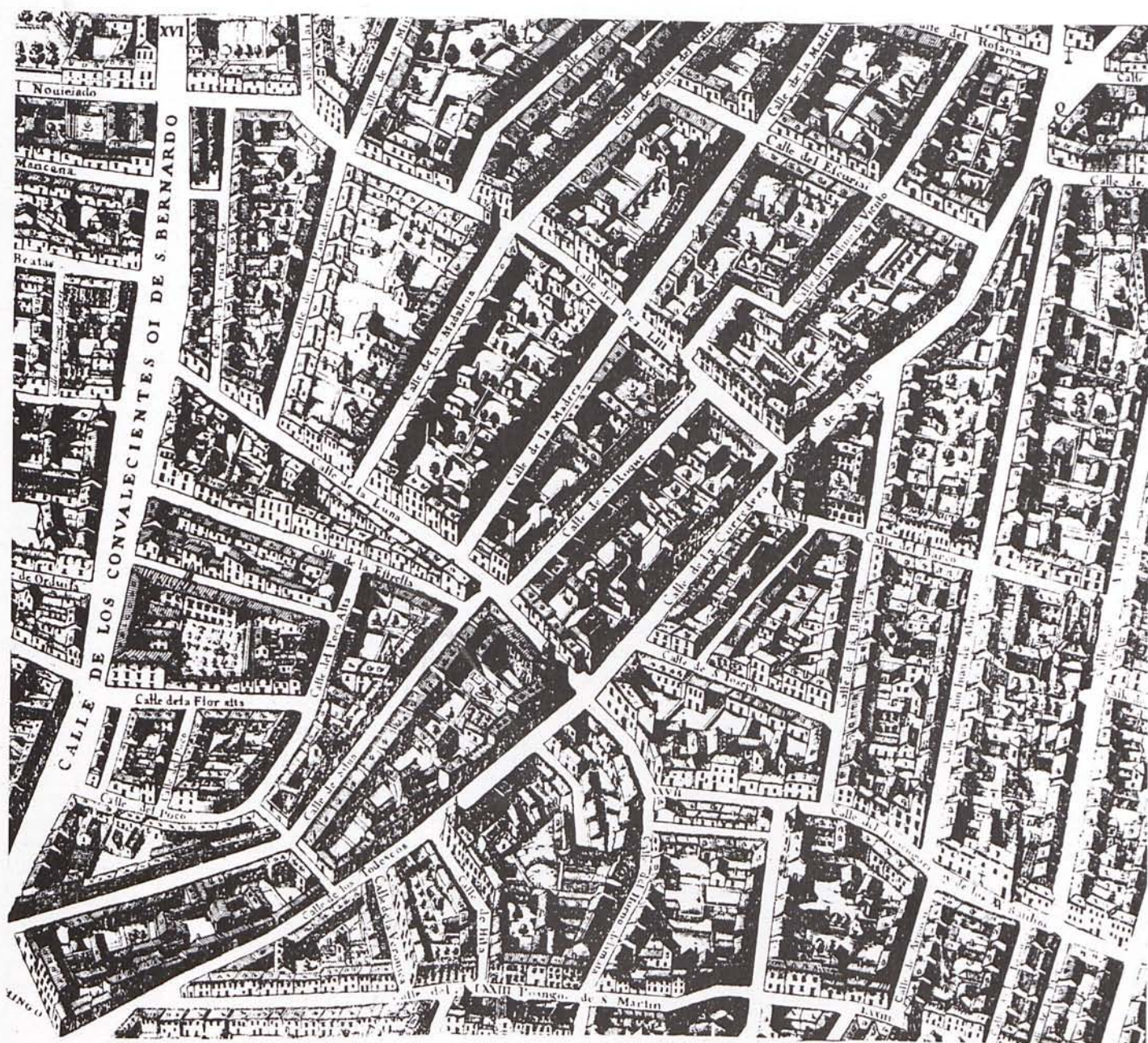
Godoy, Patrono del Instituto Militar Pestalozziano, en el magnífico retrato pintado por Goya, de la Academia de San Fernando.

cadete, que tenía en la fiesta una especial importancia, como vamos a ver.

El papel de Petitpierre era mostrar prácticamente el rápido adelantamiento conseguido con los métodos de Pestalozzi, y así lo hizo, tanto en el acto inaugural como en la visita al privado, contestando a cuantas preguntas se le hicieron en castellano, inglés, alemán y francés, lo que en ambas ocasiones dejó maravillado al auditorio.

Por razón del local que se le había asignado, el Instituto dio comienzo a su labor con sólo 30 alumnos y 20 discípulos-observadores.

En cuanto a Agustín Petitpierre, que tanta importancia como niño-ejemplo tuvo en estos actos que acabamos de reseñar, diremos que había nacido en Cartagena hacia 1798; fue nombrado cadete el 13 de noviembre de 1804, a los seis años de edad, cosa por otra parte bastante frecuente en la época, y que dio lugar a tantas chanzas y pullas. Alcanzó el grado de subteniente el 27 de junio de 1807, a los nueve años; como vemos, muy poco después de la inaugura-



ción del Instituto, en la que tanta importancia tuvo, y nos preguntamos si estos actos no tendrían algo que ver con el ascenso.

Siguió la carrera militar, llegando a coronel graduado, con destino de capitán de la Guardia Real de Infantería; y ya retirado de la vida militar activa, fue oficial de Secretaría de la Capitanía General.

EL REGLAMENTO DEL INSTITUTO

El primer Reglamento fue rápidamente reformado, pero sólo en parte, y el que quedara en vigor lo no cambiado nos impide hablar de Reglamentos en plural, como, por otra parte, sería lógico dada la importancia de esta rectificación.

Así, el primer Reglamento fue aprobado el 18 de octubre de 1806, y constaba de 33 artículos. Ellos determinaban que el Instituto se abría por un plazo de un año y en calidad de ensayo, que diríamos ahora, para determinar su futuro de acuerdo con los resultados obtenidos.

Estaba destinado a los hijos de los oficiales y a los cadetes, que, como hemos visto, era uso fueran de muy corta edad, aun cuando podrían asistir los que no tuvieran estas condiciones. El horario de clases comenzaba a las nueve de la mañana, en invierno, terminando a la una de la tarde, y en verano daba comienzo a las siete para acabar a las doce. Por las tardes habría paseos "dos o tres días en semana", de una forma indeterminada y al arbitrio del maestro-director.

Desde luego, el Centro era totalmente gratuito, y los alumnos no tenían otra obligación que la de ir limpios, según se hace determinadamente constar en el Reglamento. En todo se transparenta el deseo de que el nuevo Centro fuera el establecimiento ejemplar del país y el lugar codiciado por todos los padres para la educación de sus hijos, a la vez que una intención aristocrática en el alumnado que se preveía.

Este Reglamento fue, como hemos dicho, rectificado en parte en 12 de noviembre de 1806, simplemente un mes después de la publicación por otro que

no llega a serlo, que tiene tan sólo 19 artículos y deja en vigor cuanto no alcanza a rectificar del primero. Esta rectificación nace del cambio de domicilio del Instituto, que le permite alcanzar mayores vuelos y eleva el número de alumnos, justificándolo con esta razón de la nueva casa. También determina el nombramiento de ayudantes del maestro-director y acenúa el valor de la formación militar que los alumnos habrán de recibir en el Centro, sustituyendo, entre otras cosas, la campana por el tambor. También por vez primera en nuestra legislación, se habla en esta ocasión de una nueva enseñanza: la educación física, y se determina la obligación de los discípulos-observadores de pasar, antes de su ingreso, un examen que acredite sus conocimientos generales para la especialización que van a recibir.

DOMICILIOS DEL INSTITUTO

El primer domicilio del Real Instituto Militar Pestalozziano estuvo en la calle Ancha de San Bernardo, en el segundo piso de la casa número 5 de la manzana 495, según la numeración de la época, que hoy lleva el número 3 de la calle de San Bernardo, y que era entonces propiedad del Conde la Vega del Pozo, a quien se alquiló, a costa del Ayuntamiento, en 1.500 reales. La casa quedaba, pues, cercana a la Plaza de Santo Domingo, a la que la manzana tenía una de sus fachadas, la de la casa número 6.

Poco más de dos meses permaneció el Instituto en este lugar, ya que el 17 de noviembre de 1806, a los doce días de la inauguración oficial, se trasladaba a la calle del Pez, domicilio que cita Mesonero en la casa número 3 de la manzana 338, esquina a la Corredera de San Pablo, que es hoy la casa número 1 de la calle del Pez, gran casona que ocupaba buen espacio desde la esquina de la Carrera hacia la calle de San Roque, aun cuando Répide, por error, lo sitúa en la manzana frontera también esquina a la Corredera.

En esta casa tenía el Instituto 103 pies de fachada a la calle del Pez y 52 a la Corredera; ganaba, pues, en amplitud y, en cambio, perdió el Ayuntamiento en dineros, pues el nuevo domicilio costaba a la villa 11.000 reales. Sobre la puerta de esta casona lució la muestra del Instituto, pintada nada menos que por Goya, a la que nos hemos referido, y de la que con mayor detención nos ocuparemos después.

VIDA DEL INSTITUTO

Pronto los alumnos fueron 100 y los observadores 50, y también llegó el nombramiento de ayudantes, entre los que consiguió Voitel el de Francisco Studer, que se había preparado en Ivedon con Pestalozzi, y fue enviado por el gran pedagogo a España a petición de Voitel a principios de 1807; Studer regresó a Suiza al desaparecer el Instituto. También fueron nombrados ayudantes Smeller, Burgermeister y nuestro conocido Petitpierre.

El día 1 de enero de 1807 se abrieron los Juegos Gimnásticos, gran manifestación deportiva de verdadero interés en esta que podría llamarse la prehistoria del deporte español, y obra de Amorós, figura de gran importancia de quien habremos de ocuparnos particularmente.

Fue ese mismo día 1 de enero cuando se puso sobre la puerta principal del Instituto el cuadro con las armas del Instituto pintado por Goya, al que también habremos de referirnos.

La función de celadores o bedeles fue encomendada a viejos soldados, en el deseo de darles ocupación y de dar realce a la formación militar dentro del nuevo Centro, deseo de Godoy y, sobre todo, con el de la formación física, seguramente orientación personal de Amorós.

El nombramiento de una doble dirección, director económico y director militar, enfrentó a Voitel y a Amorós, y en esta discordia habría de encontrar su fin la Institución.

El Instituto tenía el "monopolio oficial" de la educación por el método de Pestalozzi, y se prohibió su uso a todas las restantes escuelas madrileñas, que, arrastradas por el éxito inicial del Instituto y la "moda" que suponía, quisieron llevarlo a sus enseñanzas.

Buscando también el carácter militar de la Institución, se dispuso el uso de uniforme para discípulos y alumnos.

Un nuevo traslado amenazó la vida del Instituto en 1807, en cuyo mes de agosto se quiso llevarlo a la calle entonces nombrada del Turco, hoy del Marqués de Cubas, a la casa que hoy ocupa la Academia de Jurisprudencia (manzana 273), traslado que no llegó a realizarse.

Apuntemos también que los días 10, 11 y 13 de noviembre de 1807 se celebraron los exámenes para los observadores, y el detalle curioso de que entre ellos figuraba uno, Kearney, que después, olvidado de los sistemas de Pestalozzi, habría de ser el introductor en España del método Lascasteriano, que es sabido tuvo bastante difusión en su época entre nosotros.

En el capítulo de anécdotas, apuntemos una relatada por Mesonero que nos dice que en ocasión en que Godoy, protector del Instituto desde su creación, visitaba el Centro, los alumnos le recibieron cantando un himno cuya letra Mesonero reproduce y nosotros copiamos:

*"Viva, viva, viva
nuestro protector,
de la infancia padre,
de la patria honor
y del Instituto
noble creador."*

EL CORONEL FRANCISCO AMORÓS

Francisco Amorós y Andeano, Marqués de Sotelo, nació en Valencia el 19 de febrero de 1770, y murió en París el 8 de agosto de 1848. Apasionado de la cultura física, y su introducir en España, creó el primer gimnasio, en 1800, e intervino en la creación del Instituto, en el que él, como vemos, aprovechó su situación para hacer desde el Centro una labor de difusión de la educación física.

Alcanzó en la milicia, cuya carrera siguió, el grado de coronel, y fue Secretario del Ministerio de la Guerra y después Ministro del Interior y de Policía. También tuvo puestos durante la dominación francesa, lo que le hizo expatriarse y fijar su residencia en París,

donde fue el fundador de la Gimnasia Nacional de Francia.

En 1820 creó el Gimnasio Civil de París, dependiente del Ministerio del Interior, y fue en Francia director de los gimnasios militares, reconociéndole el grado de coronel, y fundando gimnasios en toda Francia. Sus métodos se extendieron y fueron utilizados en Rusia, Suecia, Dinamarca y Perú; y por la fecha y extensión de sus trabajos puede considerarse como uno de los padres de la cultura física en Europa.

En 1839, pasados ya los recuerdos de la francesada y cambiada la situación política, regresó temporalmente a España, y durante su estancia se le ofreció un homenaje en Valencia, su patria chica, que tuvo lugar en el Liceo el 19 de octubre del expresado año.

EL ESCUDO DEL INSTITUTO

Por Real Orden se determinó cómo había de ser el escudo del Instituto, muestra o alegoría diríamos mejor, como se ha de ver por su contenido, y de su ejecución consta que fue encargado Goya, nada menos, que en fecha no lejana había hecho su magnífico retrato de Godoy vestido de generalísimo, que conserva el Museo de la Real Academia de Bellas Artes.

La alegoría del Instituto pintada por Goya se perdió, o al menos nada sabemos de su paradero; pero

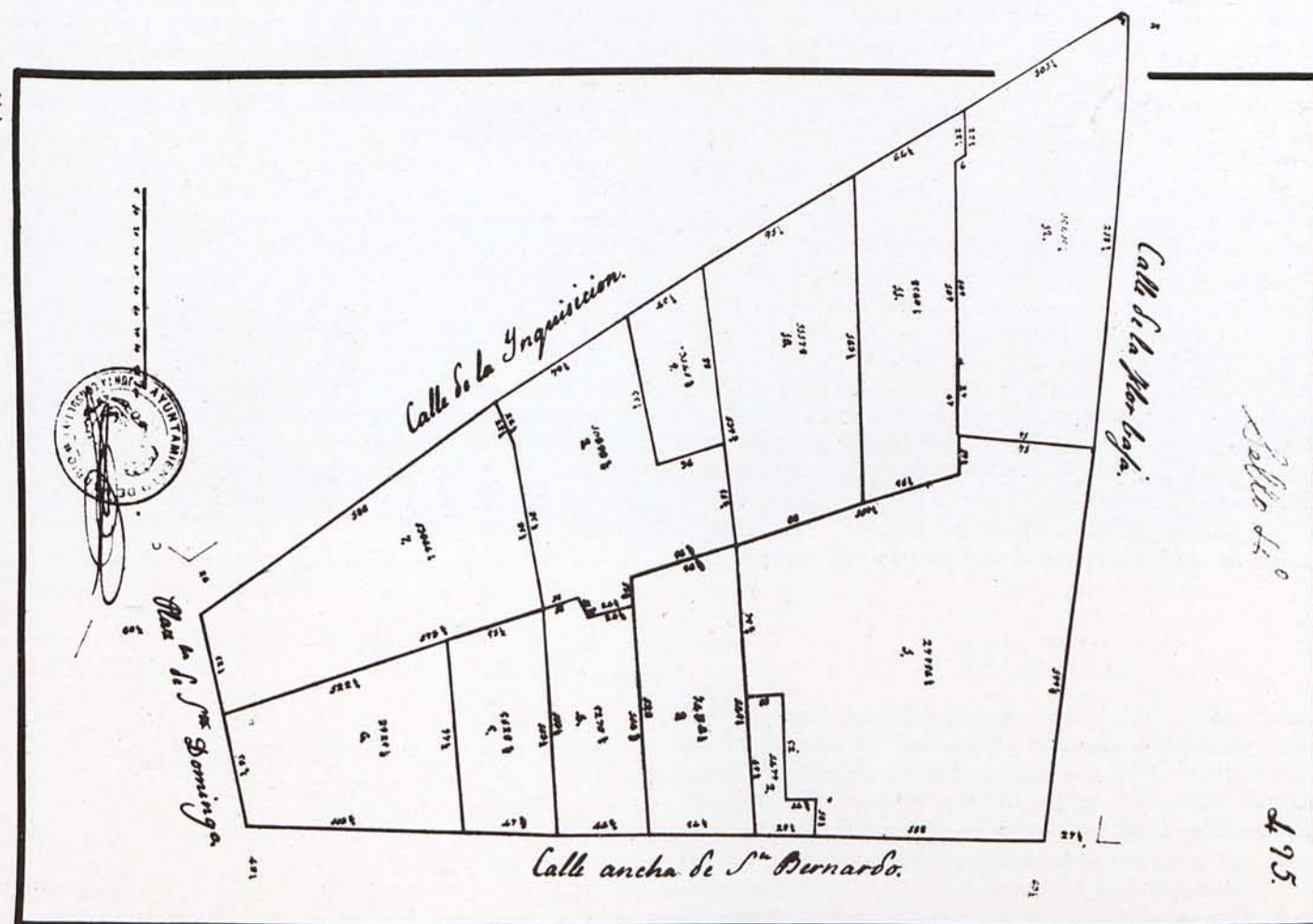
conocemos su composición, tanto por la descripción de lo que había de ser la obra como por el grabado realizado por Albuerne sobre dibujo de Martínez, realizado, a su vez, a la vista del original goyesco, y que fue insertado en las publicaciones del Instituto, a las que habremos todavía de referirnos.

La Orden, de 16 de noviembre de 1806, dice cómo habría de ser pintada tal alegoría: las armas reales, coronadas, figurarían sobre un plinto; al lado derecho un niño vestido con el uniforme de Carabineros, por estar así ataviado el primer alumno que llegó a la Institución, se apoyaría en una tabla geométrica de Pestalozzi; al lado izquierdo otro niño de paisano (que en la realización fueron dos), con la tabla de las unidades. Un rayo del cielo habría de ir a los rostros de los niños. A lo lejos, hombres y niños en actitud de acudir corriendo al Centro.

La leyenda diría: "Real Instituto Militar Pestalozziano, establecido por S. M., bajo la protección del señor Generalísimo Príncipe de la Paz." En el grabado que conocemos, en vez del título de Generalísimo figura el de Almirante, que también, como es bien sabido, tuvo Godoy. En el plinto del escudo real habría de figurar la fecha fundacional: 1806.

Salvo las variantes que quedan mencionadas, así debió ser la obra de don Francisco, y así la copió en

La manzana 495 en el dibujo de la Planimetría de Madrid del s. XVIII en el que se sitúa la casa que fue primer domicilio del Real Instituto Militar Pestalozziano.



dibujo Martínez, la grabó Albuernie y ha llegado en sus reproducciones hasta nosotros.

Aun cuando no fuera más que por la importancia de su creador, merece, creemos, en nuestro esquema de historia del Instituto, recoger esta alegoría, que viene a decirnos la importancia que en sus días se diera a un establecimiento que tan corta vida había de tener.

EL FINAL

El final llegó, ya lo hemos anunciado, pronto. Todavía en mayo de 1807, Godoy hacía llegar a Pestalozzi, interesado, claro es, en la vida del Centro, seguridades sobre su futuro. Pero las palabras de los políticos no han tenido nunca demasiada dimensión y la verdad de los hechos se impone. Lo cierto es que poco después, el 13 de enero de 1808, el mismo Godoy enviaba a Ceballos una orden reservada comunicando "que daba por fenecido el ensayo" del Instituto. En la misma orden se conceden gratificaciones a los participantes en la obra, que dejaba de ser realidad educativa.

El conocimiento de los hechos políticos sucedidos a tan corta distancia de la expedición de esta orden nos hace pensar que no debía estar la situación para muchas delicadezas educativas ni para nuevos ensayos pedagógicos, sino para afrontar otros y graves problemas que se avecinaban en la vida nacional, y cuya primera víctima habría de ser el firmante de la orden de muerte del Instituto.

En cuanto a las verdaderas razones, que no se aducen claramente, son fáciles de adivinar; la escasez de dinero y la proximidad de los franceses requerían que todos los recursos se emplearan, con lo escasos que eran, en otras funciones que nada tienen que ver con la educación, ni aun la realizada por sistemas innovadores.

El único que se salva de la dispersión es Voitel, que queda como maestro de 20 niños, como pajes de Godoy. Nos figuramos, sabiendo lo que vino después, que el nuevo destino fue aún más breve que el anterior.

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO

Con un sentido de divulgación y de permanencia, el Instituto, pese a su corta vida, atacó el problema de las publicaciones, sin olvidar este aspecto al que tantas otras instituciones han dado de lado.

Fundamentalmente, editó en España, era lógico, las obras traducidas de Pestalozzi, de las que ya he-

mos hecho mención. Otras publicaciones terminan la relación, que no pretendemos sea total, y a la que seguramente se le podrán añadir en el futuro algunos títulos más.

De los que tenemos noticia son los siguientes:

- Pestalozzi: *El ABC de la visión intuitiva o principios de la visión relativamente a los tamaños*. Madrid.—Imprenta Real.—1807.—Es obra realizada con la intervención del presbítero Andújar.
- Pestalozzi: *Doctrina de la visión de las relaciones de los números*.—Madrid.—Imprenta Real. 1807.—Sólo impreso el primer tomo, por coincidir con el fin del Instituto la impresión de los siguientes.—También realizada con la intervención de Andújar.
- Pestalozzi: *Manual de la madre*.—Madrid.—Imprenta Real.—1807.—También con la intervención de Andújar.
- *Reglamento para el gobierno de la Escuela Pestalozziana*.—Madrid.—Imprenta Real.—1806.
- *Noticia de las providencias tomadas por el Gobierno para observar el nuevo método de las Escuelas Primarias de Pestalozzi*.—Madrid.—Imprenta Real.—1807.

Todas las obras de Pestalozzi llevan el grabado de la alegoría del Instituto, realizada sobre la pintura de Goya.

CONCLUSION

Esta es, en apretado resumen, la vida de un centro escolar madrileño que, si fue breve, tuvo al menos, desde sus días iniciales, altas empresas. Nació con un pretendido afán de reformas radicales, un afán muy de su época, que estaba dispuesta a volcarlo todo, y terminó volcándolo.

Nuestro Real Instituto no pudo, realmente, hacer mucho constructivo en su corta vida, y todo vino a quedar en intento; pero le queda al menos el valor de adelantado, de precursor de lo que, no mucho más tarde y por sus mismos caminos, había de llegar. A él le tocó la suerte dolorosa de todos los precursores —hombres o corporaciones—: la de morir de muerte violenta.

De todas formas, creemos que merece la recordación de estas líneas, y no el triste olvido al que hasta ahora estuvo condenado y del que apenas pudo salvar su título, ese título pretencioso y pomposo con que fue bautizado, y que bien puede valer para simbolizar toda su época.

J. DEL C.

PINTORES DE MADRID Y POR MADRID, Y ALGUNOS CASOS NO AJENOS AL ASUNTO

Por RAMON FARALDO



E. Vicente: "Casa de Campo". Acuarela.

MADRID no se deja pintar, como no se deja pisar, así como así. Es demasiado diáfano, demasiado penetrable, demasiado «nada». Es como pintar el interior del agua. Es como buscar la forma y el color de ciertas calidades de aroma o fragancia. No posee, en apariencia, ese misterio o enigma que ofrecen las luces veladas, ambiguas o tornadizas. El impresionismo, esto es, aquel apogeo de colores y matizaciones que signi-



J. Sancha: "El Rastro". Oleo.

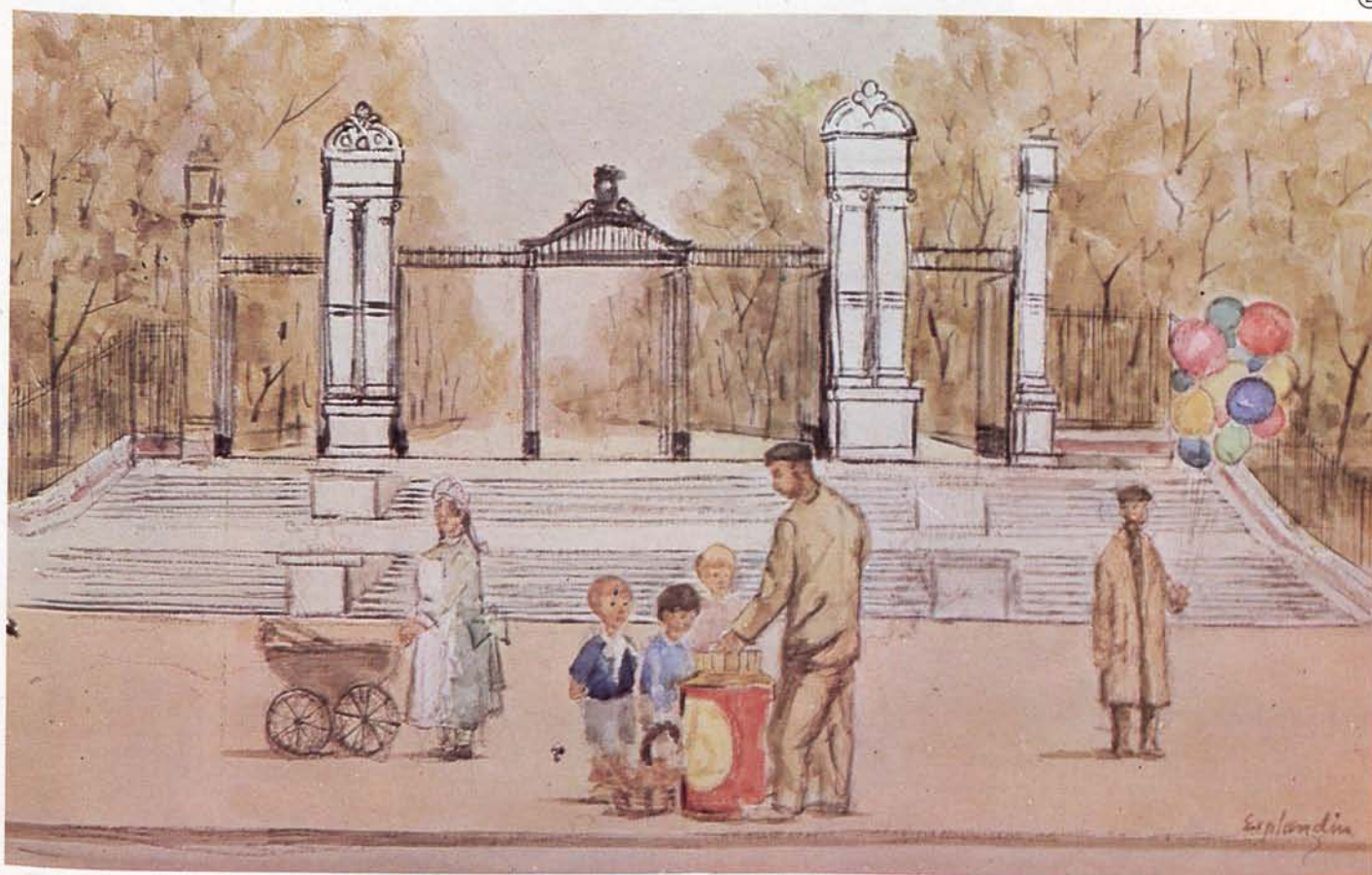
Tauler: "Cuesta de Moyano". Oleo.

ficó el primapir de la pintura moderna, fue, contra todo lo presumible, descubierto y glorificado por los artistas de la bruma, los hombres de Calais, Honfleur, Bretaña y Normandía, que vieron, en la irisación solar de un bloque de niebla, el prisma infinito, pero asible, del genio que les movía.

La luz castellana desnuda, no vela. Actúa por penetración, por irisación. ¿Madrid es dorado, azul, gris perla, gris? ¿Recuerda, como alusión tonal, a la que dan el ámbar, el cuarzo, el ópalo, el agua marina? Para Aureliano de Beruete, uno de los pioneros del paisaje capitalicio, éste no se recordaba más que a sí mismo, era incomparable, era inimitable, pero exigía del pintor el olvido de todo lo que sus pupilas podían retener de cualquier luz o cualquier irisación vista anteriormente. En todo caso, la problemática del asunto debía o tenía que ser resuelta por plásticos nativos o avecindados largamente en la capital, porque el cuerpo irradiante de éste no se ve más que al cabo de mucho tiempo, de mirarlo incesantemente, de aspirarle, de entrar a formar parte de sus límpidas fibras. Beruete, que acabó pintando un Madrid, identificable como un retrato personal, tuvo, que pintar antes mucho paisaje nórdico, mucha cumbre alpina, muchos grises y óxidos portuarios, orillando fiords y tormentas, para acabar palpando el centro neurálgico de atardeceres, mañanas y mediodías localizados en torno al Palacio de Oriente.



①



②



③

La evolución de estilos y maneras artísticas, desde el impresionismo, molecularmente pigmentado, hasta la abstracción, emborronadamente o geoméricamente operante, no facilitaron la conquista plástica del urbanizado cazadero de los Trastamara. Si las plasmaciones realistas del tema no abundan, no alcanzan la multiplicación, ni apenas la suma, los equivalentes no-realistas carecen de un solo espécimen alusivo a la capital. No por falta de experimentaciones más o menos dedicadas al panorama guadarrameño y a su sede, sino porque esta evadía, además del retrato fidedigno, el retrato por magnetismo transformista, por negación o por reducción al absurdo de su gentil osamenta y de su bandera celeste. No existe una sola iniciativa aformelista de raíz castiza. Existen en cambio, aformelistas destacables que, sin ceder en la teoría elegida, alcanzan a fisonomizar, por abstracción incluso, otras ciudades. Recuérdense las páginas yodadas de Viena de Silva a propósito del arrabal lisboeta, las de Manassier sobre nocturnos parisienses o las de Nicolas de Stael a propósito de Antibes.

Mencionar a Velázquez como pionero de una cromática genuinamente adaptada al iris del Campo del Moro es obvio. Reconocer los derechos de Goya sobre las tardes de la Pradera y la tiniebla congelada de la Moncloa, como fondo derramante de sangre chispera, tampoco agrega nada a la cuestión. El pintor de los



④



⑤

⑥



1.—Mac Mahón: "San Francisco el Grande".

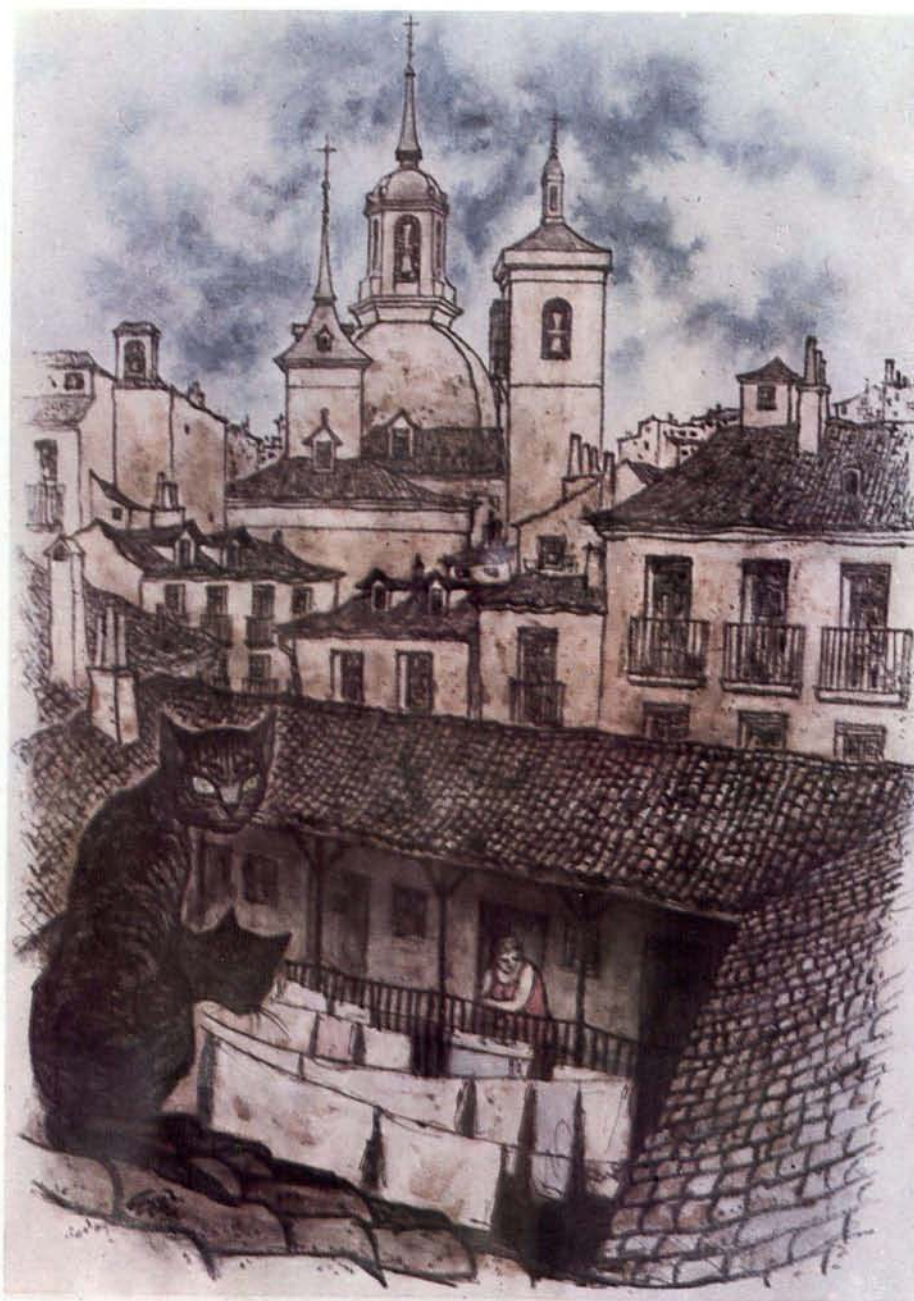
2.—Esplandiú: "El Retiro". Acuarela.

3.—Mac Mahón: "Tejados de Madrid". Dibujo a pluma.

4.—Tauler: "Puerta Cerrada". Oleo.

5.—Esplandiú: "La espera del rancho". Acuarela.

6.—Cuni: "Plaza de Oriente". Oleo.



Goñi: "Los Gatos". Dibujo.

Austrias y el laminador borbónico no se hacen más grandes por estos merecimientos, secundarios relativamente en sus destinos. Uno buscaba pintura de Madrid sobre el propio Madrid. Uno buscaba la calle, el brillo jovial o melancólico, o la totalidad solar, estelar, solitaria, inerte, populosa, vivible y respirable de un diámetro tipificado, existido, integrado en los párpados de quienes fraternizaron con el otoño, la fibra seca, el acunado estival en desmontes y tapias, el fluido de unas claridades o unas penumbras, brillo de cristales, acacias, ropas civiles o militares, que cualquiera ve sin deliberación cuando vuelve a casa con la madrugada vieja o regresa a casa con la noche joven, bajo la tutelar vecindad del Guadarrama.

Existe, de nombre al menos, una moderna Escuela de Madrid, promovida por el albaceteño Benjamín

Palencia en el arrabal vallecano y desarrollada a distintas escuelas por sus aprendices, maestros hoy la mayoría. En realidad, se trata de una escolaridad más castellana, en general, que madrileña, en particular. Alvaro Delgado, Cirilo Martínez Novillo, Redonde-la, Del Olmo, García Ochoa, el desaparecido Luis Castellanos, Arias, Cañeja, extienden su acción más allá del recinto capitalicio, y aunque, de alguna forma, vuelven al mismo a través de sus versiones lugareñas de la provincia central, no se puede decir que Madrid los posee en exclusiva, ni que ellos le hayan enraizado definitivamente. La Escuela de Madrid es un incidente en el desarrollo conjunto del arte español, y, aun integrándose física e ideológicamente en nuestra villa, no se les puede reputar entre la genuina promoción de pintores que la definen y la representan.

Está el caso Solana. El cántabro trasplantado a las Vistillas insiste temáticamente en hechos y lugares aquí residenciados. Lo que ocurre es que, en lugar de servir al complejo luminoso marginal al Manzanares, hace servir a éste para originar una caracterología y una patología solanesco. Lo solanesco puede ser el enfoque descriptivo y experimental de una dimensión no ajena a la capital, pero en modo alguno, conclusiva, totalizadora y definitivamente aceptable.

Los pintores de Madrid deben buscarse en otra dirección, al margen de escuela, porque casi todos se hacen en la calle: al margen de estilizaciones o ismos, porque ellos siguen inspiraciones directas y testimoniales más que fluencias ideadas lejos y preconcebidamente autolocalistas. Las reproducciones y los nombres de autores que ilustran estas páginas podrían agrupar al puñado de artistas que, por medio del co-

lor, óleo, acuarela, tinta o mina de plomo, deben reputarse artistas por Madrid y para Madrid. Cada uno de ellos, oriundo de esta ciudad o adaptado a ella por razones de destino, ha visto lo que le hace igual a sí misma, lo que en ella hay de permanente por encima de lo que hay de fugaz, lo que no borran las nuevas generaciones ni muere con las que murieron. ¿Para qué citar nombres, ni investigar detectivescamente la formación, desarrollo, cronología activa de artistas como Sancha, Esplandíu, Goñi, Eduardo Vicente, etc., etc.? Todos se deben a un común denominador, que se llama Madrid, y a un denominador particular, que se llama gracia, casta, melancolía, sonrisa, impavidez, elegancia, extravagancia, espíritu y materia de la ciudad central, rompeolas de las cuarenta y tantas provincias españolas, castillo famoso.

R. F.

José Sancha: "Plaza de Santa Cruz". Oleo.



LA CASA DONDE NACIO EL TEATRO DE MORATIN

Por JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

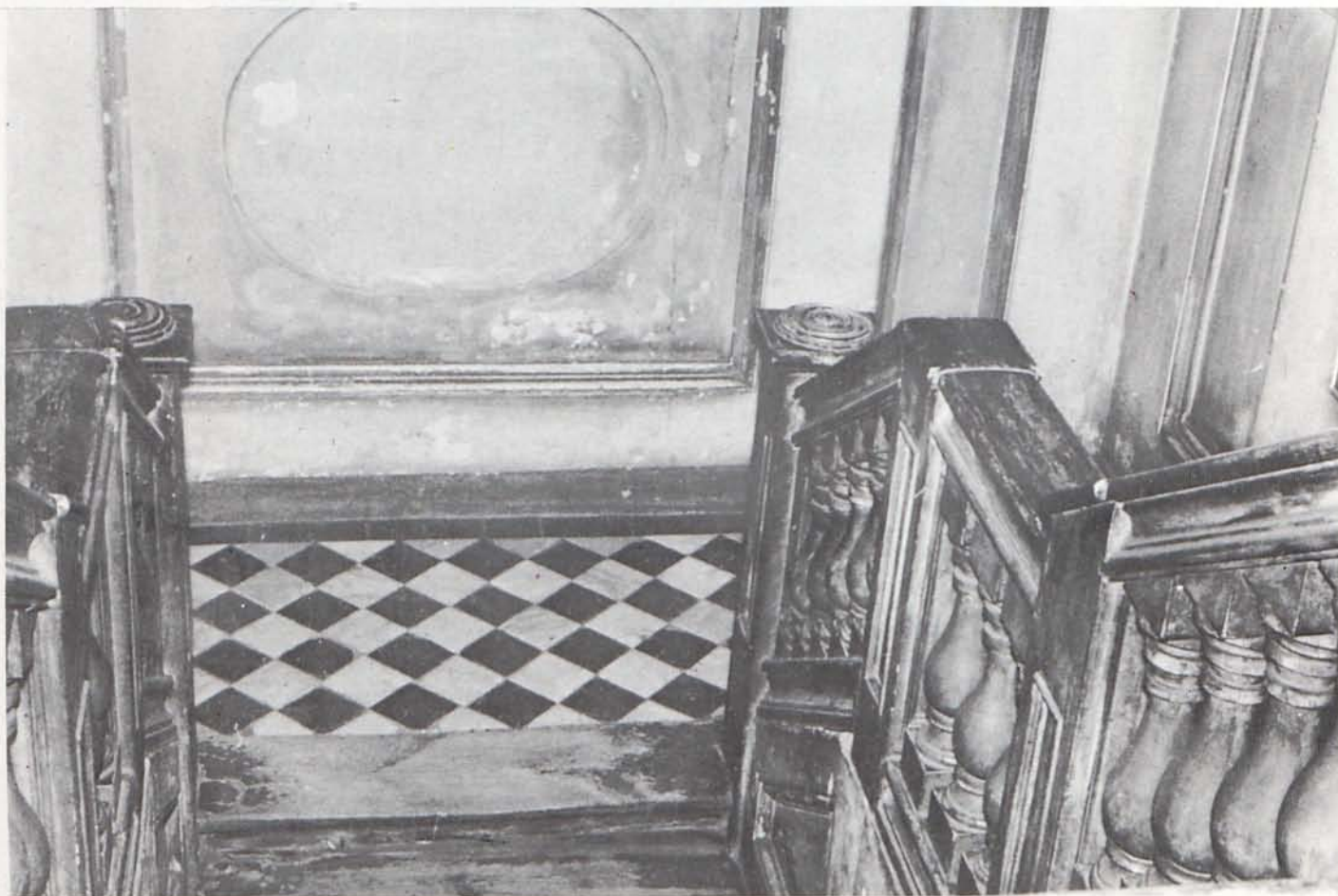
En mi estudio *El Madrid de Moratín* (1) di noticias de las principales casas que habitó el escritor madrileño en su villa natal (2), pero aquí voy a tratar, determinadamente, de la que aún perdura —casi intacta en lo esencial—, de máxima importancia en la vida del dramaturgo, ya que, como veremos, en ella fructificó la semilla de su teatro.

Se trata de un edificio que hay en la calle de Fomento —antes de la Puebla—, que fue primero número 30, luego 15 —conservando aún en una cartela

de pizarra— y hoy 17, casi esquina a la calle de Torija.

En su piso bajo, a la derecha del portal, vivió hasta el 11 de mayo, en que murió, don Nicolás Fernández de Moratín, el embaído y vulgar literato y hábil joyero de Isabel de Farnesio; difamador, sin razón ni sentido, de los autos sacramentales —incluso los prodigiosos de Calderón— por fomentar su vanidad el inteligente aventurero y masón Clavijo Fajardo —amante de la hermana de Beaumarchais, el creador de *El barbero de Sevilla* y protagonista de

Escalera principal de la casa de los Bernascone y los Moratín.



un drama de Goethe—, que había de morir en el más absoluto de los olvidos.

Con don Nicolás vivían, naturalmente, su esposa, doña Isidora Cabo Conde, y el hijo único de ambos, don Leandro Fernández de Moratín, el español desalentado, como formado por su pedantísimo padre, del que fue, sin duda, su única obra maestra, como figura máxima del teatro neoclásico español, que aun creado, en verdad, por don Tomás de Iriarte, brilló en el autor dramático de Madrid con toda su plenitud, para apagarse en él mismo, consumido por el naciente resurgimiento romántico, que en el propio don Leandro vino a brotar al fin, por culpa de lo sucedido en la casa a que aludo.

Esta casa, a la que se refiere Moratín, «inmediata al jardín de la Inquisición» —es decir, de la sede del Santo Oficio—, que todavía existe y es ahora convento de Religiosas Reparadoras, se conserva en la actualidad de modo sorprendente, salvo en algunos levísimos cambios que no afectan a lo esencial de la construcción: dos plantas, la principal —o “planta noble”, que bien le cuadra— y el piso bajo; un gran portalón, digno de un palacio, con una escalera de subida al piso superior, más pretenciosa que artística, pero de graciosa línea, y en la cual perduran parte de la ornamentación neoclásica y del ajedrezado, blanco y negro, del suelo, así como la puerta del piso a que conduce, por dos rampas; y, al fondo del portalón, un patio, que es, sin duda, el que ha sufrido mayor cambio, aunque se perciben bien los elementos de su traza primitiva, de donde arrancaría la escalera de servicio para el piso superior —si es que arrancó y no es error de Moratín—, la cual ahora comunica con el portal.

Lo que ya no existe es el jardín contiguo, en que se ha edificado, con durísimo contraste, la horrenda iglesia del convento aludido, sin que reparara en ello ni en nada el temible arquitecto de las Santas Madres Reparadoras, las cuales aún repararon menos en lo que encargaban, sin el menor sentido urbanístico, que no va reñido con la religiosidad, sino unido a la demoníaca cursilería, que excitaba a Moratín precisamente.

En esa bella casa dieciochesca se desarrolló un íntimo y trascendental episodio de la biografía de don Leandro, que como hubo de tener influencia decisiva en la vida y en la obra dramática del escritor, debería inmortalizarla.

Procuraré resumir dicho episodio, aun lleno de emoción humana, aunque sea brevemente, teniendo en cuenta su importancia e interés.

Cuando se mudaron los Moratín al piso bajo de la casa vivía ya en el principal don Ignacio Bernascone —maestro de esgrima reputado y amigo de don Nico-

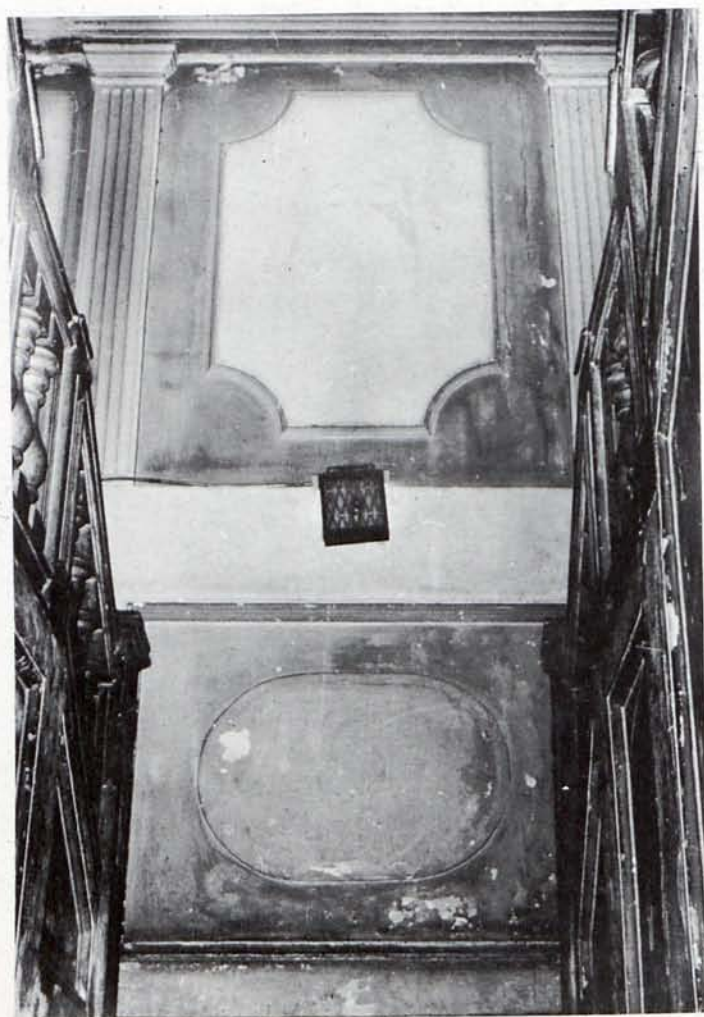


Casa donde vivieron los Bernascone y los Moratín: los primeros en el principal y los segundos en el bajo a la derecha.

lás en la tertulia de la Fonda de San Sebastián—, quien les animaría a ser sus vecinos.

Don Leandro, que vivió allí desde su adolescencia hasta cerca de los veinte años —con introversión entre Marcel Proust y Gabriel Miró—, nos ha contado, ya anciano, la intimidad que existió entre su familia y la del maestro de armas, oriundo de Lugano, en Italia, a la cual se agregó después su compatriota don Juan Bautista Conti, “célebre literato italiano” —también concurrente a la tertulia de la Fonda de San Sebastián, ya recordada—, y hombre de unos cincuenta años, a la sazón, nacido en Lendinara, cerca de Venecia, donde sus padres, los Condes de Conti, tenían su casa familiar.

“Mi madre —escribe Moratín— cultivó la amistad de la madre, la hermana y las sobrinas de Bernascone. Desde el cuarto bajo que ocupábamos nosotros hasta el principal había dos comunicaciones: la escalera principal grande que daba al portal y otra pequeña que había en el patio. A cada paso, sin etique-



Escalera principal al piso de los Bernascone, que aun conserva el estucado original.

tas, sin ceremonias, subían unos y bajaban otros; las dos familias formaban una sola."

Esa hermana de Bernascone a que alude —don Ignacio fue soltero o viudo sin hijos a lo que parece— se llamaba doña Isabel, y había casado con don Antonio Conti, hermano del literato —él lo era también, en menor categoría, y Guardia de Corps—; y de una de sus hijas, la bella Sabina Conti y Bernascone, que vivía en casa de su tío, con sus padres, se vino a enamorar perdidamente Moratín, olvidándose de los estragos que las viruelas habían hecho en su físico y en su carácter, con esa pasión arrolladora de los introvertidos por timidez, cuya sensibilidad se excita torturadoramente, como en don Leandro, más entregado hasta entonces, pese a su juventud, a la hueca literatura que al amor que llena las almas, con un olvido fatal de lo humano, provocado por la ridícula presunción de su padre, orgulloso de tener un hijo tan inteligentemente retórico, y por la de él mismo, sabiendo que lo era.

Don Juan Antonio Melón, amigo íntimo de Moratín —que por serlo trata de borrar la trascendencia de este episodio, trastrocando su cronología para reducirlo a un intrascendente enamoramiento infantil—,

nos dice, sin embargo, que esta fue la primera pasión erótica de don Leandro, aunque calla, prudentemente, la proyección de su desenlace sobre el resto de la vida de Moratín y sobre su creación dramática.

Porque es el caso que, bien a causa de que la bella y adolescente doña Sabina Conti —que andaría cerca de los quince años, como Moratín de los veinte— no estuviera tan ciega como su enamorado para juzgar la escasa atracción física de éste —prescindiendo de los méritos intelectuales, que nunca despertarán el amor humanamente—, o bien, como es más probable, por conveniencias familiares, según Moratín habría de interpretarlo, la niña de don Antonio Conti y de doña Isabel Bernascone, de la noche a la mañana y ante el espanto del joven Moratín, se casó con su tío don Juan Francisco Conti, que al galán le doblaría la edad y algo más, resultando al lado de su esposa un viejo, a quien no quitarían años sus méritos literarios tampoco.

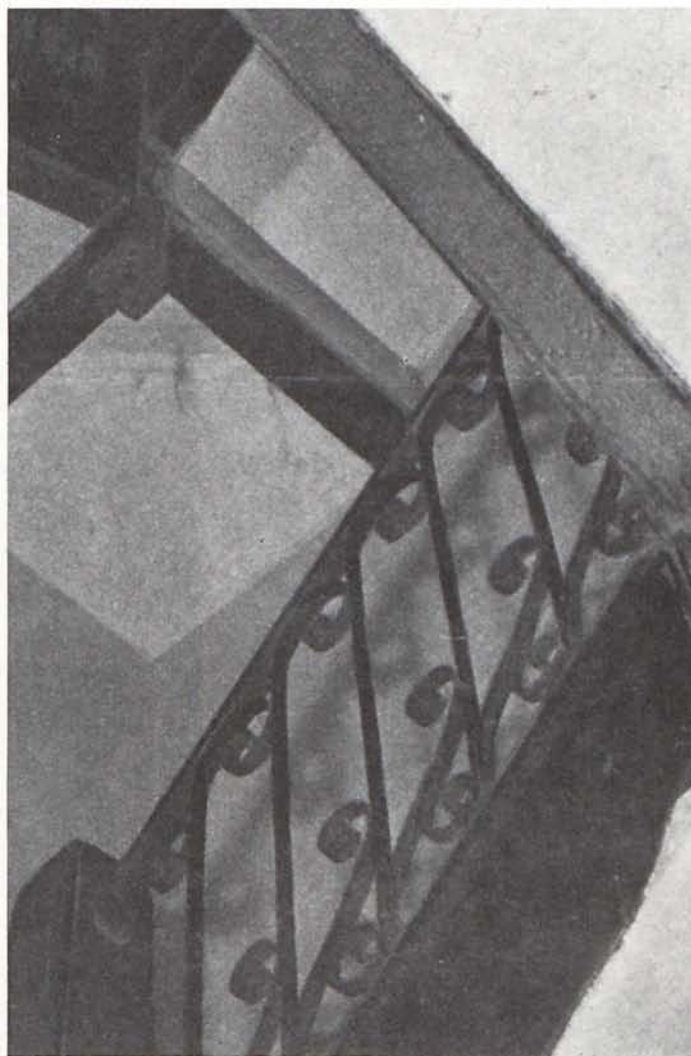
El amargo dolor y el desencanto angustioso que sentiría Moratín en la inviolable intimidad absoluta de su alma —sensitiva y apasionada entonces hasta lo más, bajo su timidez, que se defendía hurañamente— debieron de ser tremendos y tan irremediables como sus consecuencias en el futuro, tanto en lo malo como en lo bueno. Primero brotaría de su ser humano el deseo ardiente de protestar ante los suyos, ante las gentes, de la inaudita injusticia que, legalmente, se cometía; luego, de una parte su orgullo y de otra la inutilidad y el escándalo de su propósito, abrieron camino al escritor —que hoy se consideraría como "protestatario"—, quien, sin liberarse de la misma angustia de lo vivido ni alcanzar la elegante indiferencia de lo literario, intentó consolarse llevando a la escena, ante el público e impersonalmente, su personalísima tragedia, que con el tiempo había de convertir en comedia docente para todos, y compuso primero *El Tutor*, sobre su desesperado drama, tan vivo todavía que, como sucede siempre en tales casos, no consiguió el autor para él la serenidad suficiente que le permitiera una creación puramente literaria. Pero destruido *El Tutor*, por discretos consejos amistosos y críticos, su argumento, alucinante para Moratín —la imposición, por conveniencia, a una muchacha de un marido que pudiera ser su padre—, le llevó a desarrollarlo, con menor sinceridad humana y mayor ficción literaria, en otra nueva comedia que inicia la obra dramática de Moratín, *El viejo y la niña*, donde acertó a teatralizar el más hondo dolor de su vida, pero con la crueldad que él había sufrido y con la venganza que él hubiera deseado: el viejo, casado con la niña, está a punto de ser engañado por el joven, del cual antes estaba enamorada ella, quien abandona a su marido, ofendida de sus sospechas...

Pero mucho más tarde, para escribir su última comedia, Moratín aún vuelve sobre el tema extrañamen-

te —para quienes ignoren sus causas—, con esa obsesión del recuerdo juvenil en la vejez, con el deseo de revivir la juventud, que en el escritor —como en Lope de Vega al concluir *La Dorotea*, ya viejo— se convierte en obra literaria, llevando de nuevo a la escena su inolvidable tragedia, transformada ya en comedia verdadera, porque al drama le ha encontrado otra solución; ni lo que sucedió en la vida ni el deseo vengativo de sus primeras comedias, sino lo que debiera haber sucedido, y de ese modo vivir la ficción y evadirse de la realidad, merced al perfeccionamiento de su arte dramático, en toda su plenitud, y a la necesidad optimista de su alma, que han moldeado los años y las penas. Moratín, autor dramático, puede consolar así definitivamente, con un providencialismo tardío pero seguro, ya sin pasiones humanas, a Moratín hombre... Y puede escribirse, con ese noble sentir, por encima de las miserias de la vida, la mejor comedia de Moratín, *El Sí de las Niñas*; la que le immortalizará verdaderamente, más que por su belleza literaria indiscutible, de "puro teatro", por algo más hondo: porque se ha elaborado a lo largo de una vida humana de aprendizaje de la escena y de enseñanza del dolor, que nació en aquella casa, aún existente...

Y aunque se desarrolla la comedia en una posada de Alcalá de Henares, la escena es en esa casa evocadora y bella de la antigua calle madrileña de la Puebla, y aunque los protagonistas se llamen Carlos y Paquita, bien sabemos —como las viejas estancias de la casa, y el portalón, y la escalera principal, y tal vez más la pequeña escalera del patio, y éste y la calle, y todos— que sus verdaderos nombres son Leandro y Sabina, quien hallan en aquel Sí el de sus almas: porque la niña se casa con el joven, y el viejo, que es también Moratín —el Moratín convertido, con sus años y su bondad, en Providencia, arregla con su saber el vivir, el amor que truncaron, por intereses viles, quienes no sabían ni de la vida ni del amor como ya sabe ahora el autor, tras quebrarse su alma en lucha consigo misma...

Fundándose en elementos del ambiente de la comedia —fácilmente ampliables y más fácilmente discutibles—, que le dan calor humano, ha señalado Azorín, hace algún tiempo, en *El Sí de las Niñas* el paso del teatro neoclásico al romántico, pero sin descubrirnos el profundo romanticismo de la comedia. Pero ni descubrió este fondo firmísimo en su ideología ni menos pudo suponer que había nacido su impulso en esta casa madrileña del siglo XVIII, en pleno fervor neoclásico de reglas y cánones. Y es que, en todos los tiempos, el amor y el dolor —que convivieron dramáticamente con su verdad en el alma de Moratín— ni saben de medidas ni de formas colectivas como lo clásico, sino que tienen su interpretación individual en cada hombre, como lo romántico precisamente...



La escalera interior de la casa de los Bernascone y los Moratín, donde son de suponer las conversaciones de don Leandro con Sabina Conti.

Y todo lo expuesto no fue óbice para que la dignidad orgullosa de Moratín, ocultando los fracasos de su sensibilidad íntima, mantuviera su amistad con Conti —a quien dedicó un afectuoso soneto— y hablara, con correcta indiferencia, de su esposa cuando se escriben o visita don Leandro Lendinara, donde viven el viejo y la niña; más viejo y menos niña ambos que en la comedia, sin haber tenido su patrimonio, por fortuna, el desenlace de aquella primera, *El viejo y la niña*, nacida en la casa que aún puede verse...

Todo esto, tan simbólico de una época y tan fundamental en la vida y la obra del madrileño don Leandro Fernández de Moratín, bien merece que nuestro Ayuntamiento, tan dispuesto siempre a proteger la cultura, y más la propia de la ciudad, debe rescatar y restaurar como sea la casa donde nació el teatro neoclásico español y constituir en ella el museo de Moratín y su época, que falta en nuestra Villa, donde hay ya, por fortuna, el musical Museo Romántico, y el de la Edad de Oro, más o menos, en la casa de Lope de Vega.

J. de E.

LAS MARIPOSAS DE LA CASA DE CAMPO



Por MIGUEL R. GOMEZ BUSTILLO
y FIDEL FERNANDEZ RUBIO

Los doctores Gómez Bustillo y Fernández Rubio están dando los últimos toques a su obra "Las Mariposas de España", en la que se describen, estudian y fotografían, por primera vez, a color, todas las especies de mariposas españolas, tanto sistematizadas en colecciones como en sus cazaderos habituales, desde el nivel del mar hasta las más altas cotas de la Península Ibérica. En este artículo, escrito especialmente para VILLA DE MADRID, se combinan Ciencias Naturales e Historia, como medio de popularizar la deportiva afición a la Entomología.

Al leer recientemente el magnífico artículo de Agustín Gómez Iglesias sobre la formación de "La Sagra Madrileña, el Campo del Moro y la Casa de Campo", a partir de Felipe II y continuadores, hemos creído que resumir y reagrupar nuestros trabajos dispersos sobre los lepidópteros que se han cazado y se cazan dentro de ese bosque y parque de Madrid, podría ser de interés para los lectores de esta revista. Todos sabemos que la caza menor, y ni que decir la mayor, ha ido desapareciendo de la Casa de Campo. Hace ahora aproximadamente tres años que vimos por última vez una pareja de hermosas liebres en una barranca donde los almen-dros anunciaban ya con sus capullos semiabiertos la llegada de la primavera. Hemos vuelto por el lu-

gar en la misma y en otras épocas y aquellas liebres que nos observaban con nuestros caza-mariposas, en equilibrio una de ellas solamente sobre sus patas traseras, no han vuelto a aparecer. Pero mariposas... Bueno, entremos en el tema.

La Entomología tiene la ventaja del menor tamaño de sus sujetos de estudio, lo que les ayuda a pasar desapercibidos, aunque algunos de sus órdenes, como los himenópteros, dípteros y lepidópteros llamen más la atención de niños y personas mayores. También, cuando los depredadores disminuyen —pájaros, reptiles, batracios, pequeños mamíferos, etc.— los insectos refuerzan sus filas y solamente siguen sufriendo bajas por motivo de parasitación y depredación entre ellos mismos, o a causa de los

microorganismos de siempre. Por eso, mientras haya arbolado, plantas bajas, hojas caídas, agua y lodo y condiciones mínimas de subsistencia, aunque la contaminación les afecte, los insectos se hacen resistentes y condicionan su ciclo vital al medio ambiente donde les ha tocado vivir. Gracias a esto, continúan siendo los representantes del reino animal que mejor han podido subsistir en la aprisionada y sofocada Casa de Campo madrileña, y al hablar así pensamos no en el calor o el frío, sino en la presión que actúa constantemente sobre su casco (autopistas en ensanche, colegios, clubs y urbanizaciones) ahora más débil e irregular que nunca por su forma poligonal de 52 lados, con 16 puertas abiertas.

¿Qué lepidópteros volarían por

las heredades de los Vargas, la guindalera de María de Perales, el batán de Pedro de Luján, las viñas y olivares de Francisco de Madrid, la huerta de Luis de Faria, majuelos, quiñones, y tantos y tantos pedazos de "tierras de pan llevar" que fueron ampliando la estructura del Real Bosque de la Casa de Campo a lo largo de tres siglos? Aproximadamente los mismos que hoy, tal vez menos, ya que sus enemigos naturales, que a su vez constituían la caza menor que abundaba en la Cotería o Coto de Caza del recinto, esquilmarían profundamente sus colonias. Pero no cabe duda que alguna especie hoy desaparecida viviría entonces, teniendo en cuenta la existencia de más frondosas alamedas y mayor número de fresnos, encinas, pinos, madroños, olivos, matas de caña, cepas de viña, cambronerías, tomillo, jaras, retamas, cardos y demás sotobosque, a ambos lados de los caminos de Aravaca y de Pozuelo, el viejo y el nuevo, el primero a través del Valsequillo y el segundo por la Vereda vieja, hasta el Vadillo.

La Casa de Campo, en fin, puede considerarse en la actualidad como el mejor coto entomológico de la capital, agotados o cada vez más difíciles otros lugares anteriormente tan ricos, como la Moncloa, el Arroyo de Cantarranas, Fuentelarreyna, Somontes, El Pardo, etc. Porque los parques interiores de la ciudad, como El Retiro, el Jardín Botánico, etc., dada su naturaleza de jardines totalmente artificiales, solamente son campo de vuelo para muy pocas especies de mariposas y no pueden tomarse en consideración a la hora de inventariar las especies vigentes en la capital de España. Más de un millar de especies de insectos viven y mueren dentro de los límites de la Casa de Campo, y de éstos, muchos centenares corresponden a especies de lepidópteros. Aunque vamos a referirnos aquí a lepidópteros en general, diurnos y nocturnos (mariposas, falenas, polillas y micros), el énfasis lo pondremos en los diurnos o mariposas propiamente dichas, adelantando que son muy pocas las capitales del mundo que tienen tan a

la mano (teleférico, suburbano y carretera), un cazadero tan propicio.

De heteróceros o mariposas crepusculares y nocturnas se mantiene un buen censo en el Coto. Aparte del Esfíngido *macroglossum stellatarum* L., recorriendo las flores, o subiendo o bajando por los terraplenes, siempre acelerando, sin detenerse más que para pasar la noche o invernar en algún caserón abandonado o dentro de un viejo tronco podrido de árbol, vuela en pleno invierno la *Lemonia dumi* L., joya de muchas colecciones europeas, que se acerca en la hora crepuscular de noviembre y diciembre a las luces de faroles y postes del lugar. Vuelan también notodónticos, como *Dicranura ibérica* TEMPL. y ORT. Y desde luego lasiocámpidos, euplágidos, y algunas plagas como la de *Lymantria dispar* L., y *Plusia gamma* L., agrótido este último que con alguna *Catocala* se puede capturar abundantemente en la primavera y verano. Desde luego, uno de los mejores ejemplares del área es un arctido, el veloz, di-



1.—La canícula y B. CIRCE son inseparables. Un macho se mimetiza a la sombra del tronco de una encina.

2.—Una hembra de P. PANDORA, visitante rutilante de los cardos madrileños.

3.—Este Licénido pequeño y abundante, merodeador entre los árboles y plantas, desde marzo hasta septiembre, es el P. CRAMERA.

4.—El CH. JASIUS es la incógnita de la meseta madrileña. Vuela donde el madroño vegeta. ¿Colonizaría la Casa de Campo, cuando Madrid era la villa del Oso y del Madroño?

5.—«Miss Europa 1848». La GRAELLSIA ISABELAE GRLLS., dedicada a S. A. R. Isabel II, ha sido el lepidóptero más perseguido de España, habiendo quedado casi extinguido 100 años después de su descubrimiento. Recientemente ha comenzado a reaparecer en muchos pinares españoles.

6.—El satírido M. LACHESIS, verdadera plaga veraniega de la Casa de Campo.

7.—Una oruga gregaria de N. POLYCHLOROS, plaga de los olmos, muy común en la Casa de Campo durante el mes de junio.

8.—A. NIOBE, el más madrugador de los Argínidos de la Casa de Campo.

9.—La jara florece en la más temprana primavera, y una L. PHLAEAS se alimenta al sol.

10.—En las umbelas de las tapsias, la E. AUSONIA descansa y se alimenta.



①



④



⑦



⑧



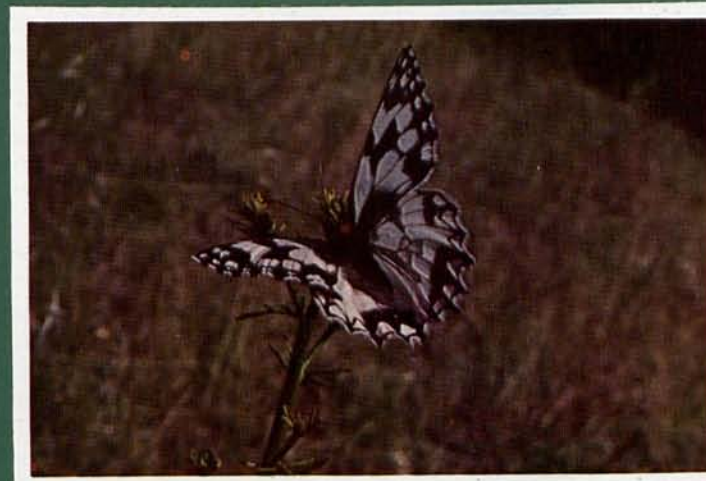
②



③



⑤



⑥



⑨



⑩

fácil e inalcanzable macho de *Ocnogyna baetica* RBR., que en enero hará escalofriantes zig-zags en busca de las hembras ápteras de la especie. Otros representantes vistosos de la propia familia son *Euprepia pudica* ESP., *Arctia hebe* L., y *A. villica* L. Y como especie más característica, plaga que se descubre por los nidos que las larvas acostumbra a hacer para invernar gregariamente en las copas de los pinos, la "procesionaria" del pino, es decir, la *Thaumetopoea pityocampa* SCHIFF., que puede observarse atravesando en larga hilera, oruga tras oruga, los caminos del lugar, para emigrar de un pino a otro y continuar su labor defoliadora. Abundan, además, centenares de geométridos, crámbidos, pterofóridos, pirálidos, tottrícidos, aegéridos, valiosos zygaénidos, etc.

Pero el ejemplar más vistoso de las falenas del lugar es uno común y gigante, el mayor de Europa, denominado *Saturnia pyri* SCHIFF., ese "pavón de noche" que con sus ocelos claros sobre el fondo alar marrón claro u oscuro, aparece en primavera, después de haber pasado el invierno convertido en crisálida al pie o cerca de su planta nutricia, el almendro.

Vamos a hacer un resumen a continuación de la aparición de los ropalóceros o mariposas propiamente dichas, dentro del recinto, a lo largo de las cuatro estaciones del año.

La acción puede comenzar en pleno invierno... En algunos de los días soleados de diciembre y enero es probable ver en vuelo ejemplares de *nymphalis polychloros* L., y de *Gonepteryx cleopatra* L., invernales, que han abandonado temporalmente su refugio... para hacerlo ya de forma definitiva en febrero, formando parte de los enjambres de insectos que celebran alegremente el florecimiento de los almendros. Después, en marzo, por poca confianza que el sol dé, aparecen los primeros licénidos, *Tomaes ballus* F., y *Lycaena phlaeas* L., raseando nerviosamente esa pradera húmeda y aplastada aún por las recientes nieves, junto con alguna que otra *Issoria lathonia* L., o *Pontia daplidice* L., que acierten a pasar, tal vez en ruta migratoria... y desde luego las *Euchloe ausonia* HB., verdadero heraldo de que la primavera genuina se encuentra en puertas.

De aquí en adelante la faúna se va desperezando. Los cazaderos son muchos. Los hay históricos, visitados desde tiempo pasado por los entomólogos de la colina de enfrente. Pero también los hay inesperados al surgir con motivo de los cambios ecológicos que se causan por las obras de mejoramiento interior, ya sean por ejemplo las actuales que tienden a canalizar y entubar, haciendo subterráneo el arroyo de los Meaques, o a los trabajos de repoblación forestal o de seguridad contra incendios que se hacen al comienzo de las temporadas veraniegas, arándose anchas sendas o guardarrayas a ambos lados de los caminos, más frecuentados por automovilistas o paseantes.

Así, primero una *Polygonia-c-album* L., aún aletargada, luego alguna *Pieris rapae* L., y *P. napi* L., madrugadoras, y después varias *Vanessa cardui* L., gastadas, procedentes de muchos kilómetros al Sur, van llenando el paisaje. Más tarde la *Colias croceus* GEOFF., alguna *Glaucopsyche melanops* B., y ya con buen tiempo en marcha la preciosa *Euchloe euphenoides* STGR. Hacia finales de abril la cosa toma forma definitiva con la aparición de los hespéridos, voladores cortos e incansables en contra de cualquier viento dominante.

En mayo, el aletear de millares de criaturas adorna los espacios abiertos y zonas de bosques. A lo largo de los trillos, bordeando los taludes del ferrocarril, planeando por las laderas del lugar, la brillante *ausonia*, las poderosas *Papilio macaon* L., y *P. podalirius* L., irán apareciendo en cerros como el *Arbitas* (erróneamente denominado en este siglo Garabitas); las modestas *Pararge aegeria* L., y *P. megera* L., darán paso a la *Glaucopsyche alexis* PODA., *Plebejus cramera* ESCH., y *P. icarus* ROTT... mientras se duplica el número de *daplidice*, las *euphenoides* exhiben entre bandadas de *croceus* su amarillo pintado de rojo por las dilatadas áreas de vuelo, y las primeras *Melanargia occitanica* ESP., y *M. ines* HOFF., junto con *Maniola jurtina* L., y *Coenonympha pamphilus* L., van haciendo acto de presencia. Entonces la *cegris eupheme* ESP., hace su debut rutilante, para ir desapareciendo si la lluvia o los cierzos estacionales reconquistan el terreno.

Surgen, ya en junio, brillantes, la

Melitaea phoebe KOCH., *Euphydryas aurinia* ROTT.; y de pronto la *Fabriciana niobe* L., junto con la segunda generación de *lathonia*, algunas *Nymphalis io* L., y *Vanessa atalanta* L., escasas *Plebejus theristes* CANT., y veloces *Hipparchia semele* L. Al pie de las encinas y de las retamas en flor, los Satíridos —*Pyronia cecilia* VALL., *P. thionus* L., *P. bathseba* F., y *Maniola jurtina* L.— levantan vuelo y se refugian otra vez, dando vueltas incansables a la sombra del lugar. Abundan los hespéridos, principalmente *lineola*, *actaeon*, *marrubi*, *proto* y *sylvestris*... mientras que los piéridos *P. rapae* L. y *P. napi* L. ya han logrado por lo menos dos generaciones... Luego, de los fresnos a las *thapsias*, la cada vez más escasa *Laeosopis roboris* ESP., hermosea el cuadro y da paso a la *Strymonidia esculi* HB., especie abundante entre las retamas... y a segundas formas de *phaleas*, infiltradas por escasos ejemplares de *Lycaenas tityrus* PODA.

Y así llega julio... Vuelan raudas las nuevas generaciones de *ausonia* y *daplidice*, pálidas y descoloridas; entra en acción *Quercusia quercus* L. entre las hojas de las encinas, y la *Ch. briseis* L. busca junto a la *Brintesia Circe* F., la protección mimética de los troncos, viéndose algunas *Aporia crataegi* L., volar pausadamente alrededor de las copas de los árboles, por encima de rebños de *Melanargia lachesis* HB., que inician su aleteo, lejos de *Hyponephele lupinus* COST., tímida exiliada al pie de los árboles. Es entonces cuando en lugares húmedos y frondosos planea sorprendentemente para el área la *Limenitis reducta* STGR., sobrevolando los senderos cercanos al arroyo de Valdeza, a la vez que la *Polygonia-c-album*, en su forma vernal y ya tardía, disputándose ambas el campo de aterrizaje de los claros con la extraña *Libythea celtis* LAICH... mientras que las *polychloros* baten con fuerza sus alas velludas a la vista de *Pandoriana pandora* SCHIFF., dominadora de los cardales, siempre en disputa, ganada arrolladoramente, con alguna *cardui* o *Fabriciana niobe* L., retrasadas que toman baños de sol.

En agosto, con casi 40 grados a la sombra como aliciente, podrán caer en la red, sobrevolando las rudas, algunos ejemplares de la generación estival de *podalirius* y *macaon*, y abundantes *cramera*, junto a la

taimada *Neohipparchia statilinus* HFN., que se ampara en los troncos y malezas bajas circundantes, mientras que en las retamas se pueden capturar borrosas *S. pirithous* L., rutilantes *phlaeas* y delicadas *Lampides boeticus* L. Durante el resto del verano y gran parte de este otoño bello y silencioso de Madrid, si el humor del entomólogo todavía dura, siempre dará respuesta a la Casa de Campo a quien a sus puertas llame.

De acuerdo con la literatura entomológica consultada y con la experiencia de los autores, en total son 75 las especies de mariposas, además de múltiples subespecies y formas, algunas únicas para la Península Ibérica, que colonizan el lugar y que constituyen más de la tercera parte de todas las mariposas propiamente dichas catalogadas en España. Como grandes ausentes, podríamos hablar de la africana, avecinada en España desde hace siglos, *Charaxes jasius* L., que vive sobre las hojas del madroño, tan abundante en el lugar en siglos pasados. Aunque el *Arbustus undedo* no vegeta ya en Madrid —y las contadas excepciones sirven para destacar la desaparición, tanto de los “osos” como de los “madroños”— no hay duda de que en alguna época hermozeaba este Bosque Real, aunque los osos permanecieran más alejados. El lugar más cercado donde en los últimos años se ha visto a este ninfálido es Meco, al norte de la provincia, y se sabe que coloniza Salamanca y Avila, y aunque hay opiniones en contra de la posible supervivencia de la especie debido a las bajas temperaturas de la meseta madrileña, la cuestión es discutible.

En lo que respecta a *Plebejus albicans* HS., y a *P. bellargus* POD., que vuelan en las cercanías, tanto al norte como al este y sur de la capital, representadas por hermosas subespecies, el secreto de su inexistencia tiene que estar en la ausencia de alguno de los elementos que le son indispensables a ambos licénidos: formaciones geológicas calizas o depósitos de yeso y colonias de hormigas con las que necesariamente deben convivir en distintas etapas de su estadio larvario. Porque varias plantas que sirven de alimento a las mismas, sobre todo *Hippocrepis comosa*, se encuentran en diversas zonas del recinto.

¿Podieron imaginarse alguna vez Felipe II y sus sucesores el gran

servicio que estaban prestando a la entomología al crear el Coto de Caza de la Casa de Campo, perennemente a las puertas de Madrid? Entre los oficiales del Ejército napoleónico vinieron a España, a comienzos del siglo XIX, buenos entomólogos, y uno de ellos —que llegó a ser después presidente de honor de la Sociedad Entomológica de Francia—, Leon Dufour, estuvo en la Península como médico militar entre 1808 y 1814, y con toda seguridad cazó en los alrededores de Madrid. Al regresar a España Fernando VII en 1814, trajo consigo al científico suizo Juan Mieg, médico, físico y entomólogo, autorizado a cazar en los Reales Bosques de los alrededores de Madrid como “Profesor de su Majestad”, y de quien procede la colección de lepidópteros más antigua que se conserva en España (1818), algunos de cuyos ejemplares fueron capturados sin duda en la Casa de Campo, tal vez acompañado de su alumno el Infante Antonio Pascual, que muriera en 1817.

A partir de Mieg comenzó una etapa brillante para la Entomología española, en la que intervienen decisivamente Graells y Pérez Arcas. El primero descubrió (1848-1849) en Pinares Llanos, bordeando San Lorenzo del Escorial, la falena *Gräellsia isabelae* GRLLS., y el segundo es fundador de la Real Sociedad Española de Historia Natural (1871), que acaba de celebrar con gran éxito su I centenario. El doctor Graells, que dedicara este extraordinario lepidóptero a doña Isabel II, logró que S.A.R. lo exhibiera orgullosamente en un baile de Palacio, montado sobre un collar de esmeraldas.

Y el “escándalo” científico causado por la *Gräellsia*, la más bella falena de Europa, fue inigualable... Decimos escándalo porque las envidias, los ataques y el movimiento hacia la Península de los principales entomólogos europeos forman parte ya importante de la historia de la Lepidopterología del siglo XIX. España había quedado introducida en el exclusivo círculo mundial de los entomólogos, con el centro de atracción en Madrid y su Sierra de Guadarrama, desfilando —o tratando de desfilan, pues muchas veces no obtuvieron autorización para cazar— los más destacados naturalistas de la época, extranjeros y españoles: Oberthür, Zapater, Rambur, Korb, Staüdinger, Zerny, Chap-



En mayo, los cardos sobresalen de los jaramagos y las praderas floridas son un buen campo de vuelo para las mariposas.

man, Bolívar, Siebold, Chretien, Dufour otra vez, en amistoso equipo con Graells y Pérez Arcas, etc.

Y como la búsqueda fundamental de *Gräellsia isabelae* GRLLS., se centraba sobre áreas cubiertas de pinares, aunque la altitud de la Casa de Campo y el Pardo ni era ni es suficiente para su supervivencia, lógicamente muchas de las cacerías de mariposas se llevaron a cabo entre el Bosque Real de sus pinos y encinas.

De coto de caza “menor” a “mínima”... Pero la Casa de Campo sigue rindiendo un gran servicio, hasta 1931 como parte del Patrimonio Real, y desde entonces como Parque defendido, cuidado y ampliado por el Ayuntamiento de la Villa. Durante todo el año puede el entomólogo investigar y cazar, sin licencias, permisos ni obstáculos, haciendo uso de cualquiera de sus legendarias puertas, siempre abiertas en señal de bienvenida.

M. R. G. B. y F. F. R.

“LAS SALEAS”

(Café en tres tiempos de una misma jornada)

Por FEDERICO ROMERO

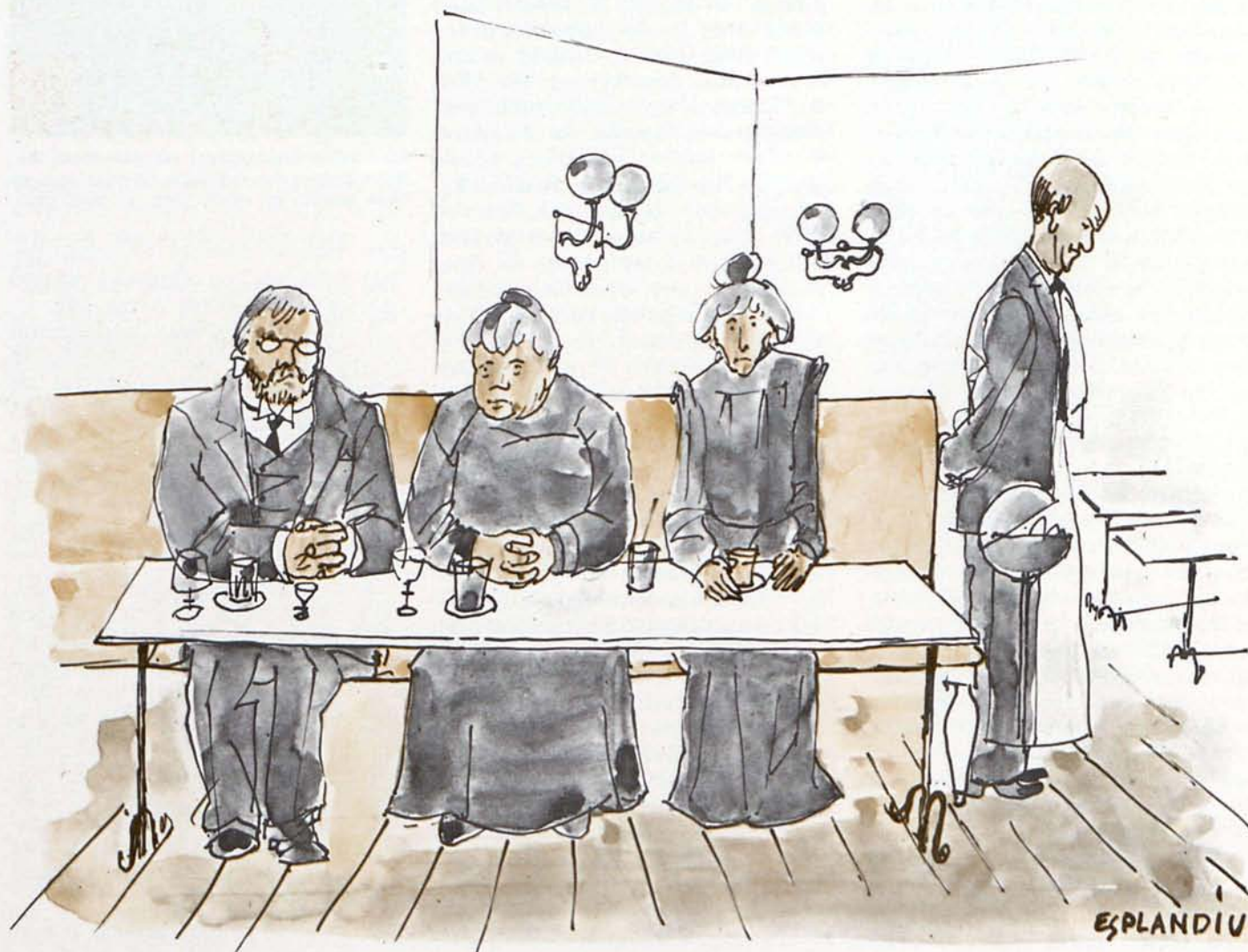
PROLOGUILLLO

“Ni quito ni pongo rey” al considerar si los cafés fueron preferibles a las cafeterías o viceversa. Ante todo, la palabra cafetería es una invención aquí retrasada y de importación. ¿Por qué al local donde el café se degustaba, le llamaron café nuestros abuelos del siglo XVIII, mientras nombraban pa-

nadería, bollería, pastelería... a los establecimientos que expenden pan, bollos, pasteles...? Palmaria incongruencia. En este negocio, la luz vino de occidente contraviniendo la ley que rige el orto y el ocaso de la luz natural.

Lo cierto es que, al adoptarse nueva denominación, que debió ser

antigua, se ha fijado una distinción necesaria entre el café primitivo, tradicional, y la cafetería moderna. El uno y la otra son signos de sus tiempos. El café era la cafetería del reposo. La cafetería es el café de la prisa. Para definir a esta última, suficientes serán cinco palabras: entrar, pedir, beber, pagar, salir.





Los cafés, de los que sobreviven escasos ejemplares, en los cuales se rinde culto a nuestros mayores y se rumia sentimentalmente su entrañable nostalgia, exigirían una historia particular en varios gruesos volúmenes. Curiosos serían sus capítulos porque muchos de ellos eran "especialistas". Así, el de San Isidro, mercadillo de los tratantes; el Varela de los bohemios impecunes y adinerados vergonzantes; el San Bernardo de los universitarios; el Colonial de las veladas post-teatrales con periodistas, cancioneras, sus mamás y sus martelos; el Levante de los especuladores de menor cuantía; el del Prado de los ateneístas y los sabios como Menéndez Pelayo y Cajal; el Español de los músicos; los de Naranjeros y El Brillante, sedes del flamenco puro; el de Lisboa con las tertulias de autores eminentes y comediantes famosos; la Granja del Henar donde pontificaban don Ramón del Valle Inclán —luego trasladado al Nuevo Levante— y don José Ortega y Gasset; el Regina de los conspira-

dores republicanos; el... No agotaré la nómina, pero tampoco omitiré los que Pérez Galdós retrató con pincel magistral, sin mencionarlos para estimular la lectura por quienes desconozcan u olviden las novelas madrileñas de don Benito y gusten del tema. Fornos y el Suizo, afamados y brillantes, podrían ser calificados cafés del "todo Madrid". De los supervivientes, quedan algunos ligeramente especialistas y unío, en verdad, significado por su especialidad, el Gijón, acrópolis cafetera de la juventud creadora de artes y letras... y de la madurez recalcitrante.

Mi crónica se refiere a uno de los viejos cafés desaparecidos que presentaba tres especialidades, según las horas del día o de la noche: el de Las Salesas. Ni los menos linces pensarán que databa del siglo XVIII y se había establecido para suministrar la infusión estimulante a las monjitas de enfrente o a los visitantes de su locutorio. Es claro que la vecindad del Palacio de Justicia y de la Casa de Canó-

nigos, también al servicio de la balanza de Themis, fueron suculentos alicientes para asentarse el café en su vecindad: plaza de las Salesas con vuelta a la calle del mismo título, llamada luego del Conde de Xiquena. Se accedía a él por la plaza y, antes de entrar, se veía un hermoso ventanal con luna, a la derecha de la puerta, y dos a la izquierda. Otro semejante hueco encristalado recibía la luz de la calle citada.

Ya dentro, el tercio de la mano diestra formaba un departamento limitado por los tres muros y el respaldo de los divanes sitos en el cuarto punto cardinal. No habrá que advertir que éstos eran de peluche granate. En los dos tercios restantes, presidido por el mostrador y la anaquelaría de licores, otro departamento, el principal, con sus divanes correspondientes de análoga tapicería; un reloj exagonal, en la pared, detrás del encargado del mostrador y, a la siniestra del importante dependiente, una puercecilla comunicante con la cocina

de donde salían, en manos de los camareros, las bandejas con las cafeteras humeantes y los demás cachivaches del servicio. Apliques de faroles abombados iluminaban el recinto por la noche y, a la luz del día o de las eléctricas bombillas, brillaban como planetas los "rodilleros" de níquel montados sobre unos soportes de distinto metal. (Si algún joven lector ignora qué era un rodillero —olvidado por la Real Academia en su acepción cafeteril— imagine una bola hueca cuya cuarta parte se abría para dar salida o entrada a las rodillas —eso sí dijo la docta corporación qué significa— con que se perdonaban, en los tableros marmóreos, las injurias del último cliente).

Adoleció el Café de Las Salesas de anemia perniciosa al liquidarse la ley del Jurado y feneció, en agosto de 1945, por la agresión invasora de tres bares que, con el mismo aliciente inspirador de aquél, se instalaron en los alrededores y manifestaron a las claras, en sus rótulos, el propósito y la orientación: "El Supremo", "La Toga", "El Birrete". Cualquiera día se abre un cuarto bar titulado "Las Puñetas", sustantivo que nunca fue académico, sino corrupción de "puñera", pero sí consagrado por el uso para designar a las prendas de encaje que adornan las bocamangas de los canónigos y los magistrados en sus funciones solemnes. "Vete a hacer puñetas", ¿no denota deseo de que un contradictor impertinente se vaya a emprender una labor más delicada y entretenida?

Para examinar las tres especialidades del Café de las Salesas, nos trasladaremos a principios de la tercera década del siglo presente.

PRIMER TIEMPO.—*La mañana.*

Gran concurrencia, los días hábiles del cómputo procesal. Un lleno rebosante. Todas las mesas ocupadas. Todos los divanes a reventar, y no es modismo metafórico porque sin duda se despeluchaban con el peso y la agitación de los sedentes. A tente tieso, los que llegaran rezagados. Gran faena de los camareros dentro del local entre el barullo y con presura. Mayor apuro de sus compañeros que servían afuera: a los magistrados, los jueces, los alguaciles, los oficiales y

los ujieres de los fronteros tribunales.

Don Antonio Machado, a este café mañanero, le llamaba "el foro de los rúbulas". Allí acudían puntualmente los abogados defensores de oficio, los auxiliares de los procuradores con sus carteras abultadas, los procesados en libertad provisional, sus parientes, los testigos citados para las vistas... Este café representaba la sala de espera, más confortable que los pasillos de juzgados y audiencias sin una calefacción idónea. Verdad que tampoco el café la tenía de leña o de carbón, pero no se desprecie que "la calefacción de vaho y trasudor" estaba acreditadísima. Un centenar de humanos radiadores, a treinta y siete grados, con el refuerzo de cincuenta cigarrillos por hora y doce o catorce puros de "a medio

real", suplían con ventaja a una buena caldera.

Todavía no hemos citado a otros concurrentes asiduos y pintorescos, personajes dignos de introducirse en la novelación picaresca. Por ejemplo: la fiadora que prestaba, con intereses de un real por duro y por mes, a los menestrales de su barrio, a los cómicos sin contrata, a los autores teatrales que de raro en raro colocaban un engendrito en los coliseos populares, a las mozas de amores intermitentes, a los pasivos de uno y otro sexo con estrecheces periódicas... Por lo común, la fiadora era una morenaza entre Pinto y Valdemoro, si Pinto significa los treinta junios y Valdemoro los cuarenta y cinco septiembres. Peinada en bandós laterales y raya enmedio, a lo Cleo de Merode, acaracoladas



patillas y moño de ensaimada en el colodrillo. Vestía aún a la sazón la famosa "falda de percal planchada", el cuerpo de paño o la blusa de batista, según el almanaque, y los zapatos de charol reglamentarios para hacer juego y, en compañía del pañuelo de espuma que la arrebuja, merecer aposentarse en el chotis del Chulapón, ya antiguo y todavía célebre.

La llamaban fiadora porque se fiaba. Los réditos y los "principales" recobrados compensaban las sumas fallidas. Se fiaba, pero si había un resquicio por donde embargarle alguna cosa a quien se declaraba en suspensión de pagos, ¡al juzgado con él! No así de cualquier manera, sino por lo criminal; "por quebrantamiento de depósito" inscrito en el pagaré e inexistente. Al café acudía antes del juicio la morenaza para tomar ímpetu con leche y azúcar. La mayoría de sus encausados ni por curiosidad se presentaba en el local, pero algunos inocentes novatos entraban a reconfortarse y más les valiera sumirse en un panteón bien embalsamado en su última pompa. ¡Qué voces, qué insultos, qué amenazas, qué tantarantanes! Cualquiera de sus víctimas habría permutado la temida sentencia de dos o tres meses de arresto mayor por quince años de presidio, con tal de no sufrir aquellos vejámenes públicos. Aunque en honor de la verdad, cada espectador más se preocupaba de su caso particular que de la escena escandalosa que, a su presencia, se desarrollaba. A los camareros del bigote de sortijilla, les parecía asistir a un sainete barriobajero por las chispeantes chulaperías de la fiadora y la actitud tragicómica del infeliz deudor. Si alguno de los servidores de la industria se hubiera metido a empresario, habría contratado a la acreedora como tiple de carácter y, al moroso, de tenor cómico.

Semejante impulso llevaba al Café de las Salesas a los "torquemadas", más éstos no insultaban a sus prestatarios. Querían persuadirles puesto que un fallo teóricamente favorable no les devolvía el "guano". Les lloriqueaban, les exponían su situación apurada, la precaria salud de sus esposas e hijos y les instaban a hacer un esfuerzillo para solventar la deuda y retirar ellos la demanda. Y alguna vez, el requerido trasladaba a la concu-

rrenia, a voces, el trance en que se hallaban las dos partes y se organizaba un guante con que reunían los cuarenta durillos del débito.

La plana mayor de los asistentes al foro, la componían los jurados de lo criminal, los testigos de la misma jurisdicción y los abogadetes y picapleitos sin escrúpulos que compraban a jurados y testigos, no más escrupulosos, por unas sumas irrisorias. Claro es que valiéndose de interpuestos componedores. "Oh tiempos, oh costumbres", que diría Cicerón redivivo.

Sin él tomar parte en nada, salvo suministrar cafés y copas a precios moderados, estas horas matutinas eran para el establecimiento una especie de cuerno de Amaltea; de cinco o seis cuernos.

SEGUNDO TIEMPO.—La tarde.

De un círculo menor del Infierno de Dante, nos trasladamos a un estado inferior del Paraíso. Desde las cinco a las ocho, era el de Las Salesas el café de los enamorados honestos.

No acostumbraban las señoritas de la época a salir de casa con los novios y sin "la guardia civil del amor": la madre, la tía carnal o la señora de compañía, contratada a bajo precio y designada con el sobrenombre de "carabina". Algunos números de esas tres clases, en el cuerpo inorgánico de tal "benemérita", se veían de tarde en tarde junto a los amorosos en libertad vigilada. Ellas, las novias, pertenecían a la "sufrida clase media" en su categoría de mediana. Hijas de las, históricamente celebradas con irónico retintín, "señoritas del pan pringao". Sus adoradores no disfrutaban tampoco una elevada posición social y, por seis reales incluyendo la propina, quedaban a la altura de un Monte-Cristo. Estos tercetos constituían la excepción. La mayoría de los amantes emparejados eran binomios de modistilla y estudiante, de menestrала y burócrata de la ínfima clase de auxiliares o temporeros, de poeta en ciernes y musa huérfana y, por maravilla, de soltera rebelde y soldado de cuota.

Rodearse el cuello o la cintura, cambiar besos furtivos —y más los descarados—, y hasta esa mínima anticipación sensual que llamamos hoy "hacer manitas" estaban pros-

critos por tácito consentimiento. ¡Qué bobitos!, ¿verdad? Ello es que se escenificaba el idilio a semejanza de los de Dafnis y Cloe antes de la aparición de la pícara Liceria. Se conversaba de boca a oído. Se sonreía sin sonoridad. La carcajada no se oyó nunca. Llegaban de la calle ecos de la rodada de un vehículo, de la parleta de unos transeúntes o del taco de un volquetero. En el recinto, sólo se oía el vuelo de las moscas, que ellas sí tenían permiso, o el hervor del agua en las cafeteras de la cocina o algún indiscreto estornudo. Escritores conscientes de aquel silencio que envolvía tantas frases tiernas, tantos requiebros musitados, se refugiaban en el café para, en aquellas horas, crear poemas, artículos periodísticos o escenas teatrales, a sabiendas de que ningún valladar se interpondría entre su mente y su cálamo.

Por aquellos años, empezaba a revalorizarse a Gustavo Adolfo Bécquer, definido en tiempos anteriores no lejanos como el poeta de las señoritas cursis y las jóvenes cloróticas, y es lo cierto que, desde entonces a hoy, Bécquer es el único del siglo pasado que sigue vigente. A pesar de que el cuadro descrito repelerá en nuestros días a una buena parte de la juventud, tengo para mí santiguada que Gustavo Adolfo se habría hallado en las tardes del Café de las Salesas como en la Gloria.

Los camareros y el hombre del mostrador no osaban romper las brumas del silencio, levemente sonoro como la superficie de un lago rozada por una suave brisa. Escrutaban el panorama visible con ojos de ternura comprensiva. Los maduros rememoraban sus horas juveniles y los casi contemporáneos de las parejas comprendían también. A esas horas vespertinas, aparecía un gato negro, oculto durante la permanencia de los concurrentes mañaneros. Miraba a un lado y otro y, con toda confianza, se atrevía a frotar con la piel de sus flancos faldas y calzones de la amorosa clientela, seguro de no recibir repulsas ni puntapiés que le tenían apartado del "foro de los rúbulas".

TIEMPO TERCERO.—La noche.

La plaza, en soledad. Las puertas del Palacio de Justicia, cerradas a piedra y lodo y, asimismo,



los centenares de ojos ventaneros de sus cuatro fachadas. La vecina parroquia, templo insigne, sin otra macilenta luz que la irradiada de una puertecilla lateral por donde se piden los auxilios espirituales de los moribundos. La Casa de Canónigos, hermética en su fachada principal. Sólo en su costado que recae a la plaza, se advierte la vigilia del Juzgado de Guardia. En su rincón inmediato, también vigilante, el Centro de los Reporteros de Sucesos con su cafetera particular a cargo de los propios consumidores. Muy de tarde en tarde, se percibe el rodaje de un simón o una manuela, según la estación del año. Y después de la media noche, en tiempo invernal, el de berlinas y landós de los elegantes abonados del teatro de la Princesa, templó del arte de María Guerrero.

En estas horas nocturnales, el Café de las Salesas se convertía en la santa capilla de la Apacibilidad.

En el gran departamento de la izquierda, la luz rebajada a lo indispensable para que el encargado no confundiese en la anaquelaría trasera el anís barato con el coñac de marca. En el otro espacio, el más íntimo y acogedor, la clientela fija, salvo ausencia o enfermedad, era la siguiente, contada por su orden desde la entrada de la calle: inmediatamente a la derecha, una corta

familia compuesta de un caballero sesudo, una señora con empaque de esposa y otra con cara de cuñada; ante la pared perpendicular al muro maestro de la fachada, un profesor ciego a quien acompañaba como lazarillo uno de sus discípulos; dos mesas más allá, una peña de federales de viejo cuño, reminiscentes de la Primera República, y algún allegadizo que, si acaso, la conoció de bebé; en el rincón de la pared del fondo con la fila de divanes cuyo espaldar limitaba los dos departamentos, la tertulia de dos altos poetas y uno o dos amigos y admiradores, nunca más de dos y casi nunca los mismos; por último, dos jóvenes autores de teatro, al decir de los camareros, de todos los cuales uno sólo servía cada noche por rigurosa alternativa del personal. Y el gato.

Retrocediendo ahora en la enumeración, el felino, tan circunspecto en las horas nocturnas como acariciador en las vespertinas y ausente en las matinales, se acomodaba sobre el eminente respaldo de un diván granate, sentado a la manera gatuna sobre sus patas traseras, erguido el cuerpo sobre las delanteras, circulando su mirada avizora y hasta pienso que enterándose de cuanto se hacía y se hablaba en el ámbito y quién sabe si filosofando en sus tácitas opiniones.

A los dos jóvenes, el personal sirviente los apelaba, al ignorar sus nombres, el "Lentes" y el "Bigotillo". Efectivamente, uno de ellos, aventajado de estatura, la nariz aquilina, el cabello peinado "a lo Amadeo", usaba anteojos de pinza semejantes a una mariposa con alas de cristal; el otro, poco menos alto, pardos ojos, buen tipo espigado, frente amplia denunciadora de una calvicie próxima en el tiempo y el breve apéndice capilar sobre el labio de que se valían los camareros para distinguir a entrambos. Con la pluma y el tintero —el recado— que el cerillero facilitaba mediante pago de diez céntimos, y en sus cuartillas propias, el "Lentes" escribía y el "Bigotillo" le miraba, si no le distraían las conversaciones de las tertulias, y escuchaba a cada rato lo escrito que el compañero le leía; quiere decirse que eran colaboradores.

El grupo del rincón descollaba por su categoría. Los aludidos poetas eran don Manuel y don Antonio Machado, nombrados así por el orden cronológico de su venida al mundo. Física, sartorial y característicamente, se diferenciaban como miembros de distinta casta. Don Manuel, alto, derecho, pulcro, airoso, alegre, sin haber acabado de eliminar un suavísimo deje andaluz, llevaba sobre los hombros la capa española con el garbo de aquel banderillero que habría querido ser y no el tal poeta, gran poeta, que fue. Don Antonio, *coranvobis impuro*, porque su seriedad no era afectada, queda sugerido que grueso, maciza testa, profundos ojos, frente procerosa, tranquilo aspecto, ademanes moderados, rotundo verbo suavizado por la pública circunstancia, en un nítido castellano de Soria... o de la Segovia ya presentida. Las perneras desplanchadas, una casaca negra, entre levita y chaqué indecisos, corbata de gordo nudo sobre la que revolaba la pajarita del cuello, ceniza en las solapas y algún borde deshilachado, más el gabán-saco deforme al salir a la plaza urgían el perdón de quienes le contemplasen porque él mismo se había confesado contritamente: "Ya conocéis mi torpe aliño indumentario."

Don Manuel hablaba con desenfado mientras don Antonio con severidad y aquél miraba a éste, a pesar de su condición de mayorazgo, como el alumno a su maestro,

como el novicio al abad, o ¿por qué no?, como el padre al hijo que le salió prudente, discreto y aplicado. Perdonadme el húmedo tropo: se le caía la baba. Y sus contertulios, rara vez interlocutores, paseaban sus miradas del uno al otro manifestando con sonrisas e inclinaciones de cabeza su aprobación a las ocurrencias de don Manuel y las graves observaciones de don Antonio.

En la tertulia de los "republicanos de toda la vida", llevaba la voz cantante un señor Vela, vetusto funcionario de Telégrafos. Barba gris partida, voz cálida y correcta en sus emisiones, terno castaño, consumidor de café dúplice o triplice. Sus amigos ofrecían un aspecto semejante y, si no fuese porque de tarde en tarde rememoraban a Pi y Margall o a sus doctrinas inmutables, nadie hubiera sabido cuáles eran sus ideas consecuentes. Más hablaban de mozas jarifas, con cierto sentido añorante, que de política, no sabemos si también añorada, si esperada triunfante o si definitivamente difunta. Observándoles y oyéndoles, fuerza era recordar a un personaje principal de un sainete de Paso y Chueca, que antes de su estreno se titulaba "Los federales" y, en definitiva, "El bateo".

*"El día que yo gobierne,
si es que llego a gobernar..."*

Aclaración dubitativa que podía anidar en el magín de aquellos se-

ñores. España debería estar segurísima de que, por ellos, la primera república habría sido la última.

Al profesor invidente, que tenía una gran presencia aristocrática, le leía su discípulo con claridad y parsimonia un libro selecto: poesía, novela, ensayo... De cuando en cuando, el maestro extendía un brazo sobre la mesa y el lector suspendía su tarea para oír los corolarios del oyente esclarecedores o contradictores y, en la velada, más tiempo se consumía con la escucha que con la leyenda. Enternecía aquella escena, repetida cada noche. El ciego profesor educía sus conocimientos con llaneza y sabiduría y, en su mente, cuanto la vista le negaba, de seguro era compensado por el goce de su vívido pensamiento.

En cuanto a las dos señoras y el caballero pagano de junto a la puerta, los tres excedían de cincuenta, poco disimulada en las féminas porque los maquillajes eran todavía monopolio de las horizontales y las entretenidas. Quien los contemplaba noche a noche retrocedía a mediados del siglo anterior, al recuerdo de aquellas familias de la clase media que cenaban a las seis de la tarde y consumían la sonochada hasta la hora del sueño en los cafés de su época y en tertulia amistosa o sencillamente familiar si las amistades no aparecían. En su cháchara, pasaban revista a los acontecimientos del día, a la conducta de la doméstica pro-

pia o vecinal, a los precios exorbitantes de la compra: cinco céntimos, un huevo; tres perrillas, dos quilos de patatas; dos perras gordas, el cuartillo de leche de vacas; si de ovejas, menos de la mitad... —¡Un escándalo!—, exclamaban, como final comentario. Sin enrojecerse el rostro, sin alzar la voz, porque en el fondo se sentían felices.

EPILOGUILLO

Sonaba en el reloj exagonal la hora de la una. Desfilaban los asistentes en grupos profiriendo un "hasta mañana" al que correspondían el camarero y el encargado. El cerillero se había marchado antes. Los servidores cambiaban su negra cazadora o el mandil del jefe por sus respectivas chaquetas privadas. Salían uno a uno despidiéndose cortesmente. El último, el hombre responsable de la caja que extinguía los puntos de luz, cerraba las hojas de la puerta y bajaba el cierre metálico.

El gato negro abandonaba su puesto de espectador, olisqueaba aquí y acullá inquiriendo si algún ratón sentía por su mal la comezón de un paseo nocturno y, ya convencido de que había veda de caza, saltaba al mostrador dispuesto a tumbarse a la bartola hasta el amanecer. Pero antes de dormirse, rasgando la tiniebla, resplandecían los dos últimos luceros de la noche cafetera en los verdes ojos del felino.

F.R.



MADRID DE ANTAÑO



Por JUAN SAMPELAYO

¿Cómo era, dónde estaban las cosas, ya Ministerios o tiendas de sedas; quiénes eran las gentes, ya senadores o tablajeros del Madrid de mediados del pasado siglo? Guarda curiosidad el ir por su plano viendo unas cosas y otras. Pero vayamos por partes de cómo era aquel Madrid en el que reina Isabel II y es Presidente del Consejo de Ministros don Ramón María Narváez, Duque de Valencia.

LA POLITICA Y SUS HOMBRES

Son siete nada más los Ministerios de entonces. Dos tan sólo continúan allí donde estuvieron cuando los regentan al de Hacienda, en su casa de la calle de Alcalá, don Manuel Seijas Lozano, y al de la Guerra en el Palacio de Buenavista el teniente general don Francisco de Paula Figueras.

Por lo demás, para resolver los asuntos de Estado, lo que hoy se entiende por Exteriores, hay que ir al Palacio Real, donde en los bajos está el Ministerio de aquel nombre, y al 14 de la calle de Torija los que tengan que resolver algo en el de Gracia y Justicia.

El de la Gobernación se encuentra en el corazón de la Villa: en la Puerta del Sol, allí donde tanto tiempo estuvo hasta su ulterior traslado al actual edificio de Amador de los Ríos.

El tri-Ministerio de Comercio, Instrucción y Obras Públicas lo regenta don Saturnino Calderón Collantes. El Ministro vive en Arenal, 12, y su departamento se encuentra situado en el Convento que fue de la Trinidad, en la calle de Atocha, número 12; total, un pequeño paseo a recorrer el de la berlina ministerial.

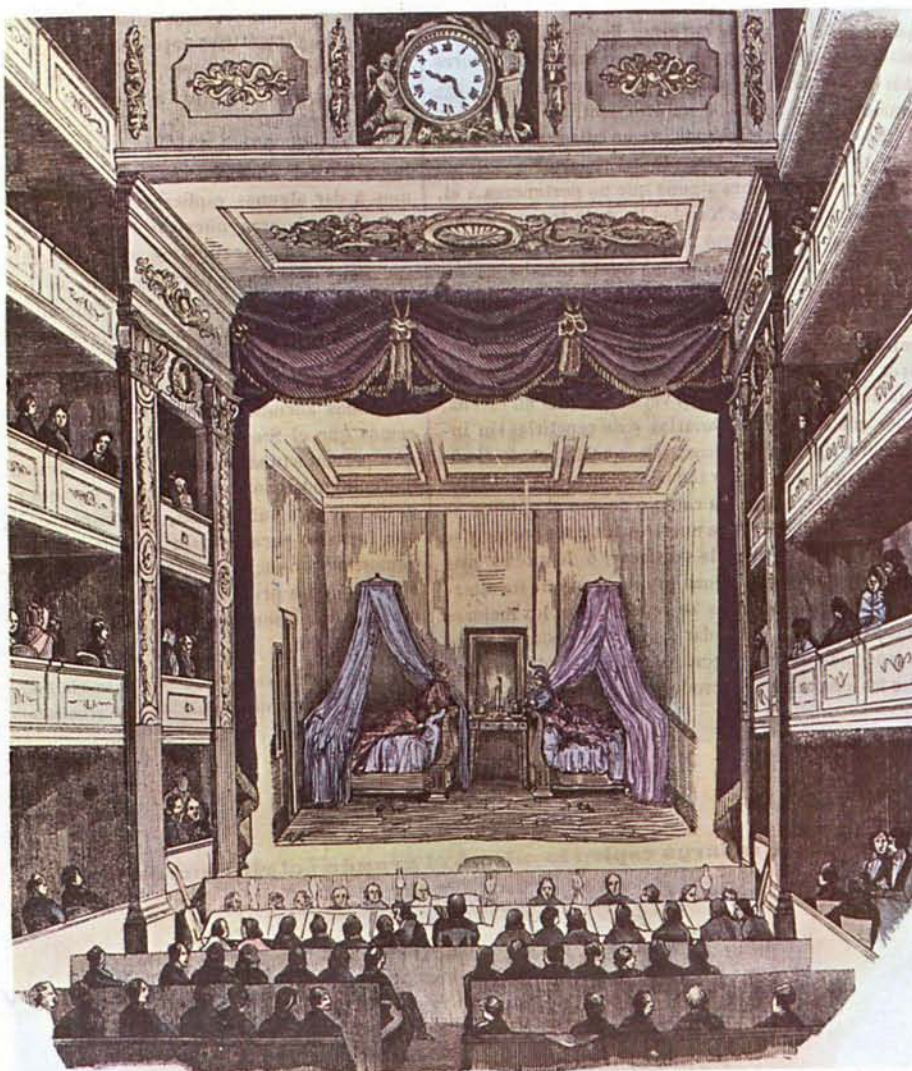
No ha variado el lugar de la Casa de la Villa; la Diputación se aloja en un ex convento, el de San Martín, en el número 1 de la calle de ese nombre, donde por cierto se encuentra también el Gobierno Superior Político.

Los magistrados y jueces tienen su casa, es decir, la Audiencia, en la Plaza de la Provincia, y el Tribunal de Comercio está en la de la Leña.

Los señores diputados tienen todos sus habitaciones en la geografía urbana. Unos en sus palacios, como el Duque de Alba, que representa Puente deume en las Cortes; otros, como don Juan Bravo Murillo, que lo hace a Fregenal, vive en Atocha, 65. Un académico que gusta de meterse a coplero ha escrito en torno a este caballero:

*"Su política no alabo,
pero nadie negará
que es el ministro más bravo
de cuantos visten el frá."*

A veces, leyendo una lista puntual de las habitaciones de los padres de la Patria, hay que preguntarse por qué don Juan Gaya vive en la Imprenta Nacional, ya que como tal podemos reputar las señas de su habitación y dado que en el callejero de este tiempo no hay ninguna que así se denomine.



Algunos señores diputados no tienen casa propia y viven en fondas. Uno de éstos, don Felipe Martínez Desvalido, que en el Congreso representa a Santa Coloma de Farnés, sabemos hasta el número de la habitación que tenía en la Fonda de Platerías. Era la número 13, lo que nos hace suponer que carecía de superstición, o bien que tuvo que conformarse por no haber otra libre.

Los hay que viven cerca del Teatro de Oriente, que era el edificio que albergaba entonces a los diputados. Unos lo hacen en la misma Puerta del Sol o la Puerta de Santo Domingo; otros, lejos, así en la Plazuela de Bilbao o en la del Angel, en el Prado o en Atocha:

*"Antes que yo te olvide,
calle de Atocha,
se secará la fuente
de la Alcachofa."*

Y así corriendo la ciudad de un lado a otro, nos encontramos con que en casi todas las calles de la

Corte, la del Lobo, la del Gato, la del Pez..., viven los diputados.

DE DIPLOMACIA

De los muy cerca de cien representantes diplomáticos hoy acreditados en Madrid, nos encontramos con que tan sólo eran 17 los del tiempo del que vamos haciendo pequeña historia. De aquellos 17, hoy ya no **figuran** en la lista editada por nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores, cuatro de ellos.

Sí, ya no hay Ministro Plenipotenciario de Cerdeña, que lo era el Conde de Montalto; ni de Dos Sicilias, el Príncipe de Carini; ni de Prusia, el Conde de **Raczvnskini**, de Toscana, que estaba representada como Cerdeña por el mencionado Conde de Montalto.

Los otros representantes son el caballero de la Orden de Malta, Conde George Esterhazy; de Austria, el Barón Aldefonso du Jardin, que tenía su residencia en la calle del Baño; el del Brasil, don José Cavalcanti; el de Chile, don José María Sesse; el de Dinamarca, Barón del Asilo, y llamado nada menos que don Olinto Emilio María.

A los Estados Pontificios los representa Monseñor Juan Brunelli, y a los Estados Unidos de América, don Daniel Barringer.

La Gran Bretaña ha enviado a Isabel II un Par del Reino Unido: Lord Howden; Méjico, a don Eduardo Gorostiza, que vive en la calle del Viento, y los Países Bajos, al Barón de Grovestins. Portugal, por su parte, al caballero de la Real Casa don José Antonio Suárez Leal, y Suecia, a don Gustavo Daniel de Lorichs.

La representación más numerosa para aquel tiempo es la de Francia, que cuenta con 12 personas, en tanto que las otras, la que más, tiene cuatro miembros. El embajador era el Barón Pablo de Bourgoing, el cual, entre otras condecoraciones y además de ser Par de Francia, tenía la Orden de la Espada de Suecia y la de la línea Ernestina de Sajonia. Vivía este señor en el número 31 de la calle de las Infantas.

DONDE VIVEN LOS LITERATOS

Es curiosa en extremo esta guía literaria urbana del Madrid del XIX; es curiosa su lectura. Hay nombres que ya no nos dicen nada y otros cuyo apellido resuena en el oído como su fama. No vamos, como es natural, a copiarla aquí entera, y máxime que ya nadie va a llevarle unos versos para que dé su opinión a doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, que vive en la calle del Carbón, número 8, ni a preguntarle su parecer a don Juan Nicasio Gallego. Domicilios hoy algunos señalados con lápidas de bronce y mármol, como el de don Ramón de Mesonero Romanos, en la Plazuela de Bilbao, número 13. Don Francisco Martínez de la Rosa no tiene en esta lista su casa de Madrid, pero se advierte para el que quiera escribirle que

debe hacerlo a la Embajada de España cerca de los el Teatro Real, el Teatro Español, el de la Comedia,

Estados Pontificios; en cambio, sí figura el de don Ventura de la Vega.

En la lista literaria hay muchas gentes, muchas gentes, algunas de las cuales no figuran para nada en las historias literarias o en los diccionarios biográficos; así, entre otros, don Rafael María Balzac. Tenía este caballero, que no sabemos si guardaba parentesco o no con el famoso don Honorato, su domicilio en la calle de los Abades, número 4.

Alcalá Galiano vive en la calle del Barco; don Modesto Lafuente, el historiador, en la de la Puebla, número 4; el Marqués de Molins, que era por entonces Ministro de Marina, en el número 2 de la calle de Fuencarral, donde en la acera de enfrente, en el 27, lo hacía don Ramón de Navarrete.

Lista grande y chica de literatos con fama que perdura, como la del Duque de Rivas, que tenía su palacio en la Plazuela de la Concepción Gerónima, y de otros que aquélla pasó, la fama se entiende, sin dejar rastro.

LA SUERTE Y EL DINERO

La Lotería es cosa que ya entretiene y enloquece a los madrileños de entonces. No sabemos, eso habría que consultárselo al maestro de estos temas, me refiero a Pepe Altabella, si había vendedoras más o menos bonitas o vendedores por el Prado o por la calle de Alcalá, pero sí sabemos que había establecimientos de Lotería por muchos sitios de esta ciudad nuestra.

Nos encontrábamos Administraciones en la calle de Atocha: tres había en ella; en la Carrera de San Jerónimo, dos; en la calle de Platerías, una, y otras en la Red de San Luis, en la Plazuela de la Cebada, en la calle del Olvido, en la calle del Arenal, en la de la Luna, en la de Preciados, en la del Desengaño y en otras muy céntricas de la Corte. Contándolas una a una, suman 19. Lo que no se nos dice es cuál era la que daba la suerte, cuál era aquella que más visitaban los madrileños de entonces en la creencia de que allí iba a estar el "gordo".

La Lotería era, y sigue siendo, el dinero. Pero el dinero lo son también los Bancos. ¿Y dónde están los Bancos de nuestro Madrid del 1850? Pues el Banco Español de San Fernando, en la calle de Atocha, número 5, y el de Isabel II, en el mismo local. El de Fomento y de Ultramar, en la calle de Alcalá, y el Agrícola Peninsular, en la de la Montera, número 17. Luego están varias Compañías Generales de Seguros, como la Tutelar, la Compañía General del Iris y la "Amiga de la Juventud".

Todas ellas admiten suscripciones para la creación en caso de supervivencia de capitales, y naturalmente contra explosiones del gas para alumbrado.

LOS TEATROS Y SUS PRECIOS

De teatros anda regular la Villa y Corte. Tenemos

llamado también Instituto Español, el del Drama y el de Variedades.

Gran cuerpo de baile tenía el del Real. Los apellidos españoles, italianos y franceses se encuentran ya entre los cantantes, las bailarinas y los señores de la orquesta. Contaba este teatro con 468 butacas, siendo el precio de 20 reales el de cada una, en el caso de que fuera por abono, y de 24 por función.

Los palcos-proscenios eran 8, a 120 reales; los bajos, algo más baratos, 100 reales nada menos, y en los por asientos, en la primera fila, 16 reales.

Lo más barato de todo era, como es natural, el «paraíso». Dentro de éste había sus categorías, que iban del antepecho al centro, o si se quiere, en lenguaje monetario, de los 10 realitos a los 4 reales.

Cuarenta y cuatro profesores de orquesta tenía el Teatro Español y las horas de despacho de localidades eran de doce a cuatro de la tarde y de ocho a doce de la noche. La verdad es que uno piensa en lo raro de semejante horario.

Larga lista de actores y de actrices, que encabezaba la de los caballeros el gran Carlos Latorre, y de las damas, las famosas Bárbara y Teodora Lamadrid.

Teatro de la Comedia, donde las butacas valen 12 reales, y de Variedades, donde es director del baile nacional, don Antonio Ruiz, que suponemos nada tiene que ver con el bailarín famoso de este nombre, triunfador en estos días. Directores de orquesta de este teatro eran nada más y nada menos que don Joaquín Gaztambide y don Francisco Asenjo Barbieri.

Los precios estaban poco más o menos al nivel de los restantes coliseos, ya que los palcos principales valen 40 reales, 12 las butacas y 4 tan sólo la entrada general.

El «paraíso» más extenso de todos era el del Teatro Real. En él podían entrar hasta 788 personas, lo cual hacía decir a algunos bromistas de la época que nunca en el otro paraíso de más arriba se habían visto tantas.

LAS TIENDAS

Ante todo he de pedir perdón a la memoria de Carlos Frontaura, que escribió un delicioso libro sobre éstas, al utilizar para mi titulillo el nombre de aquel volumen hoy difícil de encontrar.



Algunas eran muy numerosas, ya las de sedas y cintas; en cambio, nos encontramos con dos únicos polvoristas. Las primeras andaban por el centro de la capital y muy especialmente en la calle de Carretas, en la de Esparteros, en la de Atocha y en la de la Montera. En la de Esparteros, en el número 4, se abrían dos establecimientos del género; en el 1, otro más; otro en el 6, y en el 22, otro, así como en los números 10 y 20. Las señoras de aquellos días, cuando se empeñaban en buscar una seda o una cinta, no tenían en verdad que hacer grandes distancias.

Si éstos andaban por el centro, en cambio los polvoristas lo hacían por las afueras, lo que entonces eran las afueras, y así nos encontramos que uno vive en la Puerta de Alcalá y otro en Chamberí.

Los caldereros son muchos, y tampoco son menos los que tienen Lonjas de chocolate. Respecto a aquéllos, vale la pena copiar de un pliego suelto estas coplas a ellos dedicadas:

*"Con los caldereros nadie
se va a meter en fiestas,
pues la sartén por el mango
tienen en cualquier pendencia."*



Los chalanos de caballos eran numerosísimos, y no menos los tratantes de carbón, entre los cuales figura don Manuel Fauco, que tenía su establecimiento en el número 2 de la calle de Cervantes, la casa donde hoy una lápida atestigua que tuvo por inquilino nada menos a don Miguel de Cervantes.

Hay tiendas y oficios en las páginas de nuestro Repertorio General que son mismamente de hoy; ya los confiteros; hay también tiendas especializadas, y hay los Gabinetes de Lectura, hoy sustituidos por esas modestas tiendecillas dedicadas en particular al alquiler de novelas de amores o de gansters.

El Gabinete de Lectura más acreditado era el de don Casimiro Monier, en la casa de la Fontana de Oro, en la Carrera de San Jerónimo, número 10. La misma "tiene surtido el gabinete de todos los periódicos políticos, artísticos y literarios de Madrid y de provincias, y de los principales del extranjero; gran colección de obras en diversos idiomas para lectura en casa".

Son bastantes las tiendas de juguetes. Una de ellas estaba en la calle de Carretas, número 3, donde luego, mucho más tarde, estuvo un famoso bazar que ha llegado hasta casi los días presentes.

Y terminaremos este apartado apuntando que eran 300 las tabernas existentes en la ciudad y 42 las li-

brerías. Una de ellas, bien que variada de sitio, continúa hoy en el comercio de tan cultural mercancía. Era la de don Carlos Bailly Bailliere. Librería extranjera en correspondencia muy activa con las principales ciudades de Europa y situada en la calle del Príncipe, número 11.

También las librerías se encuentran de preferencia, con las tiendas de sedas a que antes nos referíamos, en el cogollo de Madrid, que forman las calles de Carretas, del Príncipe y de Preciados. En particular, en la primera de las citadas puede decirse que una puerta sí y otra no está dedicada a la venta de libros.

Y hagamos una pausa en lo de ir de tiendas, que siempre fue agradable ocupación para echar una ojeada en torno a la gente principal que vive en la ciudad.

GENTE PRINCIPAL

Más de 70 páginas se dedican en nuestro Repertorio General a apuntar minuciosamente los nombres y domicilios de los grandes de España y principales habitantes de la Villa y Corte de Madrid.

El «todo Madrid» y todo Madrid, podemos decir, que figura en la lista, con expresión de todos sus títulos y preeminencias. Así, el Duque de Abrantes, al que se dedican muchas líneas, y doña Rufina Acebedo, propietaria, bien que no se diga de qué; y don Pantaleón Ondovilla, oficial auxiliar del Ministerio de Gra-

cia y Justicia; y la Duquesa de San Carlos, dama de la Reina; y don Angel de la Vega, que era administrador de don Higinio Martínez. En fin, una lista demasiado larga para transcribirla. Queden, como curiosidad de la misma, esos pocos nombres que hemos anotado.

TRANSPORTE Y CORREOS

Naturalmente, no hay ni metro, ni autobús de la E.M.T., ni microbuses de Trainco, ni utilitarios o grandes automóviles.

Había, sí, coches de caballos. Y había, naturalmente, una tarifa de los precios que podrían exigir los dueños de carruajes a los que ocupen los mismos para el servicio interior de la población.

Había carruajes con un caballo y otros con dos, éstos con cuatro asientos. Los precios variaban, naturalmente. La carrera de día era de cuatro reales, desde el anochecer hasta las doce de seis, y desde las doce en adelante de diez, con lo cual nadie debe extrañarse de que el autobús nocturno suba de precio.

En las afueras se podía cobrar dos reales más. Los límites de las afueras eran los siguientes: en el Cuartel Norte, desde el paseo de la derecha del Puente de Segovia, margen del río, a San Antonio de la Florida, Cuesta de Areneros, Paseo de San Bernardino a los Campos Santos, y en la misma línea por la Puerta de Bilbao a Chamberí, caminos que conducen a la Fuente Castellana y desde ésta a la plaza de toros por el Paseo de Ronda hasta la Puerta de Alcalá; en el Cuartel Sur, desde el Parador de Muñoz, continuando la línea al Paseo de la Ronda de las tapias del Retiro al Embarcadero por el Camino de las Yeserías al Puente de Toledo, Camino del Escorial hasta tocar otra vez con el Puente de Segovia.

Los cocheros debían tratar a todos con urbanidad y decoro, y se les prevenía que dejen frente a las casas que se hallen los puntos de parada el suficiente espacio de un coche a otro para que puedan pasar desahogadamente dos personas.

Acabamos de hablar de los puntos. He aquí los que

había para los coches de plaza en el Madrid que andamos recorriendo: Puerta del Sol, las calles de Carretas, de Alcalá, Fuencarral y Ancha de San Bernardo; la Plaza Mayor, las plazuelas de Santa Ana, de la Villa, del Rey, de Isabel II, de las Descalzas, de la Cebada, de Antón Martín y de Matute.

Los que se consideraran agraviados por el comportamiento de los cocheros podían acudir con sus quejas, ya a los guardias municipales o si no al Alcalde Corregidor, que era a la sazón el Marqués de Santa Cruz.

CALLES QUE FUERON

Es difícil ir trayendo a estas páginas el callejero del Madrid de 1850, pues vendríamos a convertir esta crónica en un segundo callejero. Así, pues, y como curiosidad, apuntemos aquí tan sólo algunas de las calles que fueron y que ya no son.

Entre otras, la del Ataúd o del Azotado, hoy Travesía de los Trujillos, la primera, y del Cordón la segunda. Otra más, la del Burro, en la actualidad la muy transitada calle de la Colegiata.

Desapareció la de Cofreros y del barrio del Barquillo, la de la Emperatriz, bien que hoy en Carabanchel Alto, que ya es Madrid, nos encontremos, aunque un poco abandonada, con otra calle de la Emperatriz, pero ésta es otra Emperatriz que fue famosa vecina carabanchelera: la Emperatriz Eugenia.

Otras calles desaparecidas son la del Fuego, la de la Pingarrona, la del Tío Esteban, la de la Yedra...

Calles y cosas desaparecidas de las cuales ya no queda ni siguiera la nostalgia de su existencia, y si tan sólo la curiosidad de que nos ofrecen las páginas de este Repertorio, en donde también hay varias páginas dedicadas a los periódicos de la Corte, entre los cuales, sean éstas nuestras últimas anotaciones, «La Revista Enciclopédica», «La Gaceta del Pensamiento Musical» y «La Linterna Mágica», periódico risueño en prosa y verso. Y esto, algo risueño con versos y prosas, es lo que hemos querido ofrecer en estas páginas.

J. S.

MADRID, CON EL CAUDILLO

Con motivo del aniversario de la liberación de Madrid, el Caudillo recibió en audiencia especial a una comisión del Excmo. Ayuntamiento, presidida por su alcalde Sr. Arias Navarro.

Señor:

Una vez más nos habéis dispensado el alto honor de recibirnos y aceptar la respetuosa salutación que, en nombre de esta Corporación Municipal, tengo la satisfacción de ofrecer. Os traemos renovados y acrecentados sentimientos de gratitud, devoción, amor y lealtad de nuestro pueblo que no olvida que, al ser liberado por el Caudillo Franco, pudo vivir de nuevo las alegrías, el esplendor y la esperanza de la Primavera en aquella jubilosa mañana de marzo de 1939. Madrid no puede ni quiere olvidar aquella histórica jornada ni olvidará jamás los tres largos

años de angustiosas penalidades, que precedieron a la Liberación. Como avisado y despierto por natural condición, este pueblo intuye la conveniencia de tener siempre presentes los aleccionadores sucesos, trágicos o venturosos, de la Historia, y responder negativamente a las voces que le invitan al olvido. Ha conocido las funestas consecuencias de la desunión, del permanente enfrentamiento, de la violencia y la algarada, del libertinaje de unos pocos con la pérdida absoluta de la libertad de los demás. Ha experimentado también los efectos siempre positivos de la paz ciudadana, del orden, del buen gobierno, del hermanado esfuerzo en la tarea común. Sabe lo que significó vivir y morir en la capital de un país dividido por una guerra entre hermanos y valorar justamente el hecho de ser ciudada-

no de la capital de una Nación que, unida y en paz, trabaja y progresa.

Por todo esto podemos afirmar que en pocas ocasiones hemos sentido los madrileños tan hondamente el honor y satisfacción de la capitalidad de Madrid como en la histórica mañana del 1.º de octubre de 1971, en la que España se hizo presente en torno al Palacio Real para testimoniaros su fervorosa adhesión y recordar ante el mundo aquel otro primero de octubre en que fuisteis exaltado a la Jefatura Suprema de la Nación española. Hombres llegados de todos los rincones de la Patria; veteranos orgullosos de haber sido mandados por el Caudillo en la Cruzada, y jóvenes que nacieron y crecieron en estos largos años de ancha paz; veteranos y muchachos, hombres y mujeres, unidos en un común anhelo de paz, con justicia y





El alcalde de Madrid, señor Arias Navarro, saluda al Caudillo en presencia del ministro de la Gobernación, señor García Goni, y del primer teniente de alcalde, señor Suevos.

libertad, españoles de toda condición social os gritaron su limpia lealtad en esa Plaza testigo de tantas lealtades. Os dijeron gracias como un año antes y en la misma plaza os había dicho el pueblo madrileño.

Os debe nuestra Villa el inestimable bien de la Liberación; os debe el que hayais hecho de ella la digna capital de España; os debe las líneas directrices de su grandeza y progreso actuales y futuros; os debe esa permanente y cuidadosa tutela que sobre ella venís ejerciendo desde hace más de seis lustros; os debe la exigente atención con que cada año escucháis el relato que de la gestión municipal os hace su Alcalde. Se ha dicho en alguna publicación que este anual discurso del Alcalde de Madrid ante el Jefe del Estado es como un parte de la Paz que Madrid os ofrece cada año en respuesta de aquel otro de trascendencia histórica, que vos firmásteis en la Primavera de 1939 y que nos aseguró larga y fructífera etapa de trabajo. Ciertamente nuestros partes no han sido ejemplos de militar laconismo, acaso porque las palabras abundan cuando las realidades son menos numerosas e importantes. De ahí nuestro propósito de brevedad en la relación de la gestión municipal y del avance de la Villa a lo largo de este año.

Sin duda, el más importante acontecimiento de 1971 para el urbanismo madrileño y para el consecuente progreso de la Villa, ha sido la decisión del Gobierno, a instancia del Ministro de Obras Públicas, de la rápida puesta a punto de la Avenida de la Paz, importantísima arteria que en gran parte resolverá el gravísimo problema circulatorio de Madrid. Queremos reiterar ante S. E. nuestra gratitud al Gobierno por la comprensión y largueza con que acogieron nuestra preocupación y expresar nuestra seguridad de que la obra será terminada en el tiempo previsto.

Para esta Corporación Municipal que me honro en presidir, tiene muy singular significación el Plan Urgente aprobado en la última Sesión del Pleno y que importa cinco mil setecientos quince millones de pesetas. Se trata del primer plan que, de acuerdo con las previsiones de la Ley Especial de Madrid, responde a una programada ejecución en el tiempo. Hasta ahora, la Corporación

Municipal se había visto obligada a dar respuestas urgentes a las inabundantes exigencias de una ciudad en explosivo crecimiento. Ni la red viaria, ni los servicios, ni las instalaciones escolares y sanitarias ni las disponibilidades de espacios verdes podían ser suficientes para las necesidades de una ciudad que a los problemas de la masiva inmigración, añadía la creciente demanda de servicios de una sociedad que había accedido en muy escaso tiempo a un mayor nivel de vida. La anexión de los municipios circundantes había supuesto también la asunción de nuevos problemas a los que había que dar inmediata solución. Fue preciso desarrollar un continuado y diligente esfuerzo para ir poniendo la ciudad a tono con las inexcusables exigencias de la moderna vida ciudadana.

Estamos seguros de que la realización de este Plan urgente representará la puesta al día de la Villa en algunos aspectos importantes. Se terminará la serie programada de pasos a distinto nivel, se mejorarán no pocas calles y se urbanizarán barrios periféricos; podremos disponer de los nuevos Mercados Centrales; se realizará el llamado plan de urgencia escolar con la construcción de cincuenta mil puestos que, con los aportados por el Plan en ejecución, sumarán ciento setenta mil nuevos puestos escolares, cifra que jamás ha sido igualada en ninguna ciudad del mundo. La continuada y ejemplar colaboración entre el Ministerio de Educación y Ciencia y el Ayuntamiento de Madrid, ofrece este alentador resultado. No sólo se dará solución a un viejo problema de la Villa, que ya en los años veinte sufría la falta de ochenta y cinco mil puestos escolares, sino que se han previsto las necesidades del crecimiento demográfico y se han erigido grupos escolares que a su magnífica construcción y sentido de la modernidad didáctica unen una magnífica ubicación. Precisamente aquí se evidencia el interés desmedido del Ayuntamiento por la población escolar, ya que no ha sido fácil el disponer de ese millón de metros cuadrados que suman las superficies dedicadas a los grupos escolares, cifra que curiosamente coincide con la empleada hasta la fecha en los nuevos parques públicos creados en estos últimos años y que tienen a los niños como principales destinatarios.

Lejos está de nuestro ánimo el recoger estos hechos con un tono triunfalista, ya que no se ha hecho otra cosa que luchar, acaso con más denuedo que acierto, frente a unas circunstancias poco propicias para la meditada programación. Este Plan Urgente puede servir como puente para iniciar un segundo gran proceso de actuación municipal en el que serán atendidas graves demandas de la problemática de este Gran Madrid cuyo ritmo de crecimiento parece imparable. Nada puede tener de extraño nuestra reiterada preocupación por la descongestión de la ciudad que de ninguna manera entendemos como un poner puertas al campo para evitar la emigración. Madrid ha prestado un sacrificado servicio a las provincias campesinas al acoger su exceso de población. Madrid no quiere negarse a continuar prestando tan hermoso servicio. Pide únicamente ayuda para resolver los problemas que por su solo esfuerzo no puede afrontar. Por esta misma razón tampoco puede parecer extraño el creciente interés con que nuestro Ayuntamiento aguarda la promulgación de la Ley contra la Contaminación Ambiental. Pionero en la creación de este servicio en España, cuando no disponíamos de experiencias próximas en las que apoyarnos; primer municipio que contó con una Ordenanza especial contra la contaminación, fue también el primero en pedir al Gobierno disposiciones de mayor rango con las que hacer frente a ese problema universalmente preocupante.

Quiero ser fiel al propósito de brevedad; por lo que he de renunciar a la enumeración de las realizaciones que en el pasado año tuvieron efecto en la Villa-capital.

Palabras de esperanza cierran nuestra salutación. Esperanza de Madrid en vuestro valimiento y asistencia; esperanza de que su Corporación Municipal pueda venir aquí muchos años y ser oída por el Caudillo y estimulada con el consejo siempre seguro de quien ha sido el más firme promotor de Madrid a lo largo de toda su historia.

El Caudillo expresó, en breves palabras, su gratitud por la adhesión de la Corporación Municipal y el pueblo madrileño y exhortó a los miembros del Ayuntamiento a trabajar sin descanso por el engrandecimiento de Madrid.

PLAN DE ORDENACION DEL SECTOR DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

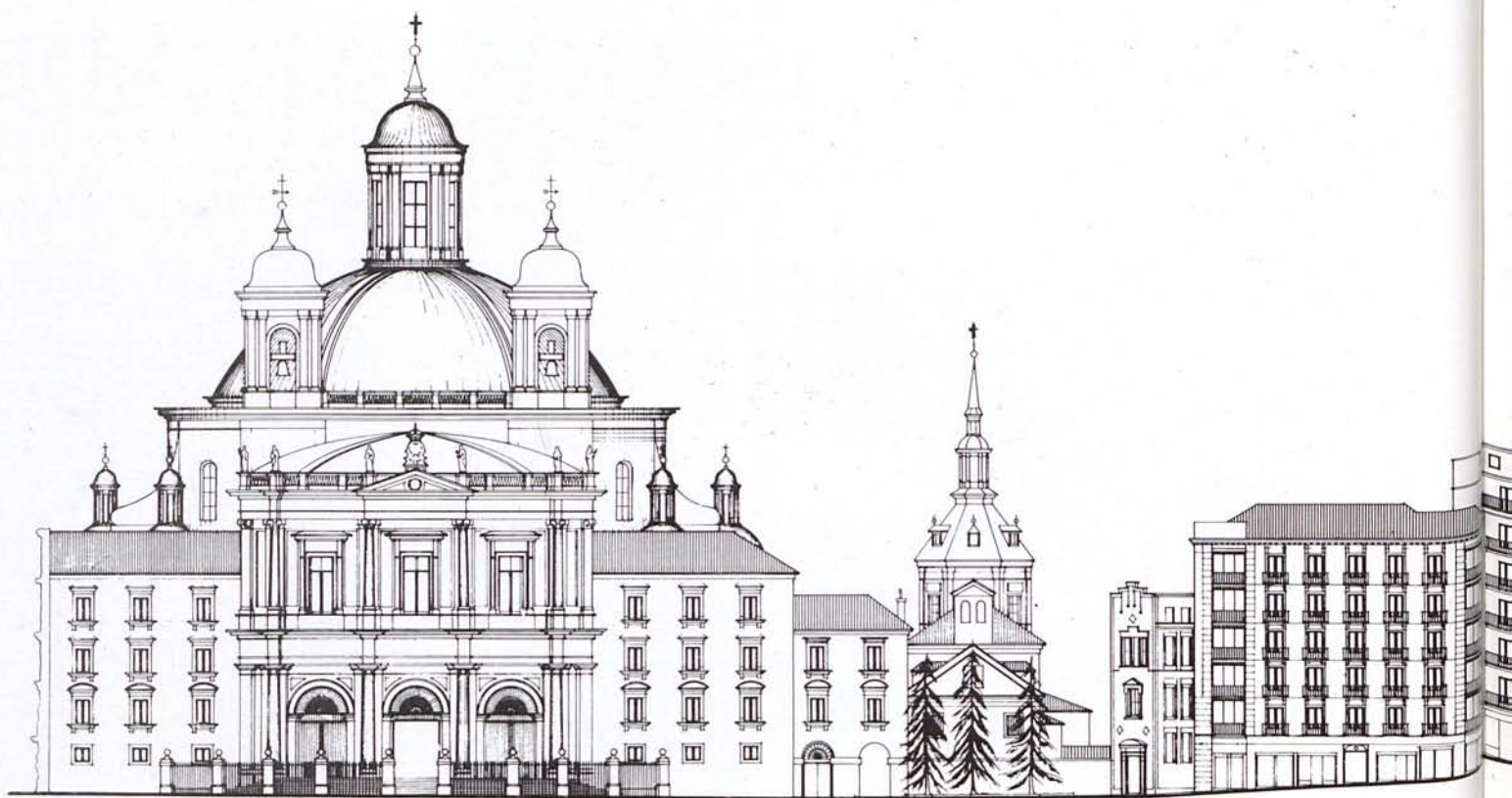
Por MARIO GONZALEZ MOLINA



Siluetas de San Francisco el Grande. Sobre el conjunto de cupulillas y torres domina la gran cúpula que, según dicen, es la más grandona de toda la Cristiandad, después de San Pedro, de Roma.

Madrid en su fachada más representativa, es decir, en la cornisa Noroeste, no presenta una silueta definida por ninguna torre, como ocurre en Sevilla, Burgos, Valencia, y tantas otras ciudades, sino por la mole amplia, cómoda

y acogedora de la cúpula de San Francisco el Grande. Esta silueta, que destaca junto a la línea horizontal del Palacio Real, ya figura casi obsesivamente en el fondo de muchos cuadros de Goya, lo que indica que desde su construc-



P.L.A. 1880 SAN FRANCISCO.

Alzado del templo de San Francisco El Grande.

ción este templo y su cúpula se posesionaron de la estampa más conocida de Madrid. Madrid, hasta el momento actual en que está padeciendo el sarampión de los rascacielos, es una ciudad en la que dominan los espacios horizontales, las líneas suaves. Tiene torres, algunas bien gallardas, pero todas ceden ante la cúpula de San Francisco el Grande.

Este famoso templo, llamado por el Papa Juan XXIII "gloria de Madrid", viene a ser la catedral popular y aristocrática de nuestra Villa. Aquí se celebran las ceremonias oficiales de más pompa y solemnidad. Las populares calles aledañas como la de

Bailén, Redondilla, Calatrava, Paloma, contemplan con gran frecuencia los brillantes cortejos de ministros, embajadores, generales y los desfiles militares que vienen a ser como el postre festivo y popular de todas estas ceremonias. Aquí también tiene su sede y celebra sus tomas de hábitos la orden de Caballeros del Santo Sepulcro. Por algo esta iglesia está vinculada a la Obra Pía de los Santos Lugares.

El actual y grandioso templo, como es sabido, se alza en el mismo lugar donde estuvo hasta el siglo XIII, en que amenazaba ruína, la antigua iglesia gótica que sucedió a la ermita que fue cedida al propio San Francisco de Asís en persona cuando se dio una vuelta por Madrid después de peregrinar a Compostela. ¿Qué tendría ya nuestra Villa en el si-

glo XIII para que San Francisco no quisiera volver a su Umbría natal sin haber contemplado su cielo azul? Según el padre Esteban Ibáñez, en el dintel de la llamada Puerta de Carros, hubo hasta hace poco tiempo una lápida que decía así: «Por el año 1214 llegó nuestro Padre San Francisco a esta villa de Madrid, la que le cedió la ermita para que fundase un convento». Desde entonces Madrid ha profesado una gran devoción hacia el Santo de Asís.

Por decisión popular esta iglesia, cuyo título oficial es el de Nuestra Señora de los Angeles, ha tomado su nombre, además, le ha dedicado la plaza frontera, la carrera que llega frente al templo desde la plaza de la Cebada y la Gran Vía, que une esta iglesia y la Puerta de Toledo. No puede quejarse el Santo del callejero de la



C/ DE D. PEDRO

C/ DE VENERABLE

Villa ni de la devoción de los madrileños.

San Francisco el Grande, además de un grandioso monumento coronado por una de las cúpulas más atrevidas de toda la Cristiandad, es un auténtico museo, síntesis de todas las artes de los siglos XVIII, XIX y XX. Sin embargo, los alrededores del templo no están a la altura de su importancia. En su parte sur tenemos un amplio solar, consecuencia de la demolición de un antiguo claustro. No le valió el haber sido obra de Francisco Sabatini para ser demolido cuando ninguna necesidad había de ello. En consecuencia, además del solar inhóspito, la medianería de la iglesia quedó al descubierto y aún pueden verse los arranques de las antiguas bóvedas y pilastras. El aspecto del solar y de la media-

nería no puede ser más lamentable. Aquí florece el cardo y es palenque de las correrías de los chicos del barrio.

PLAN PARCIAL DE ORDENACION DEL SECTOR DE SAN FRANCISCO EL GRANDE.

Para dignificar estos alrededores, la Gerencia Municipal de Urbanismo redactó un plan de ordenación que ya fue aprobado por el Ayuntamiento Pleno y espera su sanción del Area Metropolitana. Abarca un polígono delimitado por las siguientes vías. Puerta de Toledo, calles de Toledo, Calatrava, San Isidro, Don Pedro, cuesta de Javalquinto, paseo Imperial, calles y travesías de Gil Imón y Puerta de Toledo, otra vez.

El templo de San Francisco el Grande juega el papel de centro de gravedad de la zona, tanto por su importancia monumental como por su función urbanística e interés visual. Cerca de esta iglesia, en su parte sur hay otro edificio de gran interés: el Hospital de la Venerable Orden Tercera, para cuya puesta en valor se está redactando el correspondiente proyecto.

Al otro lado de San Francisco el grande tenemos la pequeña capilla del Cristo de Los Dolores, llamada popularmente «San Francisquín», perfecto ejemplar del barroco madrileño, que ha sido declarado recientemente monumento artístico y que ha sufrido unas reformas muy poco afortunadas. En la misma dirección, asomado a las Vistillas, tenemos el Seminario, nuestra señalada de



Vista parcial del solar contiguo a San Francisco el Grande. En su parte sur, puede apreciarse el lamentable estado en que se encuentra la medianería, así como los cardos y abrojos que ocupan el solar sin nada que impida su visión desde la calle.

las construcciones de ladrillo típicas del siglo XIX.

En el extremo sur del polígono se alza la Puerta de Toledo con su gran plaza circular llamada a transformarse en una espléndida encrucijada de estos barrios madrileños, hasta ahora abandonados a su suerte y que, por fortu-

na, están siendo objeto de la atención municipal.

Otro edificio importante es la Iglesia de la Paloma, con sus dos torres de estilo entre neomudéjar y neogótico. Todos estos inmuebles son invariantes fundamentales sobre los que se polariza la ordenación.

Dice la memoria que «todo este conjunto forma parte de la llamada cornisa de Madrid, que se extiende a lo largo del margen oeste de la ciudad. Objetivo primordial de este proyecto es salvaguardar la integridad —al menos parcial— de esta cornisa, tan desvirtuada en otras partes por la erección de inadecuados edificios en altura».

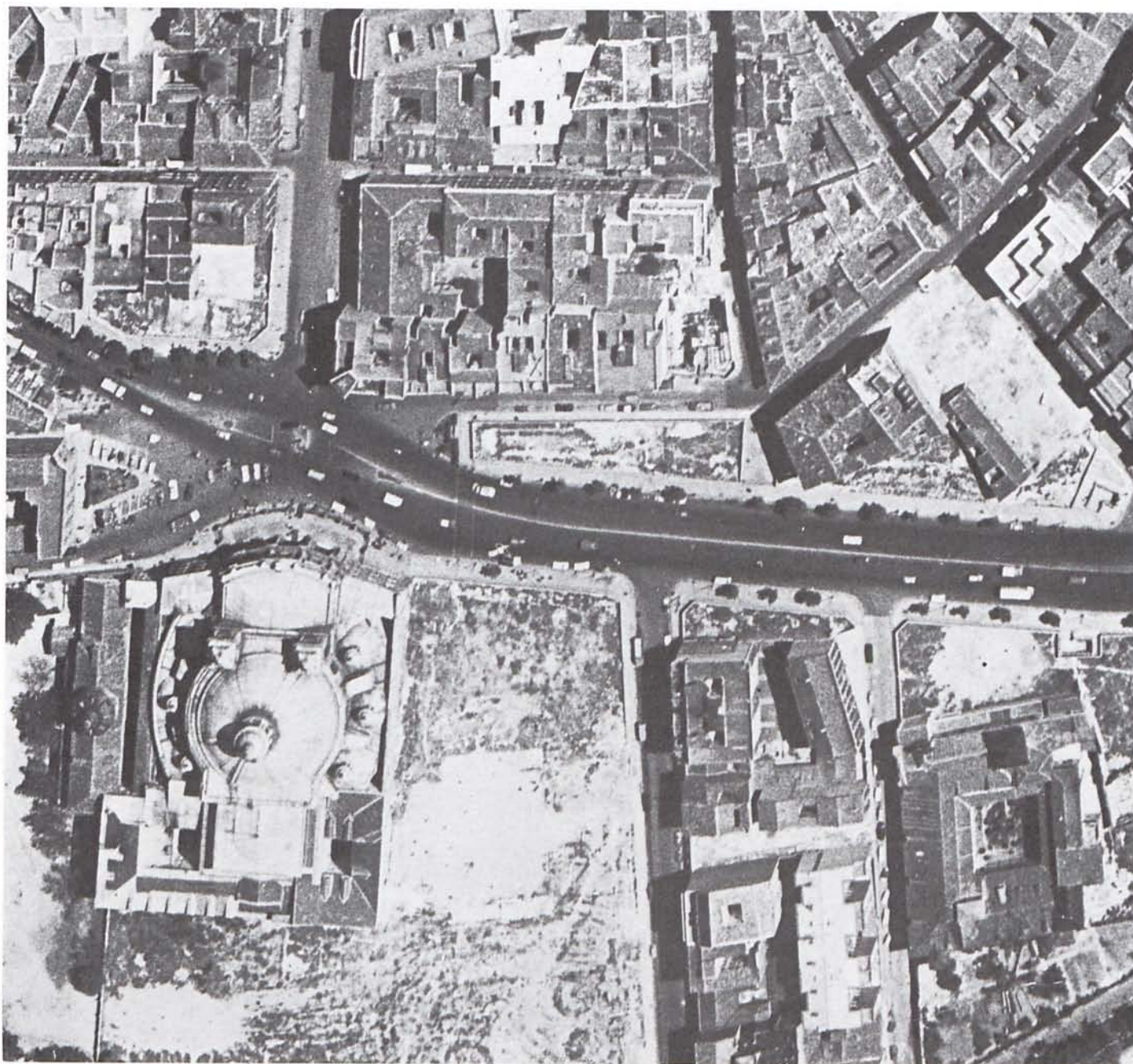
Al acometer esta ordenación del sector de San Francisco el Grande se presentaron dos alternativas: reproducir, en parte, el primitivo cuerpo de edificio —el de Sabatini— que estaba adosado a la parte sur del templo o en presentar éste exento, previa reconstrucción de las medianerías dañadas. En el primer caso se presentaban grandes dificultades y el riesgo de caer en el «pastiche». Se ha elegido la segunda alternativa.

FINES DEL PROYECTO

El plan redactado persigue los siguientes objetivos: revalorización máxima de los edificios monumentales; creación de nuevas zonas verdes de uso público; disponer las nuevas edificaciones con volúmenes subordinados a los edificios monumentales; adaptación de la red viaria para el mejor cumplimiento de los objetivos antes enumerados.

Una de las características del templo de San Francisco el Grande es su situación sobre el pronunciado talud que da sobre la Ronda de Segovia. Aquí se ha previsto una orla circular de edificación escalonada sobre el talud con lo que se consigue la liberación de una zona verde de uso público en el sitio más idóneo, y la máxima revaloración del templo de San Francisco el Grande. Al estar proyectado que la edificación escalonada se levante solamente una planta sobre el nivel de la zona verde que habrá de rodear a San Francisco el Grande, se obtiene un magnífico mirador sobre la Casa de Campo y la Sierra del Guadarrama y sobre la populosa barriada del Paseo de Extremadura.

Aparte de todo esto, la edificación escalonada propuesta constituye un interesante problema arquitectónico, que si se resuelve correctamente puede proporcionar al templo de San Francisco



En esta fotografía aérea vemos el templo de San Francisco el Grande casi rodeado por un solar. A su izquierda el Hospital de la Orden Tercera. Adosado a la derecha, la capilla del Cristo de los Dolores. Con el plan de ordenación se pretende poner en valor el templo y su entorno.

el Grande y su entorno una gran categoría urbanística.

El gran espacio abierto frente a la Iglesia de la Paloma, que lleva el nombre de plaza de Cándido Lara, se abre de forma clara a la Gran Vía de San Francisco, con lo que se pone en valor y gana perspectiva la Iglesia de la Paloma, se crea una zona verde de uso exclusivamente peatonal, situada a tres metros de altura

sobre el nivel de la Gran vía citada, con la que queda unida por medio de gradas, y se dispone una amplia zona de aparcamiento de superficie.

Otra reforma de gran importancia es la que se llevará a cabo en el primer tramo de la Gran Vía de San Francisco-Puerta de Toledo, es decir, en la parte correspondiente al propio templo de San Francisco el Grande. Aquí se

creará una lonja con amplia zona para uso exclusivo de peatones, que contribuirá notablemente al realce del monumento.

Como puede apreciarse, después de esta somera descripción, el Ayuntamiento se preocupa por la ordenación y puesta en valor de uno de los rincones más entrañables del barrio histórico madrileño.

M. G. M.

LA ESCUELA DE CERAMICA DE MADRID, EN VALENCIA

Por ANTONIO APARISI MOCHOLI



El director general de Exportación, don Manuel Quintero, con el delegado de Educación y el director de la Escuela de Cerámica de Madrid.

VALENCIA ha sabido romper un poco ese cliché ubérrimo y relamido, del que tanto se abusa, al presentarla como una «Valencia, jardín de flores...», de vergeles feraces, de poetas de «flor natural», de tracas, músicas y fiestas esplendorosas. Si esa fuese nuestra idea de la ciudad del Turia, no es que con ello creyésemos en una Valencia falsa, pero sí, evidentemente, sería una Valencia incompleta. Y decimos esto porque recientemente he-

mos asistido a la inauguración de dos ferias monográficas: la del Metal y la de la Cerámica, Vidrio y Elementos Decorativos. Y si bien es cierto que al recinto ferial llegaba el intenso aroma de azahar de los próximos naranjales, cuando en un auténtico maratón recorriamos los «stands» y las magníficas instalaciones de estas dos muestras monográficas, advertíamos la vitalidad de un pueblo que en estos certámenes variadísimos,

con toda regularidad celebrados, da una cabal idea de su genio creador y de su valiosa aportación a la economía española con manifestaciones de auténtico sentido comercial e industrial.

Invitados por el Comité Ejecutivo del Certamen, el Ayuntamiento de Madrid, a través de su Escuela de Cerámica, ha hecho acto de presencia en esta octava edición de la Exposición Ceramista. Estas fotografías que en VILLA DE MADRID publi-

camos quieren ser una pequeña síntesis de lo que ha sido nuestra aportación. La dirección del centro, el claustro de profesores y el alumnado han llevado a Valencia un conjunto de hermosas piezas cerámicas, exponente muy elocuente del grado de madurez y perfección alcanzado por la Escuela, de tan rica historia y tradición: relieves decorativos de tema religioso, esmaltes sobre gres, motivos decorativos en esmalte sobre baldosín catalán, un tema de La Alberca (Salamanca) en esmalte sobre refractario, jarrones de porcelana, acuarelas zamoranas e ibicenses, paneles cerámicos de corte moderno y de alta aplicación como elementos decorativos al servicio de la construcción...

Toda esa gama variadísima de la obra bien hecha, que en Madrid —y ya en los tiempos modernos— ha tenido como artífices a los Zuloaga, Alcántara, Moreno, Maza..., luce en esta Exposición, que ha sabido conjuntar en la hermosa ciudad levantina—de tan recia raigambre ceramista—lo bello con lo útil, la tradición con las tendencias modernas, la actividad docente de un centro con su proyección utilitaria a la industria. Así lo apreció en el acto inaugural el director general de Exportación, ilustrísimo señor don Manuel Quintero, hombre experto y avezado en este tipo de manifestaciones feriales, y que no sólo felicitó públicamente al Ayuntamiento de Madrid y a su Escuela, sino que advirtió el esplendoroso porvenir que se le ofrece a una institución que en estos momentos inicia una nueva etapa en la que no sólo la cerámica constituya su objetivo, sino la amplia temática de las artes decorativas e industriales.

La Escuela hace, pues, como un alto en el camino; dirige su mirada atrás y piensa en aquel año de 1911, cuando el ilustre pintor, catedrático y crítico de Arte Francisco Alcántara iniciaba los primeros pasos que enmarcarían un firme camino que cifraba como ambiciosa meta el resurgir madrileño de la más rica tradición cerámica. Talavera, Toledo, Andújar, Manises... ya no estarían solas, pues en este quehacer de la promoción de tan noble arte, aquí, cerca de ese aprendiz de río que es el Manzanares, junto a la famosa «Tinaja», en los alledaños castizos de San Antonio de la Florida, dando vista a la ermita que conoció los mágicos pinceles de Goya, nacía una institución que hoy



Alegoría de la cerámica. Esmalte sobre gres.

constituye orgullo para el Ayuntamiento de Madrid.

Pero la Escuela buscó y obtuvo el reconocimiento y ayuda del Ministerio de Educación y Ciencia. Por ello es mucho lo que el Ayuntamiento de Madrid debe a la Dirección General de Bellas Artes, no

solamente porque el nivel de sus enseñanzas se acomoda a unos planes que de esta forma adquieren carácter oficial, sino porque, con independencia de la contribución económica al mejor funcionamiento de la Escuela y a la continua asistencia para mejorar y modernizar



Motivo decorativo. Esmalte sobre baldosín catalán.

sus instalaciones, se recibe —y ello vale mucho más— la superior orientación y tutela de nuestro autorizado organismo en el campo de las Bellas Artes.

Más de medio siglo de vida —sesenta años exactamente— constituyen una historia de alegrías y tristezas, de logros y penalidades, de balances positivos y tropiezos, pero, eso sí, siempre con una ilusión que prendía en profesores y alumnos y que iba tejiendo, día a día y año tras año, un afán de continua superación, un deseo de no defraudar a quienes tanta fe e ilusión en la Escuela pusieron. Y esto es lo que en Valencia la Escuela ha experimentado: ha sido como el espaldarazo de quienes estaban autorizados para juzgar; como si, entre aquel exponente de lo más logrado en el campo ceramista, la Escuela madrileña alcanzase una mayoría de edad, por nadie discutida y por todos celebrada. Hemos querido que la presencia de la Escuela de Cerámica en esta muestra valenciana no tuviese la visión fugaz

de una pasajera exposición. La Escuela quiere dejar testimonio de su afecto a Valencia con el regalo a ese Museo Nacional, creación del ilustre ceramista profesor Manuel González Martí, de dos obras que simbolizan piezas muy estimadas de nuestra producción: un Cristo en porcelana sobre cruz de gres esmaltado y una alegoría sobre el arte cerámico, también en esmalte sobre gres, que en aquel recinto, hermoso y evocador, del viejo palacio del marqués de Dos Aguas serán perenne recuerdo de estos lazos que a Madrid y Valencia nos unen en empresa de sello artístico y cultural.

Finalmente sirvan estas líneas para expresar nuestra felicitación y gratitud a quienes han sabido hacer honor a la confianza que en ellos depositó el Ayuntamiento de Madrid, y que hoy nos ofrece una institución lograda.

A. A. M.

"La Procesión", Tema de La Alberca (Salamanca). Esmalte sobre refractario.



El nuevo zoo de Madrid

Aquí, en el monte Ararat

Por PEDRO RODRIGUEZ



Por ejemplo, a lo peor, lo primero que ha tenido que aprender Carlos Arias, por ejemplo, es que el colibrí es un asunto más delicado que un subsecretario, más exquisito que un grupo de presión y más contestario que un concejal joven, y que no admite menos de tres razones—el colibrí, claro—diarias, variadas y exquisitas. A lo mejor, a Carlos Arias, que lleva dos años como el flautista de Hamelín por las selvas y las estepas, como Pierre de Coubertin tocando la trompeta de la olimpiada animal por los cinco aros de los cinco continentes, se lo han avisado por el teléfono rojo de la Plaza de San Jaime a la Plaza de la Villa, el alcalde Porcioles que sabe un rato de fieras.

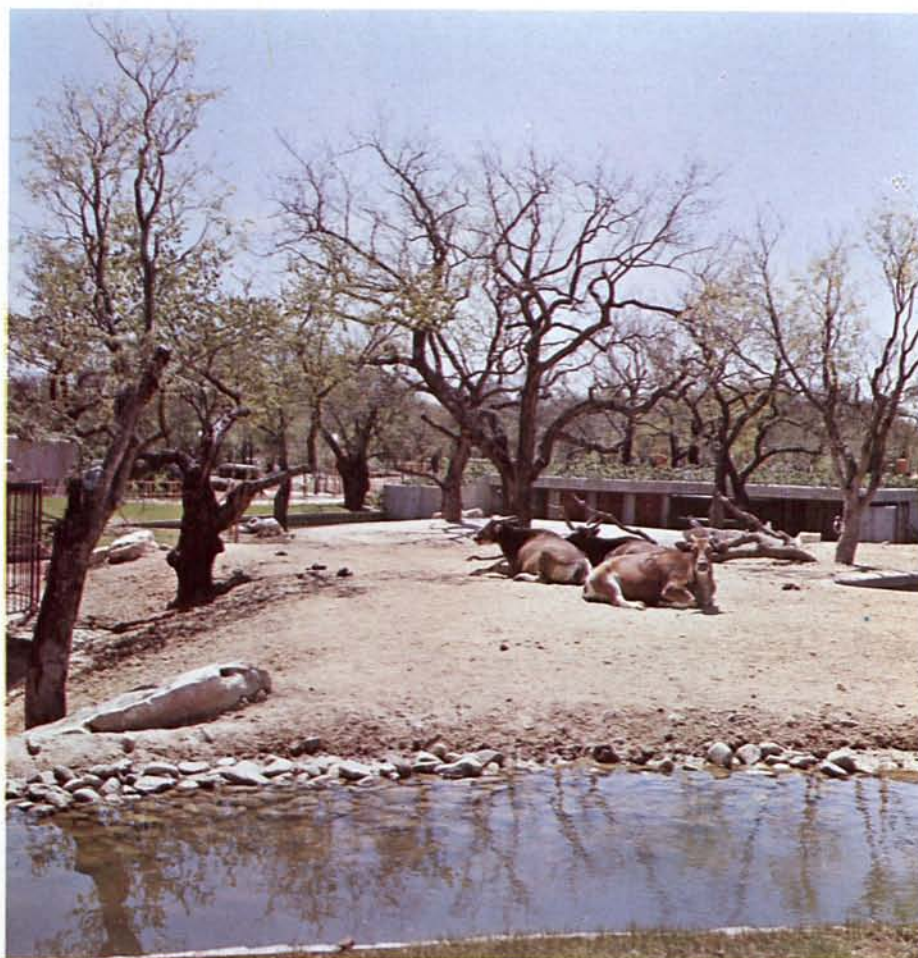
—Hay que gastarse 25 millones al año en carne, huevos, miel y bizcochos...

Por lo menos, es lo que se gasta en el «Porcioles Hilton», el zoo donde se hospeda el «vip» más «vip» de todos los «vips» que salieron del monte Ararat: «Copito de Nieve», sesenta millones, un cheque peludo en blanco, el Paul Getty, con perdón, del «management» con jaulas.

Dicen que aquí, en el monte Ararat de la Casa de Campo, en la «línea Maginot» de 35.000 metros cúbicos de hormigón y 800 toneladas de acero, ha quedado un hueco, por si un día «Copito de Nieve» decide hacer el amor y no la guerra...

VEINTE HECTAREAS QUE RUGEN

Los únicos que no morirán serán los leones de piedra. Ahora, mayo florido y hermoso, hace un año que mil madrileños estuvieron con sus acuarelas y sus pinceles, diciendo adiós con colorines a los 1.336 animales del Retiro. Era la quince generación de cacahuetses, de caricias, de grititos, de temores, «ruge, viejo león», «salta, «Chita», salta», «arriba, «Perico», arriba». Luego, enseguida, «Perico» se murió sin que hubiera una sola acuarela que acertara con su color de vieja nube baja. «Perico» no tenía edad, ni dientes, ni historia, como algunas ciudades y algunas mujeres, y malas lenguas decían que había inaugurado el «Jardín de la Inteligencia» del emperador Weng-Wang, antes de Cristo y de Mao. Que se había dejado dibujar por los enviados especiales de la «Cía» llegados de Babilonia, Asiria, Egipto, India y Roma a copiar aquella increíble «casa



de animales». Y que un descendiente suyo estuvo en Londres el 26 de abril de 1828, cuando se abrieron las puertas de Derby, con un solo empleado y los caballeros victorianos retrechaban a las damas victorianas silbándoles discretamente el «Walking in the zoo». «Perico» se murió de pie, con quince millones de cacahuetses en la panza, sin testar, sin contar los 200 años justos que iban de los landós de Carlos III a los utilitarios de Carlos Arias. Un poco antes de morir, las águilas del Retiro le contaron desde la cofa de sus jaulas que más allá estaban naciendo 20 hectáreas de libertad, que se veía una tierra de promisión con piscinas de barro, aire acondicionado y aguas limpias.

Ocho millones de españolitos agradecieron a «Perico» los servicios prestados y sobre su lomo, rugoso como un pergamino testamentario, cayó un telegrama de pésame del zoo de Viena, el decano europeo.

Como una hoja de un otoño azul.

LA GRAN MARCHA SOBRE MADRID

Si el reverendo O'Callaghan no se opone, la recluta de Noé debió ser

muy parecida a la de Arias. Claro que Noé no tuvo ningún conflicto colectivo, y los 300 obreros que estaban preparando los «bunkers», los canales, las cuevas y los prados se las tuvieron tiesas unos días con su empresa que les recitó la ley sindical en vez de los versículos de Babel. Claro que Noé se limitó a leer los milibares y el anticiclón de las Azores y no le salió ningún U'Thant que pregonara los impermeables de la autodeterminación. Cada toro banteng, cada león africano, cada dingo y cada oso baribal salió para Madrid con una factura diez veces mayor que las de antes de Lumumba, que las de antes que la orquesta africana de jeques se pusiera a tocar la gran sinfonía de la independencia.

El señor Uris podría haber escrito el éxodo de las junglas hacia la Casa de Campo. Monsieur Dominique Lapierre escribirá un día un «Oh, Madrid», tejido de rugidos, que empezará con el enjaulamiento de un emú en Australia y acabará con la grúa amarilla que ha puesto en tierra los cinco mil kilos y las 300.000 pesetas del joven sucesor de «Perico». Habrá que contar, «Oh,



Madrid», la gran marcha, el lento peregrinaje de los saigas y los tarres; el vuelo inmóvil de las 400 aves que llegaron de Holanda sin mover otras alas que las de un «charter» de la «KLM». Habrá que contar la partida de «La Finta», la nueva arca que salió de Bremen con suricatas, casuarios, argalis y cervicapras, que ya es decir; la larga caravana de catorce camiones que partió hacia el lejano oeste madrileño con el tigre facturado en millón y medio de pesetas y rugidos, el tarro canelo, el porrón pardo, el ibis sagrado o el musmón de Córcega. Habrá que entonar un largo y estrecho requiem por las tres jirafas que salieron de Venecia y murieron en Valencia, como las fallas, como emigrantes atragantados por los lunares de la nostalgia. Habrá que capitular los trenes, los «trailers», los «charters», los «ferries» que convirtieron Madrid en el mayor espectáculo del mundo, en un planeta de acero, hierba y hormigón; en un bosque de cañerías dentro de un bosque de robles; en un aire acondicionado dentro de otro gran aire sin acondicionar. En una biblia de pergaminos que gritan, en una catedral de libertades, un «free zoo» sin rejas, donde las cebras de Damara darán los «buenos días» a los búfalos indios y donde cada niño del asfalto será un Mowgli con los ojos llenos de ñandús...

El señor Kawabata se ha suicidado sin querer ver el cheque de 25 millones de pesetas por los mejores músculos, escamas, alas y pulmones de 500 mamíferos, 1.000 reptiles, 1.500 aves y 400 peces. Sin querer enterarse que aún viven algunas de sus «Mil grullas» y que el rinoceronte blanco cuesta millón y medio; o sea, a 600 pesetas el kilo. La gran marcha sobre Madrid habrá acabado y los nuevos Kipling escribirán un libro.

Antes, se descorchará una botella de champagne por el primer bautizo del super-zoo: la gacelilla asiática, que debiera haber nacido en Vietnam y nació a diez minutos de la Plaza de España, cerca de los semáforos y lejos de los misiles...

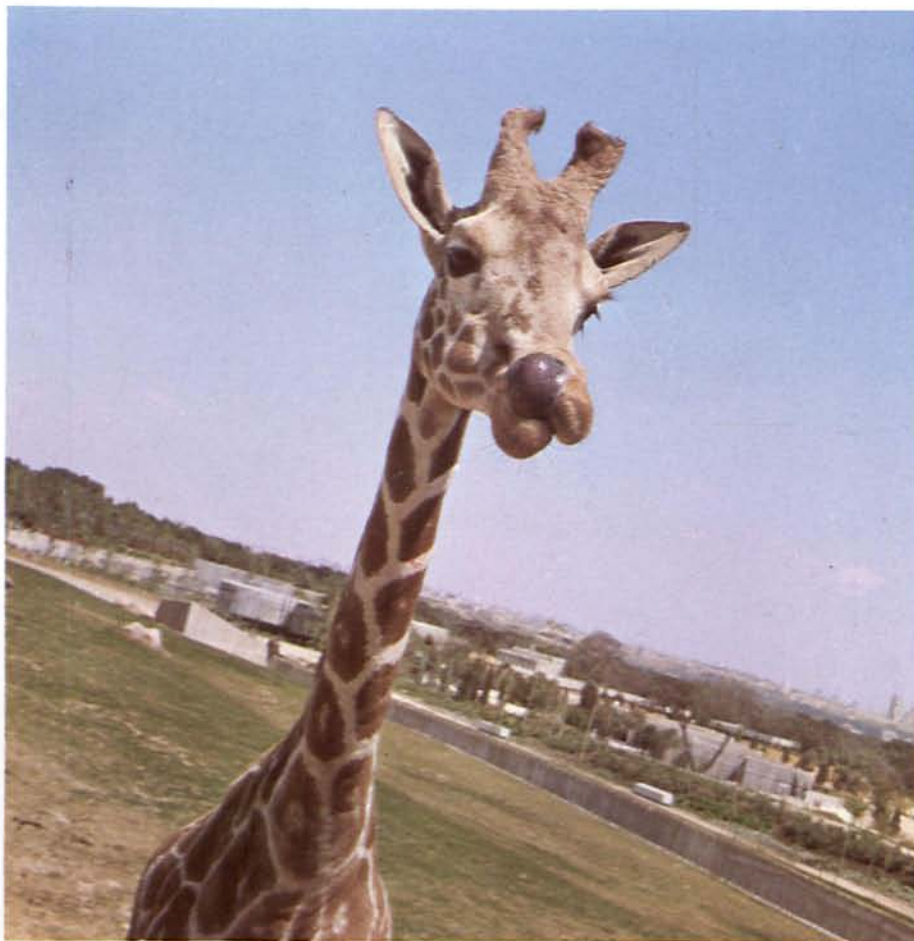
EL LIBRO DE LA SELVA

El 9 de abril del año de gracia de 1972 entraron los madrileños por última vez en el viejo zoo de Carlos III. El desahucio no fue el del

Barrio de Pozas, pero a Bielsa, el viejo cuidador que vió nacer camellos y leones, a Bielsa el que curaba los catarros a los osos pardos con cucharillas de miel, se le puso un nudo en la garganta viendo salir los 40 cajones diarios y a los osos blancos diciendo que nanay a la jaula y a los monos agarrados a su cuello, como críos en la estación. Pero no pasó nada y los técnicos se enfundaron sus escopetas de anestesia y los psicólogos sus teorías sobre la depresión. Poco a poco, los viejos tigres se amigaron con los tigres mozos recién llegados con olor a selva y los lobos, cansados de ver miles de caperucitas domingueras de tapadillo aullaron, al fin, junto a los lince siberianos. Apostataron de su burguesía y sacaron su pasaporte para la selva y países satélites. Luego, todos, pasaron el «chequeo» veterinario como los defensas laterales a prueba. Lo pasó el sucesor de «Perico», que estuvo muchas semanas en Rotterdam atado por una pata aprendiendo a «hacer gracias». Lo pasaron los guepardos y los camellos y las nyalas que estuvieron de cuarentena en Bremen. Lo pasarán los «flippers» del delfinario y a todos se les acabarán los cacahuetses y los mendrugos, porque la cocina de la nueva selva despachará pienso sintéticos y carnes enlatadas. Antes que todos sean amigos, estarán consumidos los 35 millones para accesos y aparcamientos; estará chirriando el tren monocarril con los cristales empañados por el aliento de las jirafas; estará navegando el barco de la selva con sus cruceritos de 25 personas; se habrán acuñado los bloques de entradas, 40 pesetas papá, cuatro duros hijo; rugirán sobre los rinocerontes los siete millones de la estación depuradora de aguas y el dromedario se arrimará al infrarrojo que más calienta, y el oso polar al «acondicionado» que será como una caracola que le traiga telegramas helados de icebergs. Habrá medio centenar de hombres viviendo en el planeta verde y blanco, y los leones de piedra de Carlos III, «mitad muerte y mitad piedra, mugirán como dos siglos hartos de pisar la tierra».

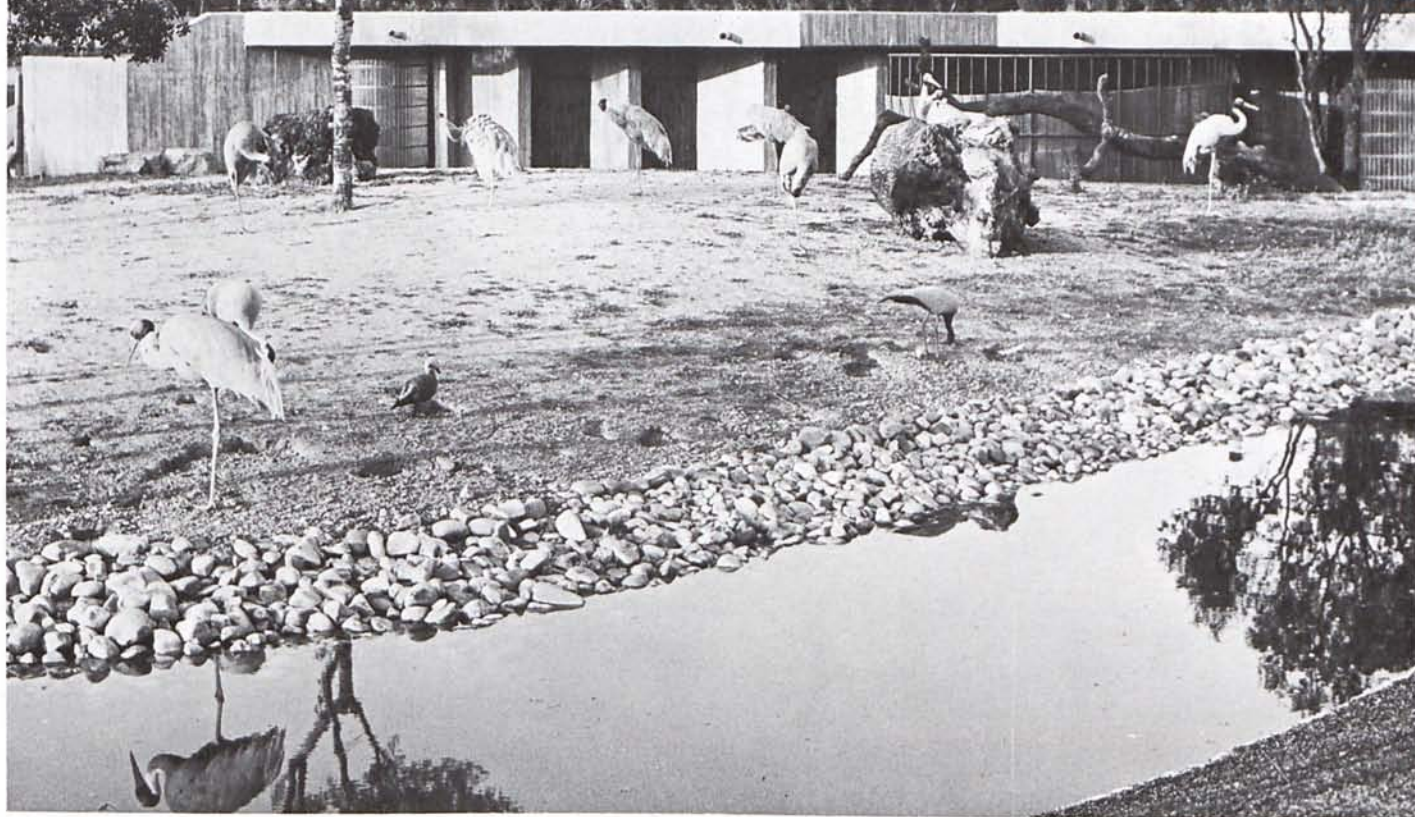
Algún congreso extenderá el diploma de «mejor zoo del mundo», y de cada semáforo lejano saldrá un pequeño arco iris...

P. R.



EL NUEVO ZOO DE MADRID

Ocupa veinte hectáreas de la Casa de Campo
Dos mil doscientos animales en condiciones de libertad



MADRID va a contar con el mejor zoo de Europa, no por ser el último de los construidos, sino por su extraordinaria concepción unitaria y por estar enmarcado en un ambiente incomparable: el de la Casa de Campo. La ambientación natural es importantísima. Se ha mejorado. Luego han sido los proyectistas, con el asesoramiento especial del director del Zoo de Barcelona doctor Jonch, los que han logrado una realidad incomparable. Madrid contará, dentro de muy pocos días, con un parque zoológico que es orgullo de la ciudad.

CONCURSO

Hace dos siglos aproximadamente que se creó la Casa de Fieras del Retiro. El tiempo la había dejado fuera de época y sus instalaciones eran ya inadecuadas. Esa fue la razón por la que en el Ayuntamiento se pensó en la necesidad de construir un nuevo zoo, un auténtico parque zoológico de acuerdo con las más modernas tendencias en cuanto a la exposición de animales. Uno de

los mayores promotores de esta idea fue el entonces concejal don Jaime de Foxá.

El zoo ha llegado a ser un hecho por el sistema de concurso público. Era el único modo de poder realizarlo sin gravar el presupuesto del Ayuntamiento ocupado en cuestiones más urgentes. Se sacó a concurso construcción y explotación, que recayó en la empresa Zoo de Madrid, S. A. Explotará el zoo durante treinta y dos años.

SUPERFICIE

El zoo ocupa veinte de las mil quinientas hectáreas de la Casa de Campo. Está situado aproximadamente a quinientos metros de la estación de metro de El Batán y un poco al oeste del Parque de Atracciones. Aparte de la obra del zoo propiamente dicho (a cargo de la empresa concesionaria) el Ayuntamiento ha construido un gran aparcamiento capaz para 1.200 automóviles y una estación depuradora de aguas.

FASES

Va a ser inaugurada la primera fase del zoo que abarca 16 de las



20 hectáreas totales. En esta primera fase se exhiben cuatro de las cinco faunas mundiales: (Europa, Asia, África y Oceanía) y algunas instalaciones provisionales de la fauna americana. La inversión incluye la casi totalidad de infraestructura, principalmente los servicios básicos: cocina, enfermería y cuarentena. Ascende aproximadamente a cuatrocientos millones de pesetas de los seiscientos que se calcula que se invertirán en el zoo cuando esté terminado.

La segunda fase estará constituida por la fauna americana (Norte y Sur), más un pabellón de monos y un acuario-delfinario. En la tercera se instalará el pabellón de felinos, aviario terrario y monorrail elevado.

FAUNAS

En muchos zoos los animales se agrupan teniendo en cuenta sus especies. Pero últimamente se ha considerado más lógica la agrupación por faunas, atendiendo a la situación geográfica de cada animal. Así, dentro del zoo, el visitante podrá visitar los cinco continentes que estarán perfectamente diferenciados. Por ejemplo, al llegar a África la vegetación es de palmeras y las piedras del grupo de instalaciones son de idéntico color rojizo. El zoo quedará por lo tanto clasificado en cinco grupos homogéneos que corresponden a los continentes:

Fauna americana.

Fauna asiática.

Fauna oceánica.

Fauna europea.

Fauna americana (Norte y Sur).

Además, en el zoo existen varias instalaciones especiales que funcionan de modo independiente. Son las siguientes:

Acuario-delfinario.

Aviario con pajarera de vuelo.

Instalación especial de monos.

Terrario.

Instalación especial de felinos.

Aparte de esto el visitante contará con una serie de servicios que le facilitarán su estancia en el parque:

Crucero de la selva: Un canal de quinientos metros de longitud y nueve metros de ancho por el que discurre un barco con capacidad para 25 personas desde el que se pueden ver varias instalaciones europeas y asiáticas.

Auto-tren: Consiste en un vehículo tractor y tres remolques (con ca-



pacidad total para 36 personas) que permite visitar las instalaciones sin tener que caminar.

Residencia de animales caseros.

Autoservicio de bebidas y bocadillos.

Bares y cafetería.

Monorrail elevado.

LIBERTAD

Dos mil doscientos animales hay ya en el zoo en esta primera etapa. Su número irá creciendo paulatinamente hasta superar, seguramente, los tres mil. Su régimen de vida será de libertad, dentro de amplias instalaciones con excelente perspectiva.



Los animales no estarán separados del público por rejas, sino por grandes fosos que quitarán así toda sensación de obstáculo entre los animales y el observador. De todos modos en algunos casos ha habido que mantener las jaulas. Sobre todo en los felinos pequeños que por su gran salto necesitarían un foso de tales dimensiones que haría difícil su contemplación. La distancia entre el público y el animal sería excesiva.

ESTETICA

Contrariamente a la mayoría de los zoológicos del mundo (que se han ido construyendo poco a poco) el de Madrid se ha realizado con una unidad de criterio que ha permitido una especial estética. Por ejemplo, todas las instalaciones de animales son de hormigón. Las dedicadas a las personas (administración, recepción, restaurantes, etc.) van todas en ladrillo visto. La labor de jardinería ha sido ingente. Entre el espectador y el animal existen siempre partes verdes.

EXPERIENCIAS

Al construir el zoo de Madrid se han tenido en cuenta las experiencias de otros zoológicos del mundo. Las instalaciones de cada animal tienen cobijos o cuartos amplios, cómodos, aireados y de fácil limpieza. Con ello se espera conseguir altos coeficientes de reproducción de las distintas especies.

Los animales procedentes de climas cálidos y difíciles de aclimatar en Madrid se han agrupado en una instalación de enormes espacios exteriores (para el verano), con un amplio cobijo interior, visitable y dotado de calefacción para el invierno. Otro tanto sucede con la instalación de pequeños mamíferos que será visible en el exterior durante el buen tiempo y por el interior en los días más crudos de invierno.

ACTIVIDADES

Un zoo no es sólo una distracción para el público. Es una fuente de cultura. En ningún otro sitio puede contemplarse una panorámica efectiva de tal categoría en cuanto a historia natural. Se prevee que el zoo de Madrid tenga una estrecha colaboración con la universidad y los patronatos de investigación, colaborando así en el desarrollo científico de la biología. Con el Patronato de Biología Animal, se ha con-



tado ya a la hora de realizar los proyectos, así como con la colaboración del director del zoo de Barcelona, doctor Jonch, que ha asesorado la obra desde un principio como director técnico del proyecto.

ESPECIES RARAS

Algunos de los animales exhibidos en el zoo ostentan en el cartel que las designa un círculo donde está la figura del simpático oso panda y las siglas W. W. F., que significa que estamos ante una especie rara, una de las muchas especies animales amenazadas de extinción. En el zoo de Madrid existen los siguientes animales calificados como especies raras:

Rinoceronte blanco; antílope negro; argali; bisonte europeo, blesbock; caballo de Przewalski; kulano; nyala saiga; guepardo y oso polar.

Aparte de ello existen en el zoo diversas especies no vistas hasta ahora en Madrid, como los osos mala-

yos, cebras demara, búfalo indio, musmón de Córcega, ybis rojo y otros muchos.

RESERVA NATURAL

El zoo de Madrid se convierte así en uno de los grandes colaboradores a la conservación de las especies. Muchas razas de animales habrían desaparecido de la tierra a no ser por los parques zoológicos. El caso de los bisontes americanos es ejemplar. Fueron borrados casi de la faz de los Estados Unidos por los cazadores. Los únicos que quedaron estaban en los zoológicos. Con esa mínima reserva se ha logrado criar nuevos ejemplares y que hoy en algunas reservas de los Estados Unidos existan ya manadas de bisontes. El zoo es hoy el único reducto seguro que tienen los animales salvajes ante una civilización que amenaza con eliminarlos de la superficie del mundo.

CESAR DE NAVASCUES



